



# *Perdona por mentirte*

SANDRA PALACIOS  
«BREE»

zafiro♥

**Sandra Palacios «Bree»  
Perdona por mentirte**

# Introducción

Los brillantes y húmedos ojos ambarinos de la niña espieron, aterrorizados, todos los movimientos del hombre que acababa de matar a su mamá.

La noche era tranquila. Sólo los sonidos de las aguas del arroyo y los que producía el sujeto que rasgaba prendas con fuerza y las arrojaba en un oscuro agujero que había cavado con anterioridad interrumpían la calma.

La luna brillaba en lo alto de la espesa neblina, testigo mudo de la crueldad que Catalina, escondida entre las sombras, oculta por los altos juncos, acababa de presenciar: cómo ultrajaban a su madre y terminaban con su vida, algo inconcebible para una mente infantil e ingenua.

Conocía los insultos, los gritos e incluso algún golpe suelto, pero la escena dantesca que reflejaban sus ojos color miel viajaba más allá de la incompreensión, de lo más horripilante; superaba con creces al ogro que dormía en su armario o a los apagados pasos que todas las noches entraban en su dormitorio y se detenían junto a ella. Eso era mucho peor. Era maldad y venganza, odio y furia; era una pesadilla muy real.

La niña de siete años se rodeó las piernas con los brazos, temblando de frío. Estaba oscuro y el miedo la tenía paralizada. Seguía sorbiendo por la nariz y el llanto se atascaba en su garganta, impidiéndole respirar; pero no debía hacer ruido, no tenía que moverse. Si el hombre la veía, le haría lo mismo que a su mamá.

Ahogó un gemido y se mordió los labios con fuerza para no llorar. El corazón galopaba a una velocidad vertiginosa y comenzaba a marearse con el olor a herrumbre de la sangre.

Allí, entre las plantas, sentada de mala manera, era incapaz de sentir las tenues agujas de dolor que acicateaban la piel de sus brazos desnudos, las finas ramas que arañaban y pinchaban la delicada carne, la humedad del estrecho riachuelo que empapaba sus pies y mojaba sus ropas. Llevaba el cabello revuelto y tenía el rostro surcado de lágrimas, y sin embargo, no se movió. Su mamá le había dicho que no lo hiciera, que no saliera aunque él la llamara, y ella obedeció encogiéndose más.

Pasó tanto tiempo en aquella posición, esperando una señal, rezando para que su madre se levantara y la tomara en sus brazos, que acabó dormida entre los juncos.

Cuando volvió a abrir los ojos, una espesa niebla cubría la ladera. No podía controlar el temblor de su cuerpo ni el castañear de sus dientes, y aun así se atrevió a levantarse, vigilando con ojos ansiosos cualquier movimiento, atenta a cualquier sonido.

El agujero estaba de nuevo cubierto de tierra y ya no había nadie a la vista. Catalina se dejó

caer al suelo y, con sus pequeñas manos, trató de buscar a su madre. Tenía que encontrarla, sacarla de allí, para huir juntas muy lejos, tan lejos que Darius Sandoval, su padrastro, no pudiera hallarlas jamás.

—Mamá —llamó entre sollozos, clavando las uñas en la tierra, apartando puñados como cuando buscaba tesoros en el jardín de casa—. Mamá, no me dejes sola, por favor. Tengo miedo; tengo mucho miedo.

# Capítulo I

*Diez años después*

—Cata, Cata.

La joven levantó la cabeza del libro que estaba leyendo justo cuando Ana Isabel entró en el dormitorio como una tromba, zarandeando sus faldas grises.

—¡Ah, estás aquí! —dijo, y se sentó junto a ella en el estrecho diván que una vez fue de terciopelo azul y que ahora tenía el mismo color que sus faldas—. He conseguido averiguarlo todo. —Agitó un papel bajo sus narices y sonrió.

—No quiero verlo —contestó Catalina, indiferente—. Pensé que habías desistido. ¿Por qué no lo dejas estar, Ani? A mí no me interesa y a ti tampoco debería importarte. Más bien diría que no te atañe en absoluto.

—¿Cómo que no? —Ana Isabel se cruzó de brazos, frunciendo los labios—. ¿Cómo puedes decir eso? Imagínate, es un marqués. ¿Lo sabías?

Con un suspiro, Catalina Cifuentes apartó el libro y la miró, un poco enfadada.

—Mi abuelo no quiso saber nada de mi madre. ¿Cómo pretendes ahora que nos pongamos en contacto con él después de tanto tiempo? ¿Qué hacemos? ¡Ah, sí! —Elevó la palma de una mano—. Abuelo, te perdono; acógeme, y también a mi amiga Ani, claro. —Movié la cabeza con una sonrisa, colocando el libro sobre su regazo—. Es que aunque lo hiciera, él jamás nos haría caso. Olvídalo, Ani.

—¿Recuerdas que yo salgo de este maldito orfanato en un par de meses y que no me dejan llevarte conmigo? —insinuó la joven, endureciendo la mirada.

Catalina no contestó; lo había olvidado por completo. Si su amiga se marchaba, volvería a quedarse sola de nuevo, y no quería, no se sentía con fuerzas de comenzar otra vez. Ana Isabel era la hermana que nunca había tenido. Ella fue la primera niña que vio cuando la metieron en aquel lugar repleto de gritos y órdenes, la primera persona que le dio su cariño y apoyo después de la muerte de su madre. La única que conocía su oscuro secreto.

—Prometiste que no me dejarías —le dijo con un hilo de voz cargado de pena.

—¡Y no lo haré! —Ana Isabel la abrazó con fuerza—. Siempre juntas, ¿lo recuerdas? —le preguntó, y Catalina asintió—. Por eso debemos hacerlo, Cata —insistió.

—¿Y si sale mal?

—¡No puede pasar nada! —Ana Isabel le acarició el cabello con ternura mientras apoyaba los

labios en su coronilla—. Tu sueño es casarte y tener hijos, y..., ya sabes, el mío es salir de estas paredes. ¡Ahora podremos cumplirlos, Cata! Tu abuelo estará encantado de aceptarte. Sólo tendremos que ver el modo de que me acepte a mí, y eso no va a ser fácil, ¿sabes? Pero míralo de otra manera: ¡está podrido de dinero! ¡Es un marqués! ¿Cómo no va a querer ayudarte?

Catalina la observó con interés. Si la única forma de marcharse juntas era ésa no lo iba a dudar, pero por otro lado tenía miedo. En cuanto saliera de esa mole de piedra gris que se hallaba abandonada de la mano de Dios en tierras andaluzas, y que al mismo tiempo era cárcel y refugio, su vida podía peligrar si él la descubría...

Ana Isabel era huérfana como ella, aunque si bien Catalina había conocido a sus progenitores, la otra no tenía ni idea de quiénes habían sido sus padres y si aún vivían; desconocía su apellido, y hasta el nombre se lo habían puesto las monjas. Ana Isabel era tres años mayor que ella, pero no aparentaba la edad que tenía debido a su baja estatura, la delgadez de su cuerpo, la sonrisa aniñada en sus labios carnosos y la nariz todavía salpicada de pecas. Siempre había sido una persona muy valiente y sincera; protegía a los más pequeños y se inculpaba cuando algún castigo parecía absurdo o injusto.

—En el supuesto de que el marqués nos acepte —prosiguió Ana Isabel en voz baja—, todavía no te presentarán en sociedad porque eres muy joven.

—No nos aceptará. ¿No te das cuenta de que no puede recoger a todas las niñas que digan que son sus nietas?

—¡Imagina que sí lo hace! ¡Por Dios, chica, no puedes ser tan incrédula!

—Vale. ¿Por qué no me podría casar? Ya tengo diecisiete; hay otras que se casan antes que yo. Además, ¿cómo sabes tantas cosas de ésas? —preguntó Catalina, siguiendo el hilo a su amiga.

—Porque estudio y leo mucho. Tú deberías hacer lo mismo, te lo he dicho muchas veces. Cuando salgamos de aquí necesitaremos tener cierta experiencia en algunas cosas. ¿Cómo crees que viviremos si no? —Agitó su pequeña cabeza de cabello castaño—. Si vamos de tontas por la vida, nadie nos tomará nunca en serio. —Se encogió de hombros y, cogiendo un mechón cobrizo de Catalina, se lo colocó tras la oreja.

—Perdona, pero yo no me considero ninguna tonta —replicó Catalina—. Ocurre que no entiendo por qué deberé esperar para casarme y tener hijos.

—No será necesario que esperes porque se me ha ocurrido algo. Como el marqués no te conoce, yo me haré pasar por su nieta, es decir, por ti, y tú por mí. ¿Qué te parece? De este modo, te podrías casar cuando quisieras porque tendrías veinte años.

—¿Harías eso por mí? —Los ojos dorados se abrieron entusiasmados—. ¿Hablarías con él y todo eso?

—Sólo así me pondría en contacto con él. No es por nada en especial, pero he pensado que si ese hombre, tu padrastro, apareciera de nuevo intentaría hacerte daño, y no quiero que te pase nada, Cata.

Ana Isabel sacó el papel que había quedado aplastado bajo su trasero. Apartó las largas faldas del uniforme gris. Hacía un par de años que seguía usando el mismo vestido y apenas le cubría los tobillos.

—¿Cómo vamos a hacerlo?

Catalina se inclinó sobre el papel que sostenía Ana Isabel. Sabía leer porque las monjas le habían enseñado, pero lo hacía tan despacio que esperó a que su amiga le contase.

—Voy a enviarle una carta. Le diré que llevo aquí mucho tiempo, pero que sólo ahora he podido ponerme en contacto con él. Además creo que le deberíamos contar lo ocurrido; cómo murió tu madre y dónde la enterraron...

—¡No! —Catalina se asustó y se puso en pie, caminando sobre la alfombra con pasos nerviosos—. ¡No podemos decírselo! ¡Si lo hacemos, pasará algo horrible!

—Pero él preguntará, querrá saber qué pasó con su hija.

—¡Mejor que no! —respondió Catalina—. Creo que no debía haberte contado nada. Ese hombre es muy peligroso. A veces, parece que te lo tomas a broma, amiga, pero Darius no es ningún chiste.

—De acuerdo —asintió Ana Isabel, agitando sus cabellos castaños—. Sé que es peligroso y que querrá hacerte daño, si no ahora en algún momento de tu vida. Pero ¿nos esconderemos hasta entonces? —Catalina negó con la cabeza—. Por tanto, me pondré a escribir al abuelo ya mismo. Cata, debes prometerme que pase lo que pase no le contaremos la verdad sobre el intercambio. —Se encogió de hombros—. No quiero que me metan en un calabozo.

—¿Podrían hacerlo? —preguntó, asustada.

—Es un delito.

—¿Y será para siempre? Me refiero al intercambio.

Ana Isabel se encogió de hombros de nuevo sin saber qué responder.

—Pero entonces tú estarás en peligro. —Catalina no estaba nada segura de querer hacerlo.

—Si no quieres, te estaré esperando fuera de aquí dentro de tres años —la acicateó.

—No, no. Lo haremos. —Se estrecharon las manos con firmeza—. Te quiero, amiga, y no me gustaría que te pasara nada. ¿Siempre juntas?

—Siempre. —Se abrazaron—. No te preocupes porque si el marqués no nos acoge idearemos un plan para sacarte de aquí e irnos juntas.

La campana de la torre llamó a misa. Catalina no podía entender por qué las monjas hacían varias paradas al cabo del día sólo para reunirse ante el altar y rogar a Dios. No comprendía por qué cuando se hallaban ante la cruz rezaban afanosamente como si fueran las mayores beatas del mundo y se olvidaban de todo tras cruzar la puerta de la capilla, una capilla que, por cierto, olía a rancio y madera podrida.

Ana Isabel dobló el papel que tenía en las manos y, apresurándose, corrió hacia su cama, donde lo escondió bajo la almohada de sábanas amarillentas. Estaban tan desgastadas que se transparentaban hasta el punto de que el tejido había comenzado a abrirse. Todo en aquel lugar era viejo y se caía a pedazos; las paredes necesitaban una buena capa de pintura y en las escaleras faltaban dos peldaños enteros.

—Vamos abajo. Tengo tanta hambre que me comería un oso —dijo Ana Isabel, que cogiéndola de la mano, la arrastró por los anchos y largos corredores hasta entrar en el comedor común.

El olor del estofado flotaba en el lugar, y sor María al verlas les dio la bienvenida con una pila de platos y cubiertos para que comenzaran a poner las mesas. Normalmente lo hacían los primeros que llegaban y como Ana Isabel siempre tenía un hambre voraz, a menudo les tocaba a ellas.

## Capítulo II

Catalina se cubrió con la áspera sábana hasta ocultar la cobriza cabellera para asegurarse de estar totalmente tapada; ése era el único modo de frenar sus pesadillas. No temía los pasos del corredor ni a los seres que habitaban en el fondo de los roperos, pues ya habían demostrado a lo largo de aquellos diez años que no pensaban molestarla de nuevo. Sin embargo, su miedo era otro. Era la muerte la que cada noche la observaba desde el otro lado de las sábanas, clavaba los ojos oscuros como pozos sobre ella y decidía si se la llevaba o no. Catalina imaginaba que si levantaba la sábana, la muerte y ella se verían cara a cara.

Durante mucho tiempo había deseado estar con su madre. Había querido morirle cuando había llegado a aquel lugar sombrío, oscuro, con olor a viejo y rancio; había querido llorar, gritar y desahogarse. Estaba sola. Todo lo que había conocido hasta aquel momento se había esfumado en una noche opaca y silenciosa. Su único pensamiento había sido para Noelia, su madre, la persona que más había amado en el mundo. Hacía mucho tiempo de eso, más de la mitad de su vida, y aún podía recordarla. Veía su sonrisa dulce y cálida, la forma en que alzaba sus elegantes cejas cuando la descubría haciendo algo mal, sus risas... Todo eso hasta que se casó con Darius Sandoval. Y aun sabiendo que Noelia había sido su pilar, no quería reunirse con ella; no quería morirle y perder la oportunidad de conocer a un hombre bueno como lo había sido su padre. A él ya ni siquiera lo recordaba, pero sabía que había sido muy buena persona, que había amado a Noelia con todo su corazón.

Catalina ansiaba asistir a las maravillosas fiestas que su madre le relataba cuando la acompañaba a dormir por las noches, deseaba aprender a montar a caballo, ¡quería una familia! ¡Un poco de seguridad! ¿Era eso mucho pedir?

Noelia era su madre y, en algún momento del ciclo de la vida, sabía que se volverían a encontrar, y que la arroparía entre besos y caricias. Pero todavía no quería marcharse; era muy pronto... Antes de que ella muriera lo haría Darius. Ignoraba el momento y el lugar. Sólo sabía que él caería en sus manos. Sus actos de violencia no iban a quedar impunes. No obstante, sólo pensaba de esa manera cuando se encontraba con la valentía subida, lo que no resultaba habitual en ella.

Si en ese instante alguien le hubiera dicho que Darius estaba subiendo las escaleras, lo único que hubiese hecho habría sido esconderse bajo la cama y esperar a que se marchara.

Quizá Ana Isabel tenía razón al haberse puesto en contacto con el marqués. Desde luego, ella por sí sola no lo habría hecho nunca; tenía su orgullo. Bajo la protección del anciano tal vez ella

se encontraría libre para hacer las averiguaciones pertinentes sobre Darius y podría casarse con algún noble rico y cumplir cada uno de sus sueños, todos y cada uno, y los viviría por ella y por Noelia.

Sin embargo, sentía mucho temor por su amiga. En el caso de que ambas cambiaran sus identidades, Darius se daría cuenta en seguida de que Catalina Cifuentes era una impostora. Sólo con que viera que el cabello no era del color del cobre ni sus ojos dorados como la miel comenzaría a indagar hasta dar con ella. Entonces, estaría preparada, vigilante, dispuesta a hablar su mismo lenguaje, a devolver golpe por golpe si era necesario. Le haría derramar lágrimas sobre el oscuro agujero donde descansaba su madre. ¿Cabía la posibilidad de que él no la reconociera o que se hubiera olvidado de ella?

¡Claro que le tenía miedo! ¡Pánico, terror! Todas las palabras eran pocas para expresar lo que sentía. Darius era la peor persona del mundo; un ladrón, un criminal, embaucador y mentiroso. ¿Cómo era posible que Noelia no hubiese visto su faz oscura, la maldad de aquellos ojos grises y aquella cínica sonrisa? ¿Cómo había permitido que un hombre así entrara en su vida?

Nunca lo había amado. Era imposible que se hubiera casado con él por propia voluntad. Catalina no tenía pruebas de ello, y ni siquiera sabría a quién preguntar; tan sólo su imaginación le jugaba malas pasadas formando pequeñas lagunas en su mente que jamás querían salir a flote, que ella no permitiría emerger. Pero estaba segura. Había conocido a su madre y era el polo opuesto de Sandoval. No tenían nada en común, absolutamente nada.

De todas formas, sabía que se estaba complicando pensando tanto. El marqués no las aceptaría, y en el supuesto de que lo hiciera, ¿podría contar con su ayuda para encerrar a aquel malnacido entre rejas? Seguramente no, pues los nobles no querían meterse en líos por no estar en boca de todos.

En el fondo, deseaba conocer al marqués. Necesitaba saber de sus orígenes y que le hablaran de su madre, sobre todo que le contaran cosas de cuando Noelia era pequeña, de cuando era una adolescente como ella, todo eso que una hija debería conocer de su madre.

Catalina se quedó profundamente dormida, acostumbrada a respirar su propio aliento bajo la sábana. No importaba si era invierno o verano; siempre, siempre dormía cubierta.

## Capítulo III

Don Jaime Savaedra, marqués de Fuentidueña, observó los campos dorados a través de la ventana. El sol jugaba tras las nubes acariciando los espesos algodones con sus rayos y escondiéndose cuando la brisa hacía acto de presencia.

Una solitaria lágrima recorrió su mejilla para quedar colgada de la barbilla. Noelia había fallecido, no ahora ni en esos días, pero se había extinguido y ya no caminaba entre ellos ni respiraba el mismo aire. Su hija Noelia, a la que un día le dio la espalda, había sido tragada por la tierra, por el mundo. No había rastro. ¿Debía dar crédito a la información que había recibido sobre su muerte si no había constancia alguna de tal hecho? ¿Realmente esa Catalina era quien decía ser? ¿Por qué nunca antes lo habían avisado? ¿Y dónde estaba enterrado el cuerpo de su niña de ser todo cierto?

Cuando recibió la primera carta de Catalina se había sorprendido, pero le había hecho el hombre más feliz del mundo. A regañadientes, se había dejado convencer por Miguel para que un detective confirmara la veracidad de aquellas palabras, y ahora, después de un mes, tenía la certeza de que su nieta Catalina se hallaba en un orfanato andaluz ¡viva!

No veía el momento de traerla a casa, de mostrarle el cuarto que había sido de su madre, de enseñarle los campos de los que estaba tan orgulloso, los naranjos y los limoneros que bordeaban el camino de la entrada, la enorme mansión construida en piedra gris y de elegantes formas rectas, impecables.

Don Jaime apoyó la cabeza contra el cristal y cerró los ojos cuando los recuerdos llenaron su mente. Parecía que tan sólo habían pasado varios días desde que Noelia abandonó la casa, embarazada y de la mano de aquel hombre, Julio Cifuentes.

Debió haber aceptado aquella relación; ahora lo sabía, pero antes no había querido verlo, pues no deseaba que aquel mozo de cuadra, Julio, se llevara a su pequeña. Noelia había sido educada para hallar un buen esposo, alguien con el mismo nivel que ella si no más. Por eso, cuando le confesó que estaba preñada de Cifuentes y que se iba a casar con él, don Jaime le gritó, la amenazó y la desheredó. Pensó que Noelia regresaría a él o, como mínimo, le pediría ayuda, pero la pareja desapareció y nunca supo nada más de ellos, nunca hasta hacía un mes, cuando había recibido aquella carta.

Recordaba a su hija como una niña tierna y jovial, vivaracha y cariñosa. Ella siempre lo acompañaba en todos sus viajes, e incluso, en algunos de sus negocios, la joven se había permitido opinar, y en consecuencia, él había obtenido bastantes ganancias con sus ideas tan

creativas.

Dolorido y apenado, había descubierto que Julio Cifuentes había fallecido hacía mucho tiempo de una grave enfermedad, cuando Catalina apenas tenía cuatro años. Los papeles decían que Noelia se había vuelto a casar con un tal Darius Sandoval, de cuyo paradero no había constancia.

Si Catalina llevaba, más o menos, nueve años en el orfanato, ¿cuándo había muerto Noelia? ¿Por qué? ¿Estaba sola? Eran tantas cosas las que deseaba saber...

—Noelia —murmuró.

¡Cuánto había amado a su hija! ¿Cómo había podido estar tan ciego al no permitir aquella relación? De haberlo hecho, quizá tanto Julio Cifuentes como Noelia seguirían vivos y su nieta se habría criado allí, cerca de él.

El marqués sintió la presión en su hombro y, sin mirar, supo que Miguel se hallaba detrás de él.

—Padre, cuando tú digas salgo para recogerla —oyó que le decía.

Don Jaime asintió con una profunda pena. Miguel nunca había conocido a Noelia y, aunque le llamara padre, no era su hijo, por lo menos no de sangre.

Miguel había sido adoptado al poco de que su hija escapara con el mozo. Él había sido su único consuelo, el único palo al que había podido aferrarse tras el naufragio de su vida, tras la despedida de su verdadera familia.

El muchacho le había dado nuevos bríos para continuar adelante, le había hecho sonreír, y ahora ya estaba preparado incluso para llevar las riendas de su propia vida, la casa, todo el patrimonio. Sabía que se sentía tan feliz como él por haber encontrado a Catalina, y a ninguno de los dos les había importado que la misma joven les rogara que aceptaran a su amiga Ana Isabel Expósito, que estaba a punto de salir de aquel lugar y no tenía a nadie más que a ella.

Don Jaime habría hecho cualquier cosa con tal de conocer a Catalina, con tal de ganarse un poco su cariño, aquel amor que Noelia le había arrebatado al llevársela en su vientre y lejos de él.

—Será como volver a tener a Noelia aquí —murmuró el marqués, cuyos ojos claros se veían empañados por las lágrimas—. Tú mejor que nadie sabes todo lo que la echo en falta.

Miguel asintió y elevó la vista hasta el retrato que lucía sobre la ancha chimenea de piedra.

Unos ojos grises le devolvieron la mirada; un rostro hermoso y pálido, de largos cabellos rubios, una boca traviesa, divertida y de labios brillantes, que hacía un gracioso mohín y que mostraba apenas una pequeña y perfecta dentadura. ¡Cuántas veces había visto a su padre absorto ante esa imagen! En algunas ocasiones, con una trémula sonrisa, como si su mente reviviera alguno de sus recuerdos; otras, llorando porque, en el fondo, su hija era lo más importante para él, lo más auténtico que había pasado por su vida.

¡Claro que la había perdonado! Tanto que aunque la había amenazado con retirarles toda su fortuna nunca lo había hecho. Y Miguel, un tipo sincero, honesto y leal, se alegraba de que el viejo por fin hubiera encontrado a Catalina, una razón más para poder salir adelante.

Realmente, don Jaime siempre había soñado con un nieto, pero no se decepcionó al descubrir que era una muchachita de diecisiete años. Lo único que deseaba era que ya estuviera allí, en casa, en tierras segovianas. Necesitaba hablar con ella, amarla, sentirla, darle todo lo que se le había negado, consentirla.

Cada vez que pensaba que la muchacha había pasado cerca de diez años en un triste orfanato

lleno de pequeños diablejos, sólo con el cariño y el consuelo de las monjas, sentía cómo le hervía la sangre. De hecho, acababa de hacer un generoso donativo al centro.

—Padre, deberemos hacer muchas cosas —dijo Miguel—; al menos, contratar a una institutriz, si no quieres que vayan a estudiar fuera. Con tu experiencia en ese campo, no tendrás ningún problema para reclutar un pequeño ejército antes de que regrese con ellas. De hecho, ahora mismo recogeré a la señorita Clara Mancuerta.

—Viene recomendada por esa inglesa tiquismiquis; imagino que será buena —asintió el anciano—. No deseo apartar a Catalina de mí. Que estudie aquí si quiere. Tienes razón, Miguel, contrataré los mejores profesores y haré cambios en la casa, ¿no crees? —Le miró, alzando sus cejas blancas, y sonrió—. A lo mejor te enamoras de ella y os casáis. ¡No sabes cuánto me alegraría eso! Ella se merece lo mejor, y tú eres el mejor.

—No vayas tan de prisa, padre. Deja que se instale y no la atosigues con esas cosas.

—¿Por qué? Podría conocer a mis bisnietos, ¿o serían nietos? —Agitó una mano—. Da igual. El caso es que otra vez habrá una chiquilla por aquí correteando. Todo el mundo querrá venir a conocerla.

—Son diecisiete años, padre. Es joven, pero no tanto como para correr por los pasillos. —Miguel intentó no reírse, pero le resultó imposible viendo cómo su padre estaba disfrutando tanto con ello—. De todos modos, en cuanto la conozca le diré que puede hacerlo tranquilamente. Estoy seguro de que a los dos días comenzarás a refunfuñar.

—¿Crees que no sé tener paciencia, muchacho? Estás muy confundido conmigo, y si Catalina ha heredado el encanto de su madre, será una mujer irresistible.

—¡Anda, viejo! Límpiame las babas no sea que la asustes antes de venir.

—Tú riéte, pero ya verás qué razón tengo —le dijo, cogiendo el bastón con la empuñadura de plata—. ¡Márchate ya, Miguel! Estoy deseando teneros aquí de regreso. ¿Estás totalmente listo?

Miguel asintió con un gesto de cabeza y le mostró una pequeña arma que guardaba en el bolsillo de la chaqueta.

—Además llevo una reducida escolta; no te preocupes por nosotros. —Le abrazó rápidamente y besó la frente de Sara, que acababa de entrar en la estancia, antes de abandonar la casa.

—¿Tardará mucho en volver? —preguntó la mujer, secándose unas incipientes lágrimas con el delantal.

—Vendrá antes de que nos demos cuenta. Ahora tenemos muchas cosas que hacer, Sara.

—¿Y de la amiga se sabe algo?

—Que tiene veinte años y que desea casarse. —Miró a la mujer con una sonrisa de complicidad—. Otra vez a volver a empezar, Sara. Esta casa será un hervidero de gente.

—¡Pues qué alegría! —musitó ella, evitando su mirada—. Parece que últimamente estás demasiado aburrido y necesitas animarte de alguna manera.

—Sabes que eso no es así. —Le guiñó un ojo—. ¿Una partida de cartas?

—¡Es para lo único que me quieres! Para que te desplume, ¿no?

Don Jaime soltó una sonora carcajada, pero guardó silencio cuando Sara le hizo una mueca avisándole de que ya no se encontraban solos. Alguien del servicio rondaba por allí.

Don Jaime odiaba que la mujer actuara así. Durante los últimos meses no había hecho otra cosa que pedirle matrimonio. Era viejo, pero todavía podía llevar esa carga. Sara, en cambio, era más remilgada. No le importaba acostarse con él a escondidas ni aceptar todas las consecuencias

de una mujer casada. Sin embargo, sólo pensaba en lo que dirían las malas lenguas sobre su relación. El marqués y el ama de llaves.

—Si necesita algo más, me manda llamar. Me acercaré a las cocinas porque aunque Miguel se haya ido los demás tendremos que comer, ¡digo yo!

—¡Cobarde! —le susurró, tomándola del brazo con amabilidad mientras abandonaba la sala.

Sara llevaba trabajando con ellos desde siempre. De hecho, era la descendiente de la que fue niñera de don Jaime y si llevaba uniforme era porque ella misma lo deseaba, ya que tanto el marqués como su hijo la consideraban de la familia.

Ella había criado a Noelia después de que muriera la madre en el parto y estaba tan deseosa de conocer a Catalina como el mismo don Jaime. Ambos se habían considerado padres de la pequeña.

## Capítulo IV

Catalina no podía dejar de oler la fragancia de la manga de su chaqueta. Sor María le había regalado unas gotas de su perfume para que oliera bien cuando llegara el marqués. Estaba sentada en una ancha mesa de madera que se apoyaba contra una de las enrejadas ventanas superiores y balanceaba los pies con impaciencia. ¡Había llegado el día! ¡Por fin abandonarían el centro!

Miró de forma apresurada a través del cristal cuando oyó el carruaje, antes de que éste apareciera perezosamente por el camino de tierra.

El sol brillaba en lo alto, regando los campos dorados, los huertos secos. Ese año estaba haciendo mucho calor y los pobres agricultores veían cómo la cosecha se echaba a perder un año más.

Catalina pegó la nariz al cristal al descubrir el lujoso vehículo, que brillaba de limpio. Pudo ver sobre una de las negras puertas un escudo de armas dorado, aunque no podía distinguir muy bien lo que había bajo las espadas entrecruzadas, que relucían como el oro.

—¡Están aquí! —chilló, poniéndose en pie, repentinamente nerviosa.

Se pasó la mano por la cabeza para averiguar si alguno de sus rizos había escapado de la cola de caballo. Tenían que estar presentables y, sobre todo, limpias, según la madre superiora, no podían dar una falsa imagen del centro.

Una niña le rodeó las piernas con un abrazo muy fuerte. Catalina se inclinó hacia ella, pero la pequeña escondió la carita entre sus faldas y rompió a llorar.

—No podemos entretenernos mucho —la avisó Ana Isabel, sujetando su mano.

—¿No estás nerviosa? —le preguntó Catalina, respirando con fuerza—. ¿Y si nos descubren? —le susurró contra el oído, de modo que sólo ella pudiera escucharla. Las demás niñas estaban allí, mirándolas con ilusión e imaginando que algún día ellas también se marcharían por esa puerta para no regresar nunca más.

—Estoy como un flan, pero muy emocionada por salir de aquí... ¡juntas! ¡Como siempre habíamos querido, Cata! Va a ser fantástico, ya lo verás; confía en mí.

La despedida fue un momento muy duro, sobre todo por los pequeños, a los que adoraba como a sus hermanos. Eran la familia que había conocido, unos niños que entraban y otros que salían jurando regresar y que nunca lo hacían. ¡Cuántas historias podrían contar esas paredes viejas y oscuras! ¡Cuántas veces había sumado las grietas del cuarto de pelar las patatas! No podía quejarse al recordarlo ahora. Con algunos castigos se lo había pasado muy bien, sobre todo cuando las sancionadas habían sido Ana Isabel y ella. En ese lugar había pasado por muchas

cosas: había llorado, había reído, había enfermado, había cantado. Allí había transcurrido su vida hasta entonces y estaba gustosa por irse, por conocer lo que el futuro le tenía preparado.

Una vez que saliera desearía los malos recuerdos y atesoraría sólo los buenos. A partir de ese momento todo sería fabuloso, debía serlo. Tenía que pensar con la misma confianza con que lo hacía su amiga.

Sor María las abrazó con fuerza y cogió a los más pequeños para que no escaparan a la calle en cuanto abrieran la puerta.

—¡No le hagáis esperar más! —dijo la madre superiora con su acostumbrado mal genio señalando al exterior con impaciencia. Sólo pensar que serían dos bocas menos que alimentar la hacía feliz.

—Está deseando deshacerse de nosotras, madre; al menos, podría disimular un poco —le contestó Ana Isabel, colocándose las manos en las caderas.

—¡No le haga caso! —Catalina le dio un codazo y la miró con el cejo fruncido—. No seas ruda, Ani. —Temía que entrara el marqués y que le aclararan quién de ellas era la verdadera Catalina—. Vámonos, que el abuelo debe estar esperando. Adiós, madre. —Hizo una pequeña reverencia y salieron.

»¿Querías hacerla rabiar, o qué? —le preguntó, saltando el alto escalón.

—Era la última oportunidad de hacerlo —sonrió Ana Isabel, tomando su mano, y juntas caminaron hacia el coche.

El sol lucía tan alto que sus rayos se reflejaban en el negro vehículo formando pequeños arcoíris. Del interior salieron una dama y un caballero elegantemente vestidos, tanto que Catalina se sintió ridícula con las ropas del uniforme. La mujer iba en tonos amarillos, con un traje compuesto de chaqueta larga y falda estrecha acabada en vuelo. Las prendas eran estupendas y se ajustaban como un guante a las bonitas formas femeninas. Era joven, y aunque no era muy hermosa, reflejaba candor y serenidad.

En cuanto al caballero... Catalina le observó con los labios entreabiertos. ¿Podía existir un hombre así? ¿Quién era?

Para ser el marqués, desde luego, era demasiado joven.

¡Claro! Su abuelo habría enviado a alguien. ¿Cómo había pensado que él mismo se dignaría ir? Sin duda, le habría molestado que en vez de enviar a un hombre tan guapo hubiera mandado a otro sin las cualidades de éste. «Es mentira —se dijo—. Da lo mismo quién haya venido a recogernos con tal de que lo haya hecho alguien.» No podía dejar de mirarlo mientras se iban acercando a ellos.

El hombre era moreno. Tenía el cabello espeso y negro como el azabache, y sus ojos eran verdes y profundos, unos hermosos discos bajo unas elegantes cejas. Cuando sonreía como lo estaba haciendo en aquel momento, la alegría bailoteaba en su mirada. ¡Era el hombre más guapo que había visto en su vida! No había visto muchos, pero estaba casi segura de que ningún otro podría superar a aquél.

¿Y quién sería ella? ¿Su esposa? De ser así debía ser la mujer más afortunada del mundo porque el hombre era alto, de anchos hombros y cintura estrecha. Llevaba los pantalones metidos dentro de unas botas de cuero marrón y le quedaban estupendos; la chaqueta, oscura, se ajustaba a los músculos de sus brazos mostrando su fortaleza.

Sin darse cuenta, apretó la mano de Ana Isabel con mucha fuerza, y ésta acabó por quejarse.

—Me vas a romper la mano —murmuró.

—Perdona.

—¡Es un placer conocerlas, señorita Catalina y Ana Isabel!

El hombre las miró a las dos para no meter la pata. Junto a la comisura de la boca se le dibujaban unas finas líneas cuando sonreía que lo hacían más travieso y apuesto.

Catalina se lo imaginó de pequeño. Debía haber sido un niño alegre y vivaracho, valiente y líder, burlón. ¿Qué le estaba pasando? ¿Qué le importaba a ella como hubiese sido antes?

Desde que lo había visto sólo deseaba que él la mirase a ella, que le sonriese a ella.

Catalina se quedó un paso atrás cuando el caballero tomó la mano de Ana Isabel para besársela. Al querer coger la de ella la escondió tras la espalda, renuente a entregársela. ¿Y si estaba sucia? ¡Qué vergüenza! Su corazón bombeaba frenético.

Miró a Ana Isabel, que la observó con el cejo fruncido, diciéndole con la mirada que no debía parecer tan inmadura. ¡Habían cambiado las identidades! Ahora la mayor era ella.

Por fin, entregó la mano al hombre con una tímida sonrisa.

—Soy Ana Isabel Expósito —se presentó con voz trémula, sin que pudiera apartar los ojos de la cálida mirada del hombre—. Ella es mi hermana... Catalina.

—Es un placer conocerlos al fin, y para ser sincero, no esperaba encontrar dos mujeres tan hermosas.

Las mejillas de Catalina se tiñeron de un profundo rubor mientras Ana Isabel estiraba su falda para acabar con alguna arruga imaginaria.

—Este lugar es muy feo —inquirió la elegante mujer, observando las rejas oxidadas del portón principal con los ojos entrecerrados.

—Sí. Un lugar de esos que unen a las personas —dijo él, levantando la vista hacia el lúgubre edificio y tensando los músculos de su rostro por unas décimas de segundo. En seguida depositó su atención en Ana Isabel, aceptando que ella era su sobrina—. Soy, por decirlo de alguna manera, tu tío adoptivo, Miguel Savaedra.

—¿Qué significa eso? —preguntó Ana Isabel, mirándole con atención—. El término *adoptivo*... —añadió frunciendo el cejo, pensativa.

—Os lo explicaré por el camino. Ella es la señorita Clara Mancuerta. Será vuestra dama de compañía.

—¿Para qué sirven las damas de compañía? —dijo Catalina, extrañada, observando a la mujer con una dulce sonrisa.

—Creo que tenéis mucho que aprender —sonrió Miguel, apartándose de la puerta para dejarlas pasar.

—¿Adónde vamos? ¿Está muy lejos? —quiso saber Catalina—. Me refiero a Segovia, porque sé que vamos allí. ¿Cuánto podemos tardar?

—¿Tienes prisa por llegar, señorita? —le preguntó Miguel con ojos chispeantes. Catalina se encogió de hombros. Prisa no tenía ninguna, y él lo sabía de sobra. Al menos, la señorita del apellido tan raro no era la esposa de... ¿Su tío? ¡Buf, qué lío!

Los cuatro subieron al vehículo. Ana Isabel se sentó junto al hombre y Catalina, junto a la señorita de compañía. No podía entenderlo. ¿Para qué serviría esa mujer? ¿Sería algo parecido a una criada?

Por un momento se distrajo para observar el orfanato por última vez. Había prometido que

regresaría, pero sabía que no lo haría. No se sentiría nunca con fuerzas para volver y ver el horror en el que los pobres huérfanos vivían. Era algo que no se lo deseaba a nadie. Pero tampoco pudo ocultar que le daba pena abandonar a todos los niños.

Miguel se puso en seguida a contar los detalles de su adopción, Catalina fingió no prestarle mucha atención, aunque miraba absorta su reflejo en el cristal. Su voz varonil y sedosa llenaba el carruaje con un aire muy cálido, casi embriagador.

La señorita Clara no paraba de reír. Cata llegó a pensar que la joven se orinaría encima. La observó largamente durante el viaje. Estudió su caída de ojos cuando bromeaba con Miguel; cómo pestañeaba con fuerza cada vez que parecía sorprenderse de algo; las fingidas risitas que le lanzaba, y el brillo ilusionado de sus ojos claros. ¿Tenía que hacer ella todo eso para buscar marido? No debía ser difícil.

Miró a Miguel a través de sus largas y rizadas pestañas. ¿Estaría casado? ¿Prometido? ¿Soltero?

## Capítulo V

El coche se detuvo junto a una pequeña arboleda situada a un lado del camino. La escolta de cinco hombres que viajaban uniformados y a caballo continuó hasta el mesón para inspeccionar la zona.

—Esta noche nos alojaremos aquí —las informó Miguel. Al abrir la puerta del vehículo, las miró con la mano apoyada en el tirador—. Es mejor que evitemos viajar de noche. Los asaltantes de caminos siempre esperan a que oscurezca.

—¿Es por eso por lo que viajamos con tantos hombres? —preguntó Ana Isabel, siguiendo con la vista a la escolta.

Miguel asintió con la cabeza. Sus ojos verdes otearon la zona con curiosidad, como si estuvieran buscando algo o memorizando el lugar.

Mientras Ana Isabel y la señorita Clara descendían con la ayuda del hombre, Catalina salió por el otro lado del vehículo, deseosa de estirar las piernas. Se sentía agotada y nerviosa por el largo viaje.

Se frotó los muslos. Tenía el cuerpo entumecido por estar en la misma posición desde hacía un buen rato. Observó el escudo de armas desde cerca. Justo bajo las relucientes espadas doradas había un diminuto león erguido, como si caminara.

Al levantar la vista descubrió a un hombre que ataba las riendas de un burro en una larga y gruesa barra de madera al otro lado del camino. El sujeto la observaba con fijeza, y ella parpadeó, haciéndose la sorprendida, tal y como había visto hacer a Clara. Sonrió con un mohín.

Todo pasó muy rápidamente. El hombre se acercó con paso ligero y una sonrisa muy fea en su boca desdentada. Sus ojos brillaban con avidez. Fingía ser simpático, sin embargo no lo era. Su mirada la recorrió con tesón, deteniéndose en las curvas de su cuerpo con cara de querer comérsela.

A Catalina le recordó un lobo hambriento acechando un corderillo.

—¡Qué tal, bonita...!

—¡Perdón, la señorita está conmigo! —dijo Miguel, que apareció de improviso e, interponiéndose en el camino del hombre, lo detuvo en seco—. ¿Tiene algún problema, amigo?

Catalina se aplastó contra la puerta del coche y observó la ancha espalda de Miguel, que le ocultaba la vista del sujeto. Dos de los soldados que los acompañaban observaron a su patrón, y evaluando las posibilidades entre él y el pobre hombre del burro, terminaron por admitir que Savaedra no se encontraba en peligro, de modo que continuaron con sus quehaceres.

«¡Vaya! ¡Sí que funcionan los trucos de Clara!», se dijo Catalina, sorprendida. Iba a aprender muchas cosas con ella; estaba segura.

—He creído que conocía a la señorita. Discúlpeme usted, caballero —oyó que se lamentaba el hombre.

Miguel se volvió hacia ella, frunciendo el cejo.

—Por favor, Ana Isabel, espera a salir. Nunca sabemos con quién podemos toparnos en el camino.

¿La estaba regañando? Catalina alzó el mentón, orgullosa, y soltó un suspiro. Después de pensarlo bien, decidió que lo mejor era disculparse. No quería entrar en la familia peleándose con su tío.

—Lo siento. —Agitó su alta cola de caballo, atrapando los últimos rayos de sol, que se escondía tras las montañas—. Prometo que no volverá a pasar.

Miguel asintió, suavizando la mirada.

—Éste es un lugar de paso y hay que tener mucho cuidado. En menos que canta un gallo son capaces de arrancarte la bolsa.

—Pero yo no tengo nada que me puedan robar. Los rateros conmigo se llevarían una decepción.

Miguel la recorrió con los ojos de arriba abajo de modo apreciativo.

—No se llevarían dinero, pero no creo que se decepcionaran contigo; te lo puedo asegurar. —Sonrió, burlón—. Tienes que contarme cosas sobre ese lugar, el orfanato —le dijo, olvidándose de lo que acababa de suceder. La cogió con suavidad del codo mientras se acercaban a las dos mujeres que los esperaban pacientemente—. Me interesa mucho ese sitio.

—¿Por qué puede interesarle al hijo de un marqués un lugar como ése? —inquirió ella, encogiéndose de hombros.

—¡Estoy muerta de hambre! —decía Ana Isabel cuando se reunieron con ellas—. ¡Estaba tan nerviosa que esta mañana casi no he comido nada! Amiga, ¿dónde estabas? —añadió, dirigiéndose a Catalina y tomándola de la mano.

Miguel siguió un rato más con los ojos verdes clavados en el perfil de Catalina, hasta que con una sonrisa ofreció su brazo a quien se lo quisiera coger. La señorita Clara fue la primera en aferrarse a él con una risa cantarina. Ana Isabel se cogió al otro brazo después de que Catalina la empujara instándola a que lo hiciera.

Caminaban hacia la entrada de un edificio totalmente rectangular, de dos plantas. La fachada era blanca como la leche, y el tejado, muy inclinado, de un fuerte color rojo. El lugar resultaba pintoresco, rodeado de pinos y chopos centenarios. Muy cerca, una diminuta cascada que nacía en el interior de la montaña caía en un pequeño lago.

Catalina siguió al trío por el amplio salón, observando con interés las mesas y a los parroquianos, que se podían contar con los dedos de una mano. Los hombres uniformados del marqués se habían quedado cerca de la entrada, degustando una sabrosa comida.

Ellos, por su parte, escogieron una mesa que había en un rincón, cerca de una ventana cubierta por una fina cortina de encaje blanco. El sol desaparecía lentamente tras las montañas. Pronto daría paso a una noche repleta de estrellas que brillarían cual diamantes en el negro terciopelo del firmamento.

Catalina agarró el respaldo de la silla para echarla atrás y justo en ese momento Miguel

colocó la mano sobre la suya con fuerza. Al principio, se quedó quieta, observando las manos y el contraste entre la piel bronceada del hombre y la suya, tan pálida. Sentía el calor que él emanaba, su fuerza.

Levantó la vista hacia Miguel y, como si no se hubiera dado cuenta, él la soltó en seguida.

—Discúlpame; deja que te ayude —le dijo, apartando la mano de Catalina con suavidad.

Ella, un tanto extrañada, se sentó en la silla. Mientras barría el local con la vista no podía apartar de su mente el breve contacto con el hombre. El dorso de su mano aún conservaba el calor en forma de un cosquilleo permanente.

¿Por qué Miguel se mostraba tan atento con todo lo que le rodeaba? Era como si estudiara a cada persona tratando de adivinar cuáles serían sus siguientes pasos.

Ana Isabel parecía feliz. Ella era así, extrovertida y dicharachera, confiada, a pesar de sus casi veinte años. Por lo menos, supo tener entretenidos a la señorita Clara y a Miguel con muchas de las anécdotas vividas en el centro.

Los ojos ambarinos de Catalina centellearon al ver la fuente de pollo frito que el mesonero les dejó en el centro de la mesa. Junto a las doradas piezas aún humeantes había una crema espesa color verde que no pudo identificar, pero el aroma del perejil llegaba hasta ella e hizo que su estómago atronara con ferocidad.

¡Estaba hambrienta! Se tocó el estómago con disimulo y se irguió en la silla. Miró a la señorita Clara, dispuesta a imitarla. Pero acabó cenando con los dedos, saboreando el pollo fresco. ¡Qué bien sabía!

Era la mejor comida que había probado nunca. Incluso el pan estaba blando y crujiente, no como el mendrugo duro con que acompañaban el guiso de patatas secas al que estaba acostumbrada y en el que, con suerte, le podía tocar un poco del jamón que echaban para dar sabor.

Hasta el agua parecía diferente, más fresca, más limpia, más rica, a pesar de que sabía que el agua no tenía sabor.

—Eso no está bien, señoritas —dijo Clara, ocultando una sonrisa tras la servilleta al verlas comer con las manos y mirando de reojo a Miguel para ver su expresión.

Por su parte, Miguel se encogió de hombros y hasta se atrevió a coger un ala crujiente del ave entre dos dedos, pero acabó desistiendo al sentir la grasa resbalando por la mano.

«Demasiado señorito, después de todo», pensó Catalina con diversión.

—Le podemos jurar que cuando el marqués esté delante utilizaremos los cubiertos —le dijo Ana Isabel, lamiéndose el aceite de un dedo—. Nosotras sabemos comportarnos correctamente, ¿verdad, amiga?

Catalina se limpió los labios con el dorso de la mano al mismo tiempo que asentía. Miguel le ofreció una servilleta que ella cogió para dejarla en su regazo.

—Las hermanas eran demasiado severas en estos temas —contestó Catalina, devolviendo la mirada a su amiga—. No recuerdo cuándo fue la última vez que comimos pollo, ¿y tú?

—Te diría que es la primera vez. —Ana Isabel se encogió de hombros—. Gallina sí, pero pollo...

—¡No me lo puedo creer! —exclamó la señorita Clara con expresión incrédula—. ¡Eso es horrible!

—Es sólo acostumbrarse —contestó Catalina, mirándola fijamente.

Cómo se notaba que la mujer nunca había pasado necesidades. La piel pálida y delicada de sus perfectas manos de largos dedos la delataba.

—No sé si podría —negó la mujer, agitando sus rizos dorados con gracia.

—Lo haría, si no tuviera más remedio —contestó Miguel—, pero como no tenemos la intención de dejar de comer pollo, no debemos preocuparnos, ¿verdad?

Catalina lo miró divertida, sin saber si el hombre había hablado en serio o, por el contrario, estaba bromeando. Él le guiñó un ojo a modo de chanza, y ella frunció los labios, reprimiendo una carcajada.

Los platos no tardaron en quedar vacíos, y Catalina sintió pena por ello. No es que tuviera más hambre, pero ¡se veía tan bonita la mesa llena de alimentos!

En el centro no se comía mal; por lo menos, se llenaban el estómago, pero la variedad no existía. Papillas de avena, ensaladas de lechuga, patatas y sopa. En alguna ocasión, habían probado el cordero y el jamón, pero eran las mínimas. Bueno, también comían lombarda en Navidad.

## Capítulo VI

El vehículo avanzaba por el camino de tierra flanqueado por árboles. Los rayos dorados de la tarde penetraban entre las danzantes hojas y se reflejaban en el cristal de la ventana. Aunque el resplandor resultaba molesto, Catalina no quiso cerrar la cortina. La señorita Clara se lo había insinuado, sin embargo, deseaba ver la casa donde había nacido su madre, donde ésta había pasado la mayor parte de su vida.

Se enderezó cuando el camino se ensanchó tras girar a la derecha, y entonces descubrió un precioso caserón de piedra gris, en forma de U, rodeado de bellos jardines y pinares.

Noelia siempre le había dicho que era un palacio y ciertamente lo era. Tenía tres plantas y, entre el tejado y la fachada, descansaban unas estatuas de leones sentados sobre las patas traseras. En la pizarra oscura del tejado había varios ventanucos con diminutas columnas para sujetar sus propios tejadillos.

Se le iluminaron los ojos con admiración mientras se acercaban a la entrada. Catalina, ansiosa, con la cara completamente pegada al cristal, descubrió un precioso rosal y, escalando hacia la casa, una enredadera que ascendía por una oscura y hermosa celosía.

—¿Cuánta gente vive aquí? —preguntó, extasiada.

El edificio era incluso más grande que el centro.

—¡A ver! —Ana Isabel se acercó hasta que las cabezas quedaron pegadas—. ¡Uauhhh! ¡Es impresionante! ¿Vamos a vivir aquí?

—Vivimos el marqués y yo, y ahora la señorita Mancuerta...

—Clara, por favor... —le interrumpió con una graciosa caída de ojos.

— Clara —repitió, prosiguiendo con lo que decía—. Además, si no me equivoco, mi padre habrá contratado algunos profesores. Por otra parte, está la servidumbre. —Asintió con la cabeza—. Tenemos mucha gente trabajando para nosotros; poseemos una de las extensiones de tierra más grandes de toda Segovia. —Un deje de orgullo se pintó en su cálida voz aterciopelada.

—¿Y a qué se dedican? —quiso saber la mujer, intrigada.

Catalina se volvió a mirarla. ¿De modo que la señorita Clara tampoco conocía la casa?

—Al ganado —respondió Miguel, mirando a Catalina—. ¿Te gustan los animales?

Catalina se encogió de hombros, asintiendo.

—No lo sé. Me gustan los gatos —respondió con voz suave.

—¡No, por favor! —Los azules ojos de Clara se dilataron—. ¡Soy alérgica a los gatos!

—Lo tendremos en cuenta —bromeó Miguel, arqueando las cejas con diversión.

Cuando el cochero abrió la puerta, el hombre salió y luego ayudó a las mujeres.

Catalina descendió de prisa, evitando el contacto de Miguel. Tenía la sensación de que éste podría sentir cómo su corazón se aceleraba cuando lo tenía enfrente. Él, en cambio, sostuvo su mano más de lo necesario. Durante la noche, se le había presentado en sueños. No le habló, tan sólo la miraba, y por primera vez en mucho tiempo, no sintió a la muerte cerca.

Miró la enorme puerta cogida de la mano de Ana Isabel. Justo en el umbral había un hombre de cabello cano, enfundado en un traje oscuro. Su cuerpo descansaba en un bastón negro con mango de plata y sus ojos las miraban a las dos, tratando de adivinar quién era quién.

Catalina dejó de respirar por unos segundos cuando el marqués la miró fijamente. La iba a descubrir. ¡Lo sabía!

—¿Abuelo? —preguntó Ana Isabel con rapidez, caminando a su encuentro.

Miguel se acercó a las muchachas y apoyó las manos en los hombros de ambas.

—Ella es Catalina Cifuentes.

El abuelo abrazó a Ana Isabel con fuerza, emocionado hasta la médula.

—¡Cuánto me alegro de conocerte! ¡Tenía muchas ganas de saber de ti! Tienes que contarme muchas cosas...

—Padre —carraspeó Miguel—, Ana Isabel Expósito.

—Sí, claro, perdóname.

El marqués tomó las manos de Catalina y las estrechó afectuosamente.

Catalina respiró, parpadeando con fuerza. Ahora se daba cuenta de que ella hubiera deseado aquel abrazo. ¡Era su abuelo! ¡El padre de su madre!

Su mirada acuosa celeste le recordó otro lugar. Ya no sabía si era su imaginación, o tan sólo el deseo de querer evocar algo perteneciente a su pasado.

Don Jaime Savaedra le cayó muy bien. No era en absoluto el tipo gruñón y estirado que había esperado encontrar.

—Usted debe de ser la señorita...

—Mancueta —respondió Clara, tendiéndole la mano.

—Bienvenidas seáis —dijo, feliz, abriendo los brazos—. Por favor, pasad, pasad. Quiero presentaros a Sara. —Les señaló a una mujer rolliza, que no llegaba a ser obesa, que las observaba atentamente—. Ella es aquí la jefa.

—¿La jefa? —repitió la mujer, bizqueando.

Las tres jóvenes se echaron a reír.

—¡A este hombre se le suele ir la cabeza dos o tres veces por día! Ya se acostumbrarán.

—Nos iremos conociendo —contestó el anciano, palmeando la espalda de Miguel con una sonrisa excitada—. ¿Qué tal el viaje?

—Bien. No ha habido ningún problema.

¿Por qué, al decir eso, Catalina sintió que la miraba? Se volvió hacia él, pero el hombre estaba pendiente de su padre, contándole las paradas que habían efectuado y el tiempo que les había acompañado.

Catalina miró fascinada el vestíbulo. Cuadros de ostentosos marcos dorados colgaban de las paredes forradas de verde botella, y había ricas alfombras castañas, lujosos muebles oscuros y hermosas cortinas. ¡Aquello era una maravilla!

Ana Isabel estaba tan sorprendida como ella. Jamás habían visto nada igual. Cuando hablaban

de *riquillos*, ni siquiera tenían conciencia de que éstos vivieran así.

—Pasemos a la sala y hablemos un poco. Sé que debería dejaros descansar, pero estoy impaciente por saber..., por conoceros —dijo don Jaime, eufórico.

Las hizo pasar a una de las estancias más bonitas que Catalina pudiese haber imaginado que existían. Todo estaba decorado en tonos dorados y negros, una combinación realmente exquisita.

La muchacha se volvió para recordar por dónde habían venido. El lugar era bastante grande y no deseaba perderse. Cuando se unió de nuevo al grupo, descubrió una multitud de sirvientes saludando a Ana Isabel como si fuera una reina. ¡Hacían reverencias y todo! Sintió ganas de reírse de pura dicha, pero se contuvo.

El retrato que colgaba sobre la chimenea llamó su atención de forma inmediata, y entonces, la recordó. Sus dorados ojos se empañaron de lágrimas al ver el dulce rostro de su madre, que la observaba desde lo alto con un mohín en los labios.

—Muy hermosa, ¿verdad? —le susurró Miguel muy cerca de su oreja.

Catalina asintió sin siquiera mirarle. Notó un escalofrío. ¿Acaso Miguel sospechaba algo? ¡Era imposible!

La mujer del retrato y ella no tenían nada que ver. Ella era como su difunta abuela paterna. Noelia le decía que era una extraña gema en la familia: espigada, de cabellera cobriza y ojos de miel.

—Es Noelia, la madre de tu amiga —le explicó el hombre.

—Sí, lo había imaginado —respondió sin apartarse de él. Le gustaba notar aquella presencia a su lado; se sentía protegida. Pero el momento apenas duró.

Catalina también fue presentada a la servidumbre y, en poco tiempo, se halló sentada junto a Ana Isabel en un ancho diván.

Miguel se había retirado, alegando estar cansado, y de paso, le mostraría el dormitorio a la señorita Clara.

Sara no tomó asiento, pero se quedó junto al marqués estudiándolas con interés a ambas; sobre todo, miraba con insistencia a Catalina, como si conociera su secreto. No había nada que sus ojos oscuros pasaran por alto.

Catalina observó al abuelo mientras contemplaba arrobado a su amiga, y sintió una punzada de celos.

—¡Oh, Catalina, qué mal lo has debido pasar! Si yo hubiera tenido la más mínima noticia te habría buscado por cielo y tierra. Amaba a tu madre. —Agitó la cabeza, recordando—. Era mi niñita. ¿Cómo murió? ¿Lo sabes, o eras muy pequeña?

—Era... pequeña. —Ana Isabel tragó con dificultad, mirando a Catalina de reajo—. Creo que tendría siete años y sólo sé lo que me dijeron las monjas al llegar.

—Pero no comprendo por qué no supimos de ti —insistió el hombre—. Alguien debería habernos buscado antes.

—Me temo que la culpa fue mía —admitió—. Siempre dije que no tenía familia. —Se encogió de hombros—. No sé por qué pensaba que usted no me iba a querer.

—¡Pero ¿por qué?!

El anciano abrió mucho los ojos y el dolor se reflejó en ellos. Sara le acarició un hombro con ternura.

Ana Isabel se encogió nuevamente de hombros.

—Ella nunca habla de ese tema —explicó Catalina, tomando la mano de su amiga e introduciéndose en la conversación—. Cuando le preguntaron la noche en que llegó sólo decía que su madre había muerto —mintió descaradamente.

No quería hacer sufrir a su abuelo. Parecía buena persona y no deseaba mortificarlo con el macabro suceso que había vivido hacía diez años. ¡Diez años, y aún lo recordaba como si hubiese ocurrido el día anterior!

Sara la miraba con el cejo fruncido, pero no abrió la boca en ningún momento.

—¿Y qué tal el orfanato? ¿Os trataban bien?

—Las hermanas tenían sus momentos buenos y malos —respondió Ana Isabel, aliviada de entrar en un tema seguro—. No eran muy buenas que digamos, pero por lo menos sabíamos llevarlas, y lo más importante era que teníamos un techo donde cobijarnos.

—¿Y estudiabais?

—Algunas más que otras. —Ana Isabel miró a Catalina con presunción—. También nos hacían trabajar.

—¿Trabajar? ¿En qué? —El marqués se horrorizó.

—En el huerto la mayor parte del tiempo. Con la recolecta conseguían dinero para poder mantenernos. También lavábamos los platos, la ropa, hacíamos un poco de todo.

—Eso es... vergonzoso. No sois más que unas crías.

—¡Yo ya tengo veinte! —replicó Catalina, disfrutando con su nueva edad.

Sara se inclinó sobre el anciano, masajeándole un hombro.

—Será mejor que las muchachas descansen y luego ya charlaréis tranquilamente —le dijo la mujer con voz calmada—. Estoy segura de que tendrán muchas cosas que contar, pero el viaje ha sido demasiado largo. He ordenado que les prepararan un baño y además estarán deseando ver su dormitorio.

El marqués asintió, incorporándose, y tomó las manos de Ana Isabel, sin dudar por un segundo que era su verdadera nieta.

—Me alegro mucho de que decidieras ponerte en contacto conmigo.

—Somos nosotras las que te estamos muy agradecidas por que nos hayas acogido en tu preciosa casa —le contestó con sinceridad.

## Capítulo VII

Las jóvenes entraron en el dormitorio y se detuvieron en el centro con sorpresa. La cámara era amplia, con cortinas de seda y encaje. Había dos camas vestidas igual, y un enorme ropero para ellas solas. Las paredes estaban forradas en blanco con diminutos capullos azules y estaban adornadas con varios cuadros de paisajes de montaña, un reloj ovalado y un espejo de cuerpo entero.

—¡Dios, qué maravilla! —exclamó Ana Isabel, girando por la habitación.

Se abrazaron con fuerza una vez que se quedaron a solas en su nuevo hogar. Exploraron después todos los rincones de aquel magnífico dormitorio, encantadas. Catalina se sentó sobre una de las camas, feliz.

—¡No sabía que tu abuelo vivía así! ¿Qué te parece, Cata?

—No lo sé. Es todo tan bonito que siento ganas de llorar. No sé por qué, pero me trae muchos recuerdos, y eso que nunca he estado aquí. —Pasó la mano por la colcha—. Sólo de pensar que ésta era la habitación de mi madre... ¡Me gustaría tanto que pudiera verme ahora!

—¿Por qué se irían tus padres? Don Jaime parece muy buena persona y no creo que mienta cuando dice que quiso mucho a su hija —comentó su amiga, descorriendo las cortinas del todo.

El paisaje que se veía a través de la ventana era soberbio. Los montes se elevaban hasta el cielo, acariciando con las cimas delgadas nubes.

Catalina se encogió de hombros.

—No lo sé —respondió—. Me acuerdo de algunas conversaciones en las que ella decía que el abuelo no nos quería. Sé que me lo explicó —dijo, agitando la cabeza—, pero ya no estoy segura de muchas cosas. Sí que me gustaría saberlo.

Los ojos de Ana Isabel se perdieron en la lejanía.

—Oye, tu tío es muy guapo, ¿verdad?

—¿Quién? ¿Miguel? —A Catalina aquel comentario la pilló por sorpresa—. Sí, es guapo.

—¡Es el hombre más guapo que he visto nunca! Catalina, deberías casarte con él —le dijo, mirándola como si aquella frase hubiera estado quemando su lengua.

—¿Qué? ¿Con Miguel? —preguntó con la boca abierta—. ¿Por qué no te casas tú?

—Yo jamás me ataré a nadie. —Sus dedos rozaron la base de un hermoso tocador blanco con tres largos espejos ovalados—. Pero tú y Miguel haríais buena pareja. Creo que le gustas. ¡No te pongas colorada! —rió.

Las mejillas de Catalina alcanzaron el tono de un melocotón maduro.

—Todavía es pronto. A lo mejor conozco a otro más guapo. —Era pura mentira; ya había aceptado el hecho de que Miguel Savaedra era el hombre más hermoso y apuesto del mundo—. ¿De verdad crees que le gusta?

—Estoy convencida. Yo que tú no desaprovecharía la oportunidad. En la taberna de anoche y en la posada donde hemos comido esta mañana no había hombre que se le asemejara, todos parecían feos a su lado. Ninguno tenía los ojos verdes ni un rostro perfecto digno del mejor escultor. Es alto, fuerte...

—¿Estás segura de que no te gusta? —le preguntó Catalina, arqueando sus bien delineadas cejas.

—Tienes razón —dijo Ana Isabel, recostándose en la cama gemela—. Creo que deberías conocer a unos cuantos hombres más, pero al final te quedarás con Miguel. Reconozco que es un hombre muy guapo y atractivo, y me resulta agradable, pero no me gusta para mí y, por si no te has dado cuenta, Clara está loquita por él.

—¿Tú también lo has notado?

Ana Isabel asintió.

—¡Por supuesto! ¡Quién no! —Imitó el rápido pestañeo de la mujer, y ambas se echaron a reír.

—Tengo que confesarte algo, Ani. ¿Recuerdas que ayer, cuando nos detuvimos para cenar y yo bajé por el otro lado del coche, se me acercó un hombre?

—¡Menudo susto! Menos mal que Miguel se dio cuenta. ¿Qué paso?

—Que le hice esa cosa tan rara con los ojos. Quería saber si yo podía hacerlo, ¡y funcionó!

—¿De verdad? —Rieron de nuevo—. Yo también debería aprender para cuando me interese, ya sabes. ¿Cómo te atreviste a hacerlo?

Catalina se echó a reír.

—Tuve miedo en el momento en que ese hombre se acercó. ¡Deberías haber visto su cara! Me recordó a *Rufos*.

—¿Tan feo era?

—No; eran los ojos que ponía, así, como cuando *Rufos* tiraba de la ropa que tendía sor Manuela en las cuerdas del patio.

Ana Isabel recordó al perro vagabundo que rondaba todo el día por el huerto desde hacía algunos años.

—Menos mal que Miguel fue a rescatarte, ¿no?

Catalina, azorada, asintió.

—Ya estaba a punto de salir corriendo. Por cierto, ven. —Palmeó la cama para que Ana Isabel se sentara junto a ella—. ¿No crees tú que Sara y el marqués...?

—¡Pensaba decírtelo yo! Ellos también hacen una buena pareja.

—Pero no me gusta cómo me mira ella —admitió Catalina, bajando la voz hasta convertirla en un susurro—. Es como si me conociera.

—¿Eso piensas? —Ana Isabel se mordió el labio inferior—. Debemos tener cuidado por si acaso.

Catalina desfiló ante la modista bajo la atenta mirada de la señorita Clara. Le costaba

muchísimo poder controlar los altos tacones y no tropezar con la alfombra. Para colmo no la dejaban mirar al suelo, por lo que la caída podía ser inminente.

—Más arriba los hombros, eso es. Espere, doble un poco aquel brazo. Así..., muy bien. Ahora gire y... ¡Cuidado, que se pisa el vestido!

La mala suerte quiso que aterrizara en el suelo en el mismo momento en que Miguel y el abuelo entraban en la sala. Sus mejillas se volvieron a teñir de rojo. Parecía que siempre que Miguel estaba cerca pasaba algo que la abochornaba.

El hombre corrió a ayudarla y soltó una exclamación cuando se pinchó con uno de los muchos alfileres que poblaban el vestido de la joven.

—¡Tienes sangre! —exclamó Catalina, que le cogió la mano con los ojos fijos en el punto rojo oscuro que pendía del dedo. Le miró a la cara, queriendo saber si le dolía.

—No es nada —dijo él, llevándose el dedo a los labios para lamer la sangre—. ¿Cómo estás tú? ¿Te has hecho daño? —Su mirada era de preocupación.

¿Cómo estaba ella? ¡Observando como una boba la boca del hombre! ¿Cómo sería besarlo?

Reaccionó cuando Miguel frunció el cejo, mirándola.

—Supongo que mi orgullo está más herido —bromeó—. ¡Aquí las alfombras son tan gruesas que para hacerme daño tendría que caer unas cuantas veces!

Catalina se cogió el bajo del vestido y caminó con firmeza hasta la modista.

Miguel y don Jaime soltaron una carcajada ante el comentario de la joven.

—Demasiado largo —apuntó Clara, señalando el vestido.

—Eso, y que no sabe andar con tacones... —añadió Sara, que la observaba con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¡Pero estoy aprendiendo! —se quejó Catalina, mirándola.

Sara sonrió.

Catalina estaba entusiasmada. Todos pensaban que era mayor, y los vestidos que la señorita Clara estaba encargando eran una maravilla, de tonos más oscuros y provocativos que los de Ana Isabel. No entendía cómo su amiga no se sentía atraída por esas cosas: la ropa, los accesorios, conocer a un hombre... Catalina, por lo menos, sabía qué tipo de hombre le gustaba. No hacía falta que fuera tan rico como Miguel, pero sí igual de guapo o más, con su misma altura, con su cuerpo. ¡Qué tonta! Su tipo de hombre era Miguel y ningún otro.

Si no hubiera escuchado la broma que el abuelo le había hecho a Miguel durante la cena de la primera noche, habría seguido el consejo de Ana Isabel y habría intentado seducirle al igual que hacía Clara; pero el marqués le había propuesto a Miguel que se casara con su amiga, imaginando que ciertamente era su nieta.

La verdad era que el comentario no había sido para tomárselo a risa, por lo menos, para Ana Isabel, que frunció los labios, algo molesta. Había sido la única vez que Catalina se había sentido algo desplazada.

—¿Tendrán algo preparado para esta noche? —preguntó el anciano a la modista y a Clara—. Habrá una pequeña reunión, algo íntimo, vecinos cercanos que quieren conocer a mi nieta y los he invitado a cenar.

Los ojos de Catalina se abrieron entusiasmados. ¡Una fiesta! ¡Y en aquel pedazo de casa! No aplaudió por vergüenza, pero se quedó con las ganas.

—Sí, por supuesto. He traído varias cosas ya.

La modista giró en redondo, buscando un arcón que había acarreado hasta allí.

—He ordenado que lo llevaran al dormitorio de Catalina y Ana Isabel —le dijo Clara.

—Sí —asintió Sara—. Yo misma he colocado la ropa nueva en el armario.

—¡Ah, bien!

Don Jaime sonrió, satisfecho, y al pasar junto a Sara, le guiñó un ojo con alegría. Catalina vio el gesto y disimuló la sonrisa que pintaba su boca. La divertía ver cómo el marqués y Sara intentaban ocultar algo que a simple vista cualquiera podía adivinar con facilidad. ¡Sólo con ver cómo se miraban se vislumbraba un cariño muy especial!

—Vaya desnudándose, señorita —dijo la modista, soltando los cierres de su espalda.

—¡Ay, me pinchas! —se quejó Catalina apartándose un poco.

—¡Espere, no se mueva! No sé qué ha hecho pero se ha atascado el imperdible.

La mujer lo intentó y volvió a clavarle el alfiler en la base en la nuca.

—Déjeme. —Miguel se acercó y apartó las manos de la modista con suavidad.

Catalina sintió su cálida respiración en el cuello. La caricia de sus dedos le erizó toda la piel del cuerpo repentinamente, incluidos los pezones, que empujaron contra el satén del vestido. Tembló. Su corazón latía a mil por hora.

Miguel se demoró un poco, pero por fin liberó el largo imperdible y se lo tendió a la modista.

—Gracias, señor Savaedra.

—No hay de qué —contestó—. Ha sido un placer.

Catalina se volvió al hombre con rostro intrigado. Miguel había demostrado ser una persona atenta y con unos modales exquisitos. Don Jaime le adoraba, los criados le apreciaban, Clara estaba loca por él, Ana Isabel le veía como a un divertido amigo, e incluso a ella misma le agradaba. Entonces, ¿por qué se ponía tan nerviosa cuando la miraba con ojos encendidos? ¿Por qué dejaba de respirar cada vez que la rozaba distraídamente con una mano o con el brazo? ¿Por qué la mayoría de las veces se veía forzada a sonreírle?

Ciertamente estaba todo el día pendiente de saber dónde se encontraba él y con quién. Cuando Miguel salía de la habitación en la que estaba ella parecía llevarse toda la luz, y las ganas de diversión se extinguían como la llama de una vela. Nunca había sentido nada así por nadie, y al mismo tiempo que le gustaba, lo temía.

Don Jaime quería que la fortuna quedara en la familia y posiblemente Ana Isabel se vería comprometida con Miguel. No quería pensar en ello.

—Gracias —musitó ella con las mejillas sonrosadas.

—Si alguna vez vuelve a ocurrir estaré a tu disposición.

—Espero que no.

Catalina se frotó el cuello con una mueca.

—Esas personas son vecinos muy queridos, casi como si fueran de la familia. Espero que usted nos acompañe esta noche, Clara.

—¿Yo? —preguntó la mujer, emocionada—. ¡Claro que sí!

Miguel se volvió de nuevo hacia Catalina e inclinó la cabeza a modo de despedida. Cuando los hombres abandonaron la sala, Clara la ayudó a despojarse del vestido.

—Haremos que preparen el baño. —Entregó una bata a la joven—. Es vuestro primer acto social. ¿Dónde se habrá metido Catalina? Hace mucho rato que no la veo.

—La señorita salió a dar un paseo por las cuadras; le encantan los animales —dijo una

doncella mientras ayudaba a recoger las pocas cosas de la modista.

—Sí, es como su madre —comentó Sara, saliendo de allí.

¿Había sonreído la mujer, o Catalina se lo había imaginado?

—¿Puedo ir a buscarla yo? —dijo sin esperar la contestación de Clara.

La joven corrió a su cuarto a ponerse un sencillo vestido de algodón que una de las criadas le había prestado y salió a buscar a su amiga a la carrera. Estaba loca por decirle que acudirían a su primera fiesta.

No habría baile ni nada de eso, pero podrían vestir las elegantes ropas que poco a poco iban colgando del ropero; prendas de tejidos suaves y brillantes, encajes, cintas, terciopelos, satenes.

Catalina se sentía como una princesa en un cuento de hadas. Lo que le causaba más pena era mantener el engaño sobre las identidades. Nunca deberían haberlo hecho, pero ahora era tarde para recular y decir la verdad. Sólo provocaría que las tomaran por impostoras, y hasta serían capaces de devolverlas al centro.

## Capítulo VIII

Miguel la vio descender los pocos escalones de mármol y cruzar la plazoleta de la fuente con prisa, en dirección a las caballerizas.

Admiró cómo el largo y ondulado cabello color cobre volaba tras ella como una manta de armiño, cayendo suelto sobre las caderas. La gracia de su cuerpo al andar le dejaba sin aliento; y aún no podía entenderlo; caminaba con movimientos ligeros y suaves, con la elegancia de una joven gacela. ¿Qué tendría esa mujer que lo cautivaba con sus dorados ojos? Lo cierto era que, en algunos momentos, la encontraba muy inocente y, en otros, la pillaba mirándole con el deseo brillando en los iris de oro líquido.

La joven le había llamado la atención nada más conocerla; la seguridad que tenía y el orgullo marcado en el mentón le habían sorprendido. ¿Serían gestos heredados? De ser así la joven debía provenir de una buena familia, aunque ella ni siquiera lo supiera.

En un primer momento, le había pasado como a su padre. Ambos habrían apostado a que Catalina era la joven de cabellos cobrizos, no porque se pareciera a nadie en concreto —de hecho, ninguna de las dos les recordaba a Noelia—, pero había algo en ella que les resultaba levemente familiar.

Ana Isabel era una auténtica belleza, con una simpatía irresistible y un encanto que lo asombraba, por no hablar de aquel cuerpo que lo excitaba más allá de lo imaginable.

Podía haberse aliviado en cualquier momento con alguna de las jóvenes de la aldea, o incluso con la señorita Mancueta, pues ya no sabía cómo dar largas a esa mujer para que no se ilusionara con él. Pero sabía que su deseo quedaría insatisfecho porque sólo había una persona que le atraía con la fuerza de un imán.

En más de una ocasión se había imaginado acariciando aquellos cabellos de fuego, besando los labios de fresa y las tersas mejillas. ¡Debía sacársela de la cabeza antes de que fuera demasiado tarde!

Se pasó la mano por el negro cabello, revolviéndolo sobre la frente lisa. Su padre deseaba que se prometiera a Catalina y era consciente de que tendría que hacerlo. Se lo debía por haber estado siempre con él, apoyándolo en todo, animándolo a conseguir sus objetivos... Y sin embargo, ésa era la primera vez que deseaba no obedecerle. No quería casarse con su sobrina y, en cambio, debía ayudar a buscar esposo a la única mujer que le atraía. ¡Era injusto! ¿Por qué no podía ser él quien se casara con Ana Isabel? Además, era incluso cerca de tres años mayor que Catalina.

—¿Puedo pasar? —dijo una voz desde la puerta.

—Claro, padre, pasa. ¿Ocurre algo? Iba a comenzar a vestirme...

El joven arrojó la camisa que se acababa de quitar sobre la cama y caminó hacia la jofaina.

—No tardo, Miguel. Me gustaría comentarte algo; es sobre el alcalde.

Los ojos verdes brillaron con furia al oír aquello. ¡No soportaba a Darius ni en pintura!

—¿Qué ha hecho esta vez? ¿Ha vuelto a extorsionar a alguien? ¡No sé cómo se permite que ese hombre siga llevando una ciudad como Segovia! Parece que no ha tenido bastante con los mensajes que recibió el mes pasado.

—Baja la voz. —Don Jaime cerró la puerta y caminó hasta un cómodo sillón, deseoso de abandonar el bastón—. No me gustaría que nadie te oyera...

—Padre, aquí la gente es muy leal. Parece mentira que no te hayas dado cuenta hasta ahora.

Se lavó con un paño y se acercó al anciano, secándose el torso con una toalla que previamente había preparado.

—Lo sé, tienes razón, pero no quisiera que el alcalde, ese estúpido cretino, tomara represalias contra nuestra gente. No deseo que vuelvas a mezclarte con esos bandidos para robar las recaudaciones.

—No las robamos. Se las devolvemos a sus legítimos dueños —contestó, ligeramente ofendido—. No es posible que quieran seguir sangrándonos con más impuestos, y si el alcalde no sabe escuchar o no quiere interpretar las voces del pueblo por las buenas, tendrá que hacerlo por las malas. No te preocupes, padre —dijo, y le palmeó la mano—, te prometo que voy a ser paciente; claro, eso si no se sube a las ramas. No vendrá esta noche, ¿verdad?

—¿Cómo puedes preguntármelo! El alcalde no es bienvenido en mi casa. Si hubiese sido por mí le habría prendido fuego el mismo día que apareció por la zona.

—Lo sé, pero olvidas que al alcalde no le hace falta invitación, padre. Cuando menos te lo imaginas se presenta. Cualquier excusa es buena para ese imbécil —respondió con los dientes apretados. Buscó una camisa limpia—. Disfruta, que tienes a tu nieta aquí, y olvídate un poco del alcalde y sus secuaces. Ya buscaremos pruebas contra ellos y, cuando llegue el momento, les haremos caer.

—¡Tienes razón! —Se incorporó, cogiendo de nuevo el bastón—, pero no puedo dejar de preocuparme.

Miguel le entendía perfectamente. Estaban cansados de hacer la vista gorda ante las injusticias de los todopoderosos.

Desde que Darius Heredia había llegado hacía seis años no había parado de subir los impuestos. Los terratenientes como ellos podían permitirse el lujo de pagar cuotas tan elevadas, pero la pobre gente de la aldea, que apenas subsistía con lo que la tierra le daba o con el reducido ganado que tenía, lo estaba pasando peor. De continuar así las cosas, la ciudad de Segovia se levantaría contra el alcalde y su alguacil, animando al resto de las ciudades a hacer lo mismo con sus respectivos representantes, hasta llegar al centro del país. Eso era algo que los nobles intentaban evitar a toda costa. Una pequeña minoría de éstos, incluidos los Savaedra, eran los únicos que se atrevían a enfrentarse al hombre. Escondidos en mitad de la noche y con los rostros cubiertos, habían penetrado en la mismísima casa del alcalde hasta encontrar las arcas, que más tarde habían repartido entre los aldeanos.

Sucesos como ése solían ser aislados, pero Miguel disfrutaba haciéndole la vida imposible al

hombre. Además tenía otro motivo más para tenerle tanta inquina: Margarita Roldán. Durante una temporada la dama en cuestión había estado bastante encaprichada de él y lo cierto era que Miguel no le había hecho ascos; al contrario, la mujer era una pieza muy codiciada entre los hombres, lista, bella, inteligente y con dinero. Era la hija del alguacil, y cuando Darius se presentó para la alcaldía, en seguida contó con su apoyo.

Miguel lo había visto venir. Darius había enamorado a la dama, a pesar de ser casi veinte años mayor que ella. Y allí estaban ahora, a punto de contraer matrimonio. Ni siquiera se había molestado cuando la misma joven le había entregado la invitación hacía tres meses. Tampoco le había sorprendido la indiferencia con que lo había tratado después.

—Creo que como alguien no vaya a buscar a Catalina y Ana Isabel no les dará tiempo de vestirse —le avisó Miguel antes de que su padre se marchara del dormitorio.

—Es cierto. Mi nieta parece adorar la calle; siempre está fuera. ¿Qué te parece si le regalamos una yegua? ¿Crees que debería comprarle otra a Ana Isabel? ¡Se quieren tanto que no puedo por menos que tratarlas a ambas como si fueran mi familia!

—Lo estás haciendo bien, padre.

—¿Tú crees? A veces tengo la sensación de que Ana Isabel me presta más atención que mi nieta. Le encanta hablar continuamente de Noelia y, en ciertos aspectos, me la recuerda mucho. Es tan presumida y coqueta como ella, y muy cariñosa, ¿verdad? Esa joven se merece un buen esposo.

Un destello de ira encendió la mirada de Miguel antes de que se diera la vuelta para prender los corchetes de los blancos e inmaculados puños adornados por un volante de puntillas.

—¿Te ha dicho ella que desea casarse? —le preguntó por encima del hombro.

—Hemos hablado del tema en varias ocasiones y no ha dicho nada.

—Puede ser que en este momento le apetezca más acudir a fiestas y usar todas esas hermosas ropas que se ponen las jóvenes de su edad antes de prometerse con un desconocido. —Tomó la chaqueta y se volvió de nuevo a él—. Dale tiempo para que se adapte. Tiempo es lo que le sobra.

—¡Es verdad! Y Catalina aún es una niña. En un par de años estará preparada para casarse. ¿Has pensado en lo que hablamos?

Miguel se tensó.

—Yo prefiero esperar. Como bien dices, Catalina aún es muy joven.

—¡Gracias, hijo! ¡Lo sabía!

Debería sentirse feliz al comprender que no lo había desilusionado, pero no era así. No quería ni pensar en que Ana Isabel se casara. Sólo hacía una semana que la conocía y se había encariñado de ella como un colegial quinceañero. Deseaba verla a todas horas. Le encantaba escucharla cuando hablaba de los niños del orfanato. ¡Menudo sitio! ¡De haber sabido antes lo que allí ocurría habría convencido a su padre para que no entregara ningún donativo!

La joven era especial. Algo en ella que no podía precisar le resultaba familiar; tal vez un gesto o la manera en que sus dorados ojos bailoteaban en sus cuencas cuando estaba contenta o descubría alguna cosa nueva, o cómo agitaba las largas y rizadas pestañas traviesamente.

Tampoco era el único que se sentía atraído hacia ella; si no que le preguntaran al hombre que había querido abordarla en el camino a Segovia.

En cuanto descubrió que ella descendía por el otro lado del vehículo, la había seguido con la vista, y al ver al sujeto que se acercaba con una lasciva sonrisa, se le había adelantado. ¡Menos

mal que todo había quedado en eso! ¡En un simple susto!

Don Jaime salió de la habitación maldiciendo lo tarde que se estaba haciendo.

## Capítulo IX

—¡Estás preciosa, Cata! —dijo Ana Isabel, observándola—. Si sor María te viera así le daría un síncope.

Catalina sonrió, mirándose en el espejo. Su amiga tenía razón, ni siquiera parecía ella misma. El vestido azul zafiro poseía un cuello emperatriz con un escote recatado y la amplia falda caía en capas sobre el suelo. Las mangas abullonadas tenían un ribete blanco que hacía juego con el enorme lazo que lucía en la cintura. No podía apartar los ojos del espejo imaginando la cara de Miguel cuando la viera. ¿Pensaría que era tan elegante y majestuosa como la señorita Clara? Gruesos bucles caían sobre su espalda desde la coronilla, donde Clara había colocado una pequeña diadema de flores.

—Parezco un hada, ¿verdad? —Bailó meciendo las faldas y observó a Ana Isabel con una amplia sonrisa—. Tú también estás muy bonita —dijo Catalina, acercando a su amiga al espejo para verse juntas.

Ana Isabel se miró, volviéndose para estudiarse desde diferentes ángulos. Vestía con un pálido tono rosa que destacaba perfectamente con su cabello castaño. A ella no le habían permitido usar el brillo de labios. Si hubiera sido al revés, Catalina hasta habría llorado, pero Ana Isabel no le había dado ninguna importancia.

—Estoy un poco nerviosa, Cata.

—Yo, también; pero estoy convencida de que va a salir todo fenomenal. Por lo menos, eso espero. —Hizo una pausa y sus ojos se llenaron de ansiedad—. ¿Y si no me salen las palabras?

Llamaron a la puerta, y Catalina fue a abrir. Miguel la observó con admiración durante unos segundos, antes de carraspear. Sus ojos verdes brillaron con ardor, y Catalina se ruborizó de la cabeza a los pies.

—Las primeras personas acaban de llegar. Son unos vecinos que viven cerca de la garganta. —Le tendió un brazo—. ¿Me dejas que te lleve? —Sonrió—. ¡Ah, y a mi sobrina también!

Ella asintió, divertida.

—Claro.

Catalina se retiró unos cabellos sueltos que habían caído sobre sus ojos y se volvió para meter prisa a su amiga.

—Vamos —le dijo, y aspiró nerviosa. Entonces, se cogió del brazo de Miguel, sintiendo la dureza de sus músculos bajo su mano.

—Os caerán bien en cuanto los conozcáis —les dijo el hombre, transmitiéndoles seguridad.

—¿Y de qué hablaremos? Yo no voy a saber qué decir.

Catalina levantó la vista hacia él, se quedó cautivada por aquellos ojos verdes. Eran como un imán potente del que no se podía alejar. Sentía un miedo horrible a hacer el ridículo y abochornar con ello a los Savaedra.

—Será fácil —dijo Ana Isabel, cogiéndose del brazo libre del hombre. La muchacha tenía ahora una seguridad que dejó espantada a Catalina.

Al bajar las escaleras, Ana Isabel se adelantó, levantando la falda lo suficiente como para no tropezar. Catalina la imitó y, al llegar al comedor, alzó el mentón con desconfianza. ¿Habrían conocido los vecinos a Noelia? ¿Qué pensarían de ellas?

¡Ojalá pudiera detener los precipitados latidos de su corazón, o al menos, ralentizarlos! Podía percibirlos golpeando rítmicamente en sus oídos.

—Tranquila —susurró Miguel en su oído—. Mi padre ha comentado que eres una pariente lejana.

Ella tomó aire con fuerza y, sin ser consciente, clavó las uñas en el brazo de Miguel, hasta que entraron en el salón.

—¡Aquí están! —exclamó don Jaime con una sonrisa—. Mi preciosa nieta Catalina y... mi otra nieta, Ana Isabel. —Diciendo esto cogió a las jóvenes de las manos para presentarlas ante el reducido grupo de personas.

—Pero si son preciosas —dijo una matrona vestida completamente de negro—. ¡Qué niñas más lindas, Jaime!

—¡Qué delicia! —dijo otra—. Cuidado que nuestro Miguel no se nos enamore de alguna —concluyó, y besó a Catalina en la frente, encerrando sus mejillas entre las manos.

Catalina no pudo por menos que agradecer a su abuelo la confianza que había depositado en las dos y, sobre todo, la manera en que la trataban a ella, como si realmente perteneciera a la familia; aunque en efecto fuera así, él no lo sabía.

El grupillo era simpático. Ésa fue la opinión de Catalina después de haber conversado con aquellas mujeres de carácter afable y alegre que incluso se habían atrevido a sugerirle que se fijara en el hijo de un tal Domínguez cuando le fuera presentado. Comentaron lo guapo que era y terminaron hablando de su padre.

Fue una reunión divertida, aunque la cena resultó lo peor. Clara ya les había explicado la utilidad de cada cubierto y su uso; sin embargo, las jóvenes se limitaban a esperar a ver qué hacían los demás y cuál escogían para cada ocasión.

Miguel se había sentado en un extremo demasiado alejado como para que Catalina pudiera verlo, pero al menos lo oía charlar. La voz del hombre flotaba en el ambiente, y eso lograba tranquilizarla. Era como un potente sedante que calmaba su ansiedad y le permitía enterrar los nervios en algún rincón profundo de su interior.

—No vas a tener ningún problema en presentar a esta preciosidad en Segovia —dijo una de las matronas estudiando a Catalina con interés—. Sin duda, los hombres harán cola por ella.

—Tiene razón, y hablando de eso, doña Juana —respondió el marqués—, voy a necesitar ayuda con ese tema. Desde Noelia no he tenido que volver a hacerlo. Si no le molesta, Sara le pedirá su opinión sobre esas cosas.

—¡Estaré encantada! Y doña Concha seguro que también, ¿verdad? —La aludida tenía la boca llena en ese momento y asintió—. Miguel, deberías presentarla a algunos de tus amigos; a

Dionisio, el de Domínguez, ¿no?

—Claro, por... supuesto.

El hombre tardó en responder, y cuando lo hizo, su voz sonó ahogada, como si se hubiera atragantado con algo. Catalina se inclinó para mirarle y se encontró con la verde mirada masculina fija en ella. Frunció el cejo, fingiendo enojo.

—¿Y cuándo pensáis presentarla? ¿Qué haréis?, ¿os vais todos a la ciudad una temporada, o se queda alguien? —insistió la mujer, queriendo saber.

Catalina se encogió de hombros sin saber qué responder.

—Iremos todos a pasar unas semanas a Segovia. Nos alojaremos en la residencia del centro —contestó el marqués—. Allí, como Miguel tiene su propia casa, nos desharemos de él un poquito —terminó de decir con una carcajada.

—¡Eh! —exclamó el joven Savaedra, divertido—. ¡Ya veo que ahora sobro!

—Sabes que es una broma, hijo.

—¿Os vais pronto? —insistió la mujer—. Estoy deseando poder enseñarles la ciudad.

—Todavía no —se apresuró a responder Miguel—. Acaban de instalarse aquí y tienen que acostumbrarse.

Catalina se extrañó. ¿A qué tenía que acostumbrarse? No lo entendió, pero tampoco le importaba mucho; le gustaba estar cerca de don Jaime, quien no paraba de contar historias sobre su madre. Le había tomado afecto al viejo y quería conocerlo un poco mejor.

—Pues mejor porque en dos meses más o menos se casa Heredia y Margarita Roldán. ¡Esta niña les quitará el protagonismo! —La mujer señaló a Catalina con la barbilla—. ¡Que les zurzan! ¿Te ha invitado, Miguel?

—No voy a asistir, doña Juana. Les mandaré mis felicitaciones desde aquí.

—¡Haces bien, muchacho! —le dijo uno de los caballeros, que posiblemente tenía la misma edad que el marqués—. Después de lo que hizo esa mujer... ¡Cómo se te ocurre mencionar eso ahora, Juana!

—¿Podríamos hablar de otra cosa? Tengo a Darius atragantado —repuso Miguel, deseoso de cambiar de tema.

—¿A quién? —preguntó Catalina.

¿Había dicho Darius? Sintió cómo un escalofrío le recorría la espalda, desde la nuca hasta el mismo centro de la columna. Intercambió una rápida mirada con Ana Isabel, que había palidecido notablemente.

—Es el alcalde de Segovia —la informó doña Concha, que ya había acabado con su plato—. Resulta que Margarita y Miguel estaban prometidos...

—¡Nunca nos prometimos! —se quejó Miguel con un gruñido poco caballeresco—. ¡Jamás me hubiera casado con ella!

—¡No sabes cuánto me alivia eso! —respondió la mujer—. Yo diría que Margarita es un poco descocada.

—¿Y qué es eso? —preguntó Ana Isabel, frunciendo el cejo. Esa palabra no entraba dentro de su vocabulario.

Doña Concha se puso colorada cuando trató de explicárselo.

—Es cuando una mujer... no siente mucho respeto por ella misma...

—¡Eso no es! —exclamó doña Juana—. Margarita es ligera de cascos, le gustan los hombres

más que a un tonto un lápiz y no sabe respetarse.

Catalina la miró perpleja, con la boca abierta. Algunos ocultaron las risas que había suscitado el comentario de la mujer.

—¿Es una fulana? —preguntó Catalina con inocencia.

Repentinamente, la gran mayoría de los presentes se movieron en sus asientos, nerviosos.

—¡Ah...! ¡Pues...!

La mujer se puso tan colorada que no sabía dónde meterse.

—Sí, es eso —dijo totalmente convencida Ana Isabel, observando a Catalina—. Sor Manuela dice que las mujeres que se van con diferentes hombres son fulanas, como María Magdalena.

Doña Concha se santiguó murmurando «¡Ay, Virgen Santísima!».

—Pero si se va a casar no puede serlo mucho, ¿verdad? —insistió Catalina. Buscó con la mirada a Miguel—. ¿Te ibas a casar con una fulana?

Miguel soltó una carcajada ronca y sincera. Se lo estaba pasando en grande.

—¡Basta! ¡Basta! —Don Jaime dio un par de palmadas para llamar la atención de todos, sobre todo la de las muchachas, que parecían querer analizar la dichosa palabrita hasta con lupa—. De *descocada* a la palabra que estáis utilizando hay un abismo.

—¡No es cierto! —rió Miguel, que se estaba divirtiendo con el pequeño barullo que las jóvenes acababan de levantar—. Hay palabras que no entienden bien y me parece razonable explicárselas. *Descocada* no necesariamente significa que sea...

—¡Ya está bien! ¡No se va a repetir esa palabra en mi mesa! —atajó el marqués con el rostro encarnado.

—Es cierto; eso es de muy mal gusto —dijo Clara, a quien apenas se la había oído en toda la noche, aunque ahora sentía la necesidad de restablecer una conversación normal—. Pero tenemos que perdonarlas por ello. Por supuesto, el marqués tiene razón: ambas son palabras diferentes con distintos significados.

Entonces, se inició una conversación más bien aburrida, a la que Catalina no prestó atención. ¿El nombre de Darius sería muy común en España?

Una sensación de intranquilidad se instaló en su interior al mismo tiempo que rezaba para que no se tratara del mismo hombre.

## Capítulo X

Catalina acarició el hocico del tranquilo caballo mirando los enormes ojos color de chocolate que la observaban fijamente y estudiaban todos sus movimientos.

Las caballerizas eran amplias y estaban pulcramente limpias. El sol entraba por la ancha puerta formando extrañas figuras doradas que se reflejaban en las blancas paredes.

Había espacio suficiente para cobijar a un regimiento de caballería; sin embargo, la escolta del marqués de Fuentidueña tenía sus propias cuadras junto al largo edificio destinado a su alojamiento.

—No te voy a hacer nada, bonito —susurró. Tenía la seguridad de que el animal podía entenderla y comprenderla; si no, ¿por qué estaba tan quieto?

El mozo encargado del establo amontonaba heno en una de las cuadras y, de vez en cuando, le echaba furtivas miradas. Catalina ya se había dado cuenta, pero no le importó. Nunca se había avergonzado de que la vieran hablar con cualquier cosa; daba lo mismo si era una flor o si se trataba de una hormiga.

Le dio al caballo otro terrón de azúcar.

—¿Sabes montar?

Catalina se volvió con un pequeño brinco al oír a Miguel, y le dio la bienvenida con una maravillosa sonrisa al mismo tiempo que negaba con la cabeza.

—No, pero me encantaría. —Volvió a acariciar a la bestia, que tenía la cabeza inclinada hacia ella en busca de más dulce—. ¿Podría intentarlo?

—Claro que sí; lo que ocurre es que *Zeus* es demasiado brioso. —Acarició las crines hundiendo los dedos, y el animal se agitó, feliz de sentirlo—. ¡Julián! —llamó al mozo—, ¿puedes ensillar éste y buscar a *Lola*?

—¿Quién es *Lola*? —preguntó Catalina, apartándose cuando el muchacho encargado se dispuso a colocar la montura y ajustar las cinchas.

—Es una yegua. Está algo vieja, pero te servirá para aprender. —Miguel la miró de arriba abajo con un brillo en la mirada—. Te aconsejo que te pongas algo más cómodo.

Catalina se pasó la mano por la ancha falda amarilla, intentando controlar el pulso, que se le había acelerado de repente. Miguel tenía el cabello húmedo y se le rizaba de forma atractiva en la nuca. Los ojos verdes se asemejaban a dos esmeraldas en contraste con la tez bronceada del rostro varonil.

—¿Y qué me pongo? Toda la ropa que tengo es así de bonita.

¿Acaso no se ralentizarían nunca los latidos de su corazón? No tenían que detenerse del todo, pero por lo menos lo suficiente como para que sus mejillas adquirieran un tono normal y dejaran de arder de aquella manera.

—Estarías preciosa con cualquier cosa que te pusieras —contestó él sin apartar la mirada del rostro teñido de Catalina—. Si se estropea lo guardaremos como un secreto y prometo reponerlo.

La tomó de la mano y la llevó al exterior del edificio, bajo los cálidos rayos del sol.

Julián preparó a los animales, y Catalina se apresuró a palmear el lomo del más pequeño. Era una yegua de tonos castaños y ojos tristes.

—Hola, *Lola*. No me vas a tirar, ¿verdad? Yo no te voy hacer daño. ¿A que parece que pueden entenderme? —le preguntó a Miguel hablando por encima del hombro.

—Yo pienso muchas veces lo mismo. *Zeus* es uno de mis mejores amigos.

—¿Y Dionisio, el de Domínguez? —preguntó ella, recordando la conversación de las matronas.

Miguel frunció el cejo, revisando las cinchas de su animal. Tardó en contestar deliberadamente.

—Seguro que un día de éstos viene por aquí. Dioni fue uno de mis compañeros de escuela y siempre hemos mantenido la amistad.

—Doña Juana dijo que era muy buen partido.

—No lo creo —negó con fingido desinterés—. Al hombre le hace falta madurar un poco y hacerse responsable de algunas cosas. ¿Estás preparada?

—Parece que no te gusta hablar de él.

Catalina se encogió de hombros.

—No es eso.

Miguel la ayudó a montar sobre la yegua. Por un momento, las faldas se elevaron por encima de las rodillas, y Miguel clavó sus ojos en la marfileña piel de sus piernas antes de que las ropas volvieran a su lugar de nuevo.

—Dioni tiene fama de mujeriego y no creo que te convenga que la gente te vea con él, eso es todo.

Catalina enrojeció al darse cuenta de su mirada y con disimulo se inclinó sobre el cuello de *Lola*.

Miguel montó en *Zeus* con una gracia felina, y al mismo tiempo que cogía sus riendas, tomó las de la yegua. Catalina se aferró con una mano a las crines de la bestia; se balanceaba de un lado a otro con peligro de caerse.

—Coloca los pies aquí —la avisó el hombre—. Así. Toma. —Le entregó las riendas—. Con suavidad. Pronto te adaptarás a su ritmo.

Catalina no se atrevió a hablar. El suelo estaba a mucha distancia, y si perdía la concentración, caería. Sin embargo, Miguel era muy buen profesor, y ella le obedeció a pies juntillas.

Pasearon por la sierra admirando los bellos pinares que se alzaban en los cerros y las enormes rocas que se levantaban como gigantes formando multitud de cuevas. Rodearon un pantano, y cuando el sol apretó de lleno, desmontaron cerca de la orilla.

Catalina se lanzó a los brazos de Miguel, que se alzaban para ayudarla a bajarse de *Lola*. Durante unas décimas de segundo, sus cuerpos quedaron apretadamente el uno junto al otro. El hombre olía de maravilla. Un mechón rebelde había caído sobre su frente y sus ojos brillaban de

un modo muy especial.

Estaban solos, y Catalina fue consciente de ello cuando ambos tomaron asiento bajo un grueso árbol, donde una familia de pajarillos se había instalado.

—¿Es verdad que no pensabas casarte con Margarita?

Miguel soltó una carcajada, agitando la cabeza.

—De momento no me había planteado el matrimonio. Creo que he estado postergándolo hasta ahora.

—¿Te casarás con... Catalina? —Le costó pronunciar su propio nombre, nunca lo hacía.

—Creo que sí. Los matrimonios concertados son lo más normal del mundo si no conoces a alguien de quien te enamores antes.

—¿Y tú no te has enamorado nunca?

—No. Siempre he estado muy liado: el ganado, los estudios... Digamos que he aprovechado el tiempo como mejor he podido.

—Estoy segura de que hay muchas mujeres que te persiguen —le dijo, nerviosa.

Estaban muy juntos y podía sentir la fuerte pierna del hombre rozando la suya. Miguel tenía una delgada y larga paja entre los dientes, miraba fijamente las tranquilas aguas, donde de vez en cuando algún pez saltaba en busca de un insecto o simplemente asomaban la cabeza porque sí.

Miguel no era ningún jovencito; eso saltaba a la vista. Con sus veintiséis años se consideraba un hombre que sabía qué era lo que deseaba en su futuro.

—No tantas —respondió, encogiéndose de hombros. Agarrando la hierba entre sus dedos la miró fijamente—. ¿Y tú? ¿No has conocido a nadie?

—No. Los chicos del centro son como hermanos; bueno, eran como hermanos —rectificó—. Los niños pueden estar hasta que cumplen doce años, y luego se los llevan a otro lugar. A las monjas no les gustaba que hubiera chicos mayores cerca, de modo que puede decirse que no conozco a muchos hombres. A veces venía Manolo a repartir la verdura —dijo, y levantó un dedo—, el padre Lucas los domingos... y ya no recuerdo más, excepto después de conocerte a ti que ya he ido viendo más gente.

—¿No salías nunca de ahí?

—De las dependencias no. Siempre decían que haríamos una excursión a la nieve, pero nunca la hicimos. Prácticamente todo lo que sé lo aprendí de las monjas que nos daban clase.

Catalina echó la espalda sobre la corta hierba y miró al cielo perdida en los recuerdos. Había otro hombre al que nunca había podido olvidar, Darius Sandoval, pero no se lo iba a decir a él.

—¿Por qué te adopto el marqués? —Por fin había entendido ese término.

—Según él, estábamos solos los dos. —Se encogió de hombros—. No tiene mucho misterio. —También se tumbó, con el cuerpo pegado al de ella y las cabezas muy juntas—. Llegue con unos ocho años aquí.

—¿Y tus padres?

—No los conocí. Mi madre me dejó con mi abuela, y ésta, que conocía a don Jaime, me trajo aquí porque estaba muy enferma. —Guardó silencio.

—Eres muy afortunado al estar al lado del marqués.

Miguel volvió la cabeza hacia ella, rozando con los labios los cobrizos mechones que se desparramaban sobre la piedra.

—Sí, lo soy —contestó con pesar, absorbiendo el aroma que desprendían los cabellos.

—Ahora no lo pareces.

Catalina se volvió hacia él y se quedó sin palabras, perdiéndose en las profundidades verdes de sus ojos. Estaban tan cerca que podían sentir el aliento del otro en sus rostros.

—Creo que estás triste.

—Sí —murmuró Miguel, cerrando los ojos con fuerza.

—¿Por qué?

La miró de repente y, sin previo aviso, se apoderó con ternura de sus labios. Catalina no se movió, incapaz de apartarse o dejar de mirarle. El delicioso cosquilleo de su boca se extendió por su cuerpo en forma de suaves corrientes eléctricas. Entreabrió los labios, y Miguel accedió a su interior saboreando con su lengua, acariciando la suya, hasta que con un súbito movimiento se apartó, se incorporó y caminó hasta la orilla del pantano.

Catalina se quedó sentada sobre la roca, observando su ancha espalda; estaba sorprendida y confundida por lo ocurrido. ¿Era eso besar a un hombre? Le había encantado.

—Será mejor que volvamos.

Miguel agarró una piedra plana y la lanzó con fuerza sobre las aguas. Saltó hasta tres veces antes de hundirse en el fondo.

—Aún no me has dicho por qué estás triste —musitó ella, levantándose avergonzada. Si él no quería decir nada del beso, pues no lo harían.

Miguel fue en busca de los animales y en silencio la ayudó a montar, apoyó una mano en el muslo de la joven y la miró con tal intensidad que Catalina deseó echarse en sus brazos y saborear de nuevo aquellos labios suaves y cálidos.

El hombre estuvo varios minutos así, observándola en silencio, luchando contra algún conflicto interno, hasta que se apartó montándose sobre *Zeus*.

—Me gustas mucho —le dijo, iniciando el regreso hacia la residencia—, pero debo casarme con Catalina.

Le miró durante un buen rato y después de tragar con dificultad asintió, dolorosamente consciente del significado que encerraban sus palabras.

Sabiendo eso, no pensaba preguntarle por qué la había besado. Puede que para él no hubiera significado mucho, pero ella sentía que le acababa de hacer un hermoso regalo que atesoraría para siempre en el corazón.

## Capítulo XI

Segovia se encontraba situada sobre un promontorio rocoso flanqueado por dos ríos que conformaban fértiles vegas de aluvión. Era una ciudad donde los romanos estuvieron asentados y muchos de sus edificios aún recordaban aquella época.

El carruaje pasó lentamente frente al enorme acueducto de piedra que se elevaba rozando el cielo con una hermosura inigualable, un monumento que impactaba por la multitud de arcos que poseía. Su misión era la de procurar el abastecimiento de agua a la población de Segovia desde el río Frío, al pie de la sierra de Guadarrama, hasta la ciudad. Poseía una arquería de 760 metros de longitud, que, en su sector más elevado, constaba de dos cuerpos de grandes arcadas de sillares de granito sobre las que discurría la conducción de agua.

El sol se escondía perezosamente tras la montaña y los últimos rayos bañaban la ajetreada ciudad de Segovia. El carruaje se detuvo con suavidad frente a una elegante casa de piedra de dos plantas y los cascos de los caballos repiquetearon sobre la calle empedrada. Ana Isabel llamó la atención de Catalina con un suave codazo. La muchacha alzó la vista hacia ella y se preparó para descender, apartando sus pensamientos por un momento, alejando a Miguel y el rostro apenado de éste de sus recuerdos.

Miguel le tendió la mano para ayudarla, y ella, evitando su mirada, se aferró a la gran palma morena. No habían vuelto a hablar desde aquel día, ni siquiera había tenido la oportunidad de volver a verlo, pues el hombre había abandonado la casa en el momento en que llegaron a las caballerizas. Sin embargo, otra vez estaba allí, con su eterna sonrisa en los labios.

Sus ojos verdes no brillaban, y Catalina sintió un nudo en la garganta.

¡Cuánto hubiera dado por decirle la verdad, por gritarle que ella era Catalina! Pero la promesa que le había hecho a su amiga pesaba con fuerza.

Había sido duro descubrir que el sueño de amar a un hombre y casarse se borraba como un garabato sobre un papel. No deseaba a un hombre cualquiera, le quería a él y tenía que dejarlo marchar. Se había enamorado por primera vez y la ilusión que había anudado en su pecho se rompía dolorosamente y la dejaba vacía.

Si cuando vivía en el orfanato se había sentido como si morara en una cárcel ahora era peor; tenía lujos, el afecto del marqués, pero Miguel ya no estaba a su alcance. Miguel se perdía en el silencio y su corazón, lleno de pena, la convertía en una muñeca sin vida.

Miguel le apretó la mano afectuosamente, entrelazando sus dedos con los de ella, antes de soltarla para ayudar a salir a la señorita Mancueta.

La casa no era tan grande como la residencia de las afueras, pero sí igual de bonita. También tenía su propia servidumbre, que se desvivió para que tanto ella como Ana Isabel se sintieran como en casa. Las gruesas paredes estaban cubiertas por tapices bordados, verdaderas obras de arte dignas de admiración. Los suelos de piedra también estaban cubiertos por ricas alfombras, que conferían un calor muy especial a la casa.

En Segovia las jóvenes no compartían habitación, y aunque seguían pasando mucho tiempo juntas, Ana Isabel descubrió que quería estudiar pintura, y don Jaime contrató a un profesor particular para ella, por lo que Catalina se encontró más sola que nunca. Miguel se había alojado en su casa, en uno de los barrios más alejados de Segovia, de modo que sólo le veía durante las cenas.

Una tarde que Catalina observaba desde la ventana la calle Real entró don Jaime con paso lento y se dejó caer en uno de los sillones. Estaban en una pequeña y acogedora sala, donde las estanterías se hallaban repletas de libros y volúmenes antiguos.

—Esta noche iremos a una fiesta en casa de doña Juana —le dijo con voz cansada—. He intentado convencer a Catalina, pero no quiere ir. ¿Sabes si le ocurre algo?

Catalina se acercó hasta él para sentarse en el suelo junto al sillón, una posición a la que don Jaime ya se había acostumbrado. A ella le encantaba que jugara distraídamente con sus cabellos mientras charlaban de cualquier cosa.

—No le gustan los bailes. —Se encogió de hombros—. Pero no debe tenérselo en cuenta. Catalina siempre había querido salir del centro y sentirse libre, conocer lugares, gentes.

—¡Qué diferente de su madre! ¡A ella le encantaban! —La miró con una sonrisa—. Recuerdo que debía decirle de vez en cuando que descansara un poco porque no tomaba asiento en toda la noche, y además no me dejaba abandonar el baile, hasta que no se fueran todos los invitados. —Rió, perdido en sus pensamientos—. Siempre éramos los últimos en marcharnos.

Catalina también sonrió al imaginarlo.

—Me hubiera gustado... conocerla.

—Estoy seguro de que a ella también. —Le masajeó la cabeza, alborotándole el pelo—. Era un sinvivir, siempre corriendo de un lado a otro. Me ponía nervioso.

—¿Por qué la echó de casa? —se atrevió a preguntar, mirándole con temor a que se enojara.

Don Jaime se enderezó en su asiento y, frunciendo el cejo, la estudió fijamente.

—¡Nunca la eché de casa! ¡Nunca! —Agitó la cabeza. Catalina vio cómo los claros ojos de su abuelo se llenaban de lágrimas y le acarició la mejilla con ternura—. Se enamoró de Julio Cifuentes, el mozo de cuadra, y yo... me avergoncé de ello. No supe ver que realmente amaba a ese hombre, que hubiera hecho cualquier cosa por estar junto a él por mucho que yo se lo prohibiera. Cuando se marcharon juntos, Noelia ya estaba embarazada de Catalina. —Tragó con dificultad y la miró con cariño.

—Pero no lo entiendo. ¿Usted y... Sara? —Abrió las manos para mostrar su incompreensión—. Es la misma situación, ¿no?

—Tal vez, aunque yo no lo veo así. Si no te gusta el hombre que elijamos para ti debes hacérmelo saber. No quiero perderte a ti también.

Una solitaria lágrima rodó por la mejilla de Catalina y don Jaime la retiró con un dedo.

—No quiero casarme —susurró ella con un hilo de voz temblorosa—. Yo tampoco quiero irme de su lado. —Se lanzó a los brazos del marqués, rompiendo a llorar.

De pronto, sintió pena por lo confundida que debía haber estado Noelia; si tan sólo ella y Cifuentes hubieran insistido en vez de escapar de allí, las cosas habrían sido totalmente diferentes para todos.

Don Jaime trató de tranquilizarla besando los cobrizos cabellos con cariño. Sentía que temblaba junto a su pecho sin importarle que su camisa se humedeciera por las lágrimas. Hacía apenas unas semanas que la joven estaba deseosa de conocer a alguien y ahora... ya no quería. No podía entender la mente femenina.

—¡Pues no lo harás! —dijo el marqués con firmeza—. ¡Si no quieres, no lo hagas! Sólo cuando tú estés preparada. ¡No pienso obligarte a nada! —Apartó a la joven de sí mismo para limpiar los dorados ojos con sus manos arrugadas—. Preparamos primero la boda de Miguel y Catalina. ¿Qué te parece?

Catalina sollozó con el corazón roto de dolor. El anciano arqueó las cejas, confundido.

—Señor marqués, Dionisio Domínguez está en el vestíbulo. Como el señor Miguel no está, quiere saludarlo —le avisó un lacayo desde la puerta.

Don Jaime asintió, ayudando a incorporarse a Catalina. Buscó un pañuelo blanco en su chaqueta y se lo entregó para que se limpiara el rostro.

Dionisio era un hombre apuesto, alto como un castillo y delgado como una vara. Tenía el rostro aniñado, con unos preciosos ojos pardos, y el cabello rubio y rizado le llegaba hasta los hombros.

—Pasa, Dionisio. ¿Qué tal estás, muchacho? —El marqués le recibió con la misma cordialidad que si fuera un nieto más—. Déjame que te presente a la preciosa Ana Isabel.

—Estaba deseando conocerla. Se habla mucho de usted aquí, en Segovia. —Le besó los dedos con demasiada efusividad. Sus ojos chispeaban, alegres.

—Yo también he oído hablar de usted —respondió ella con la voz tomada debido al llanto anterior. Los ojos continuaban rojos—. El mejor amigo de Miguel. Don Jaime nos ha contado muchas cosas de cuando eran niños.

—¡Seguro que todas eran ciertas! —Aceptó una copa de moscatel de manos del abuelo—. ¿Usted no bebe? —le preguntó con una sonrisa—. Le irá muy bien para su alergia.

—¿Qué alergia? —contestó con sorpresa.

—O tiene los ojos colorados por alguna alergia, o bien ha estado llorando recientemente.

Dionisio paseó la vista de ella al anciano.

—¡Qué tonterías dices! —rió el marqués, entregándole una copa a ella—. Pruébalo, Ana Isabel. Seguro que te gusta, aunque mucho no es bueno porque se te puede subir a la cabeza.

—Hay quien se pone muy gracioso cuando pasa eso —comentó Dionisio, mirando a don Jaime significativamente.

—Y muy estúpido, también —le retó el marqués con una risilla peligrosa.

Catalina saboreó el vino y le encantó. Se quedó en su lengua un agradable cosquilleo dulce y embriagador, y notó una deliciosa sensación de calor al deslizarse el oscuro líquido por su garganta.

—Entonces, acudirán a la fiesta de doña Juana, ¿verdad? —Dionisio cambió de conversación, guiñando un ojo a Catalina—. Espero que Miguel también vaya. Va a ser una situación muy divertida y también algo tensa.

—Tensa, ¿por qué? —preguntó el marqués, tomando asiento en el sillón.

—¡No se ha enterado! La pobre mujer se ha visto obligada a invitar a Heredia y su prometida —contestó Dionisio con una bella sonrisa en sus delgados labios.

—¡Mierda! —escupió el anciano, saltando sobre el asiento como si se hubiera quemado el trasero. Se acomodó de nuevo con el cejo fruncido.

Catalina se volvió a mirarle, sorprendida por su vocabulario.

—Pensaba que los marqueses no decían palabrotas —dijo con un gracioso mohín.

—¡Y muchas otras cosas que una dama no debería escuchar! —contestó, algo exaltado, aunque logró esbozar una sonrisa—. Querida, ¿te importaría buscar a Catalina para que pueda conocer a nuestro amigo Dionisio?

Ella asintió, y sin saber qué hacer con la copa de moscatel que tenía a medias, se la bebió de un trago y se la tendió a Dionisio, que estaba más cerca.

El joven la cogió con una mirada de asombro y le guiñó un ojo antes de que ella saliera de allí.

—Es bellísima —afirmó Dionisio, dejando la copa sobre un estante y bebiéndose la suya de golpe, para quitársela de en medio—. ¿De verdad piensa casarla?

—¿Estás interesado? —le preguntó, agitando la cabeza—. Ana Isabel lo ha pensado mejor y no quiere prometerse a nadie aún. Prefiere seguir con nosotros, y yo estoy encantado. ¿Algo que objetar?

—¡No me asuste, don Jaime! ¿No será que quiere meterse a monja? Sería un desperdicio que una mujer así se cubriera de la cabeza a los pies y se recluyera en un lugar oscuro y solitario.

El marqués se encogió de hombros.

—Espero que no. Volviendo a lo de esta noche, ¿estás seguro de que ese hombre acudirá?

—Sí. El alguacil, después de mucho insistir, consiguió una invitación, y claro, no podían dejar al alcalde fuera. —Los ojos pardos de Dionisio adquirieron un peligroso brillo—. Esta noche no habrá nadie en su casa y según creo... —dijo, y se rascó tras la oreja con el dedo meñique— tiene la recaudación de dos meses preparada para llevarla a Madrid. Esta noche será sonada, don Jaime.

—Yo diría más bien mañana, cuando se den cuenta. ¡No quiero que le digas nada a Miguel!

—Lo haremos entre las dos y las tres de la madrugada, que será cuando la fiesta esté en pleno apogeo —dijo con firmeza—. Y por Miguel no se preocupe, él ya lo sabe.

—¿Que lo sabe? ¿Cuántos sois? —quiso saber.

—Cinco, aunque Miguel nos vendría...

Don Jaime comenzó a negar con la cabeza.

—¡Os vendría cómo! —respondió Miguel, entrando con una sonrisa en la sala y palmeando la espalda de Dionisio—. Esperaba que vinieras antes por casa.

—He tenido muchas cosas que hacer.— Estrechó una de sus manos con cierta camaradería.

—¿Tú qué haces aquí? ¿Por qué has venido tan pronto? —le preguntó el marqués a Miguel con rostro severo, nervioso; ya estaba visualizando a su hijo en los profundos calabozos del castillo de Coca.

Edificado por el arzobispo Alonso de Fonseca a principios del siglo XV, entre los ríos Eresma y Voltoya, al castillo de Coca se le consideraba el ejemplo más destacado de la arquitectura militar mudéjar. Era todo de ladrillo y estaba rodeado de un ancho y profundo foso. En la villa también podían contemplarse la puerta de acceso y otros monumentos; la historia contaba que

Coca era la patria del emperador Teodosio.

—¿Te molesto, padre? —Al ver su rostro supo que sí. Se volvió hacia su amigo—. A ver, dime, ¿para qué os vengo bien?

—Para que acudas a la fiesta y le mantengas...

—Ya he dicho que no. —Se pasó la mano por los oscuros cabellos—. Es mejor que sigamos lo que dijimos. Yo me acercaré después y me dejaré ver un rato. —Apuntó a Dionisio con el dedo índice—. Y tú debes hacer lo mismo. Heredia nos tiene entre ceja y ceja.

Don Jaime los escuchó con atención, enojado. Hasta ahora todos los planes que habían llevado a cabo habían tenido éxito.

—Marqués —llamó Catalina, entrando en la sala sin llamar a la puerta—. Su nieta ha salido hace un rato con Sara. —Miró a los hombres y se detuvo en Miguel, observándolo con admiración—. Hola.

—Hola, Ana Isabel. ¿Cómo estás?

—Bien, gracias. —Tanto Dionisio como el anciano los miraban en silencio, y la tensión se hizo palpable en el interior de la habitación—. Por fin he conocido a tu amigo —le dijo, sonriendo—. Voy a subir un poco arriba. —Hizo una pequeña reverencia antes de abandonar el lugar.

Dionisio y Miguel cruzaron una mirada. Si bien la de Miguel estaba cargada de intranquilidad, la de Dionisio era divertida, como si le hiciera gracia comprobar que su amigo se había enamorado.

## Capítulo XII

Catalina y el marqués llegaron a la fiesta poco antes de que la reunión llegara al punto más álgido de la noche. Doña Juana volaba entre sus invitados con un liviano vestido claro demasiado juvenil para su edad, charlando alegre con unos y otros, y al descubrir a Catalina la presentó con premura a varios de los asistentes.

La residencia era un edificio de estilo románico, como la mayoría de las construcciones en Segovia. A éste en particular le habían adosado un atrio a los muros del templo que quedaba separado del exterior por arcos adornados con artísticos capiteles.

Las notas musicales flotaban en la sala, escapando con la brisa que penetraba por las ventanas abiertas hacia un hermoso jardín de altos rosales.

Catalina, nada más llegar, buscó los anchos hombros y el cabello oscuro de Miguel sin mucho éxito. Don Jaime le había dicho que su hijo acudiría; sin embargo, ella no lograba verle por allí. Ansiosa por tenerlo cerca, le echó muchísimo de menos. En su compañía se sentía protegida.

Los suelos eran enormes losas de mármol en tonos cremas y blancos, y las paredes del salón estaban cubiertas por brillantes espejos, de manera que al mismo tiempo que hacían más amplio el lugar parecía que había el doble de invitados.

La pequeña escolta que siempre acompañaba al marqués deambulaba por los alrededores, mezclada con los guardias uniformados de otros nobles segovianos. Debido a los altos impuestos que la ciudad obligaba a pagar, los ladrones y rateros en busca de provechosos botines se habían duplicado, y no era nada seguro salir a la calle sin una comitiva, por pequeña que fuera. No obstante, también había algunos a los que les encantaba guardar las apariencias y formaban escoltas dignas del mismo rey.

Catalina no pudo evitar bailar con varios caballeros jóvenes, y aunque ella no conocía todavía todos los pasos, la gracia con la que se movía los cautivó hasta tal punto que se vio rodeada por una multitud del género masculino, hasta que doña Concha la rescató con una sonrisa.

—Ya sabía yo que tendrías éxito. Se lo dije a Sara. —Doña Concha gruñó con suavidad, agitando la cabeza—. A ver ahora que estáis vosotras si convencéis a esa cabezota para que se case por fin con Jaime y acuda de vez en cuando a estas fiestas. No entiendo eso del disimulo cuando toda Segovia sabe que Jaime está enamorado de ella desde hace muchos años. —No permitió que dijera nada y continuó hablando—: Déjame que te presente al alcalde, Darius Heredia.

Catalina sintió cómo el corazón se le detenía en el pecho y un fuerte escalofrío se apoderaba

de su columna vertebral, erizando los cortos cabellos de su nunca. A pesar de los diez años que habían transcurrido, aún era capaz de recordar al hombre, al sujeto que había asesinado a su madre en una noche de luna clara. ¡Era el mismo! Darius Heredia. ¿Sandoval?

Catalina le miró con los ojos entornados y se pasó la lengua por los labios reseco cuando el hombre tomó su mano y depositó un húmedo beso sobre el guante de tonos marfiles. Deseó poder levantarse las faldas y correr como alma que lleva el diablo; sin embargo; los músculos de sus piernas fueron incapaces de moverse un solo milímetro.

El rostro huesudo, los ojos grises ligeramente hundidos, las cejas rectas. El tiempo no había pasado por él; en el recuerdo de Catalina tenía el mismo aspecto.

—¿Es la nieta del marqués? —preguntó el hombre con una fría sonrisa en el rostro maduro y bronceado por el sol; no era una persona muy mayor.

Sus ojos brillaron peligrosamente cuando recorrieron el cuerpo de Catalina, tratando de encontrar a la muchacha que él había conocido. Era la misma voz, áspera, siniestra.

—Es Ana Isabel, la hija de una prima del marqués de Fuentidueña —dijo Concha, rodeando la cintura de la joven con un brazo—. Catalina no ha podido venir, ¿verdad?

La mujer miró a la muchacha, que asintió con la cabeza.

—Se... sentía un poco... indispuesta —contestó con un delgado hilo de voz.

—¡Es un placer conocerla, señorita Ana Isabel! —dijo Darius, cambiando la expresión y suavizando sus rasgos—. Es siempre muy gratificante poder encontrar caras nuevas entre nosotros, sobre todo si son de mujeres tan bonitas como usted. Lástima que no haya llegado antes a Segovia. Hace poco celebramos una fiesta patronal que seguro que le hubiera encantado.

Catalina disimuló el suspiro de alivio que escapó de su boca y fingió una sonrisa; no fue más que una nítida línea pintada en su boca. Darius no la había reconocido.

—El placer es mío —contestó, medio atragantada.

Se acercó hasta ellos una preciosa beldad de cabellos dorados y gruesos bucles que caían sobre unos pálidos hombros desnudos.

—Mí prometida, la señorita Margarita Roldán.

Catalina la observó, sorprendida. La mujer, además de hermosa, era bastante más joven que Darius. ¿Conocería ella la faceta oscura del hombre? Probablemente no. Margarita lucía una piel perfecta y en su rostro no había ninguna señal de golpes. Noelia, en cambio, desde que se casó con él, siempre tenía los ojos morados.

—Ya tenía ganas de conocerla —la saludó Margarita, cuyos ojos la recorrieron con descaro, seguramente admirando el hermoso vestido color berenjena. Se aferró con fuerza al brazo de su prometido y le sonrió con frialdad—. ¿Le gusta nuestra ciudad?

—Sí. Es inevitable enamorarse de ella y de sus paisajes —contestó con educación.

¿Miguel había estado con esa mujer? Ciertamente era muy bonita, pero el brillo de sus ojos estaba cargado de malicia, como si todo lo que hiciera estuviera planeado.

—Bueno, no crea, en invierno es muy difícil vivir aquí. El frío y las heladas son continuas, por no decir que cuando uno menos lo espera se levanta con metros y metros de nieve.

—Y los sabañones —comentó doña Concha—. Todos fingen no tenerlos, ¡como si fuera una enfermedad!

En cuanto Catalina vio la oportunidad, se apartó de la pareja y de doña Concha, disculpándose con un ligero movimiento de cabeza.

No le gustaba Darius, pero Margarita tampoco. Hacían muy buena pareja. Darius era unos centímetros más alto que su prometida, a la que no soltaba de la cintura. Ella observaba constantemente el salón con una mirada cargada de desdén.

Les vigiló desde lejos, y aunque sus miradas se cruzaron en alguna ocasión, Catalina tuvo la seguridad de que no la había reconocido. Debía advertir a Ana Isabel. El hombre no era ningún tonto y si estaba deseando conocer a la nieta del marqués era por algo; quizá también trataba de descubrir si su hijastra aún podía reconocerlo.

Estaba asustada. Ella sí conocía a Darius. Sabía que era capaz de cualquier cosa, y mucho más cuando el hombre se asustaba, y seguramente ahora debía de estar incómodo pensando que la hija de Noelia podía descubrirle. Catalina tenía pruebas, pues sabía dónde se hallaba escondido el cuerpo de su madre. Cerraba los ojos y era capaz de ver el oscuro y profundo agujero cerca del arroyo, oculto junto a los altos y erguidos juncos, muy cerca de donde había vivido desde su nacimiento.

—Estás muy sola. ¿No me digas que aún nadie te ha sacado a bailar?

Catalina se volvió hacia Miguel con demasiada rapidez, y aunque trató de sonreírle, sus labios estaban pegados.

—¿Ocurre algo? —Él enarcó las cejas, observándola—. Parece que hayas visto un fantasma. —La tomó de la cintura con una mano y la arrastró hasta la pista, donde los bailarines danzaban al son de una divertida melodía—. Ya te habrán dicho lo preciosa que estás, pero si no es así, te lo digo yo.

Catalina sintió la mano masculina sobre la suya, aferrándola con fuerza. Los hermosos ojos verdes la miraban con atención, proporcionándole calor y seguridad. ¡Había llegado su salvador!

—Quiero marcharme a casa —le susurró.

Le dolía la garganta de tanto aguantar el llanto y los gritos que pugnaban por salir. No quería quedarse para ver el rostro de Darius, la cara de un asesino. No podía soportar contemplar cómo él disfrutaba mientras su madre había dejado de hacerlo mucho tiempo atrás.

Muchas veces había soñado con que algún día se vengaría; algún día todo el mundo sabría la clase de persona que era Darius Sandoval, o Heredia, como se le conocía allí. Pero ahora no era ni el momento ni el lugar, por no decir que no estaba preparada para enfrentarse a él. No podía.

—¿Te encuentras mal? —preguntó Miguel, preocupado.

Catalina asintió, nerviosa, mirando fijamente la línea de su fuerte mandíbula. Miguel hizo que girara suavemente y, poco a poco la fue alejando del centro de la pista con movimientos gráciles.

—Buenas noches, señor Savaedra.

Miguel se tensó, y Catalina le imitó. Margarita Roldán se les acababa de unir y posiblemente su prometido no tardaría en hacerlo.

Era un peligro encontrarse tan cerca de ese hombre, ya que podía descubrirla en cualquier momento. Además, no le gustaba cómo Margarita sonreía a Miguel.

El joven Savaedra detuvo la danza e inclinó la cabeza hacia Margarita a modo de saludo seco y formal; ni siquiera intentó besarle los nudillos como mandaban las reglas de etiqueta y decoro.

—¡Cuánto tiempo! —dijo ella riendo, como si alguien hubiera contado un chiste o una broma—. Hacía mucho que no coincidíamos en una reunión. No sabes cuánto me alegro.

—Sí, mucho —respondió él, que todavía sujetaba la mano de Catalina con fuerza.

Margarita pareció darse cuenta, puesto que clavó la vista en la unión de las manos y sonrió.

—Siempre te gustaron muy jóvenes —comentó ella con una pícaro mirada.

Fue Catalina quien esa vez apretó la mano de Miguel y fingió una sonrisa como las que Clara usaba constantemente.

—Margarita, a ti te gustan bastante viejos, ¿no? —le preguntó mirando a Darius, que se acercaba con un par de copas alargadas en las manos.

Sin duda, debería haberse mordido la lengua en vez de intentar provocarla. Seguramente, Margarita estaba más acostumbrada que ella a ser mordaz.

Miguel carraspeó, ocultando la sonrisa que luchaba por pintar sus carnosos y sensuales labios, y paseó la vista por los invitados, fingiendo no haber oído la frase de Catalina.

—¡Aquí están! Por favor, señorita Ana Isabel, acépteme una copa de champán.

Darius le entregó una copa a ella y otra a su prometida, interrumpiendo así la frase que Margarita tenía en la punta de la lengua.

—Yo no bebo nunca —respondió Catalina, observando a Miguel y casi escondiéndose detrás de su fornido cuerpo. ¡Cuanta menos relación tuviera con el alcalde muchísimo mejor! Si pensaban que era tímida no le importaba en absoluto.

—Una copa no le hará nada. —Darius saludó a Miguel con un simple gesto de cabeza—. Savaedra.

—Heredia —respondió éste, retirando la copa de champán de manos de Catalina. Se la bebió de un solo trago y se la entregó al hombre, que lo miró furioso bajo las espesas pestañas—. La señorita Ana Isabel no desea beber.

—No se asuste, Ana. ¿Puedo llamarla Ana? —le preguntó el alcalde, ignorando a Miguel. Ella asintió.

—Uno de estos días saldremos a pasear juntas. Ya nos pondremos en contacto —dijo Margarita con una fingida sonrisa.

Catalina asintió, observando a Margarita. ¿Por qué se comportaba de un modo tan amable de repente?

—Si nos disculpan, voy a presentar a la dama a unos conocidos que acabo de ver —interrumpió Miguel, sacándola del medio del gentío.

Después de recorrer un largo y estrecho corredor, atravesaron las cocinas, donde el ajeteo era devastador. Escaparon por una pequeña puerta que daba acceso a un patio silencioso y envuelto en sombras.

—Cuando era pequeño solía venir mucho aquí. Doña Juana tiene un pequeño museo de botánica —dijo Miguel con una sonrisa jadeante.

Catalina observó una multitud de diminutas macetas cubriendo dos bancos de piedra que se hallaban contra una pared.

—¿Primero siembra aquí y luego traslada los brotes al jardín? —le preguntó, acercándose a una planta de la que colgaban unos tomates pequeños.

—Sí, y los que no trasplanta los regala. Doña Juana adora las plantas.

Una ligera brisa golpeó el rostro de Catalina y por fin ella suspiró con fuerza.

—Gracias por sacarme de allí, Miguel. Estaba empezando a marearme.

El hombre se acercó a ella, apretándola contra su cuerpo y apoyando los labios sobre los cabellos cobrizos que estaban recogidos en un elegante peinado sobre su coronilla. Sintió cómo temblaba ligeramente.

—Si quieres te llevo a casa —musitó con voz ronca.

Catalina levantó la mirada buscando sus ojos. El hombre estaba muy apuesto. Llevaba un traje de perfecto corte en tonos cremas y dorados. Sobre el cuello lucía un pañuelo de satén en los mismos colores, perfectamente anudado bajo su firme barbilla. Se había peinado los negros cabellos hacia atrás y estaba más guapo que nunca.

—Sí, lo prefiero —respondió con voz suave. ¡Siempre deseando ir a fiestas y bailes, y la sola presencia de Darius lograba amargarle el acto! Le tenía mucho miedo.

—Llévame a casa, por favor.

Miguel acarició una mejilla de Catalina delicadamente, con los ojos perdidos en la miel derretida de las cuencas de la joven.

Catalina supo que iba a besarla de nuevo y lo esperó. Desde aquel contacto en el pantano lo había deseado noche y día. En sus sueños la escena se repetía una y otra vez, para después despertarse a la amarga realidad de que nunca le pertenecería de no ser que confesara la verdad. ¡No lo haría! No iba a fallar a su amiga, se lo debía. Pero ¿y si perdía a Miguel? Porque a la larga y continuando con aquella farsa era lo que seguramente ocurriría.

Miguel atrapó su boca y Catalina alzó las manos para aferrarse a los negros y brillantes cabellos, sedienta de sus labios.

Sus bocas chocaron con ansia, con un deseo insatisfecho que los llenó de ardor incontrolable, que hizo que sus lenguas lucharan por encontrarse. Sus labios se retorcieron y absorbieron con una pasión más arrolladora de lo que las circunstancias les permitían. Miguel sujetó con delicadeza la estrecha nuca de Catalina y le regaló una multitud de besos sobre las mejillas y los ojos.

—Te deseo mucho —susurró contra su rostro con voz ronca y sedosa—. He deseado venir mil veces todos los días. No puedo mantenerme alejado de ti durante mucho tiempo.

Catalina se apretó más contra él, rodeándole el cuello con sus pequeños brazos. No quería que Miguel se apartara ni dejara de decirle entre murmullos lo mucho que le gustaba. Se sentía arrebatada por aquel cuerpo grande y cálido contra ella, por el ancho torso que rozaba sus virginales pechos, por la protuberancia masculina que empujaba contra sus anchas faldas.

—Vámonos de aquí —dijo Miguel, levantando la vista.

Los brillantes ojos verdes despedían un fervor que hizo arder las mejillas de Catalina.

## Capítulo XIII

Catalina estaba más callada que de costumbre, y eso era raro en ella. Desde que habían subido al vehículo no había abierto la boca. Se había limitado a mirar las calles de la ciudad, vacías a esas horas de la noche. Sus mejillas estaban ligeramente sonrosadas, sin embargo, por su mirada parecía ausente.

Miguel, sentado ante ella, la observaba fijamente, tratando de entender qué era lo que tanto la había alterado durante la fiesta. No creía en absoluto que se sintiera mal. Y estaba seguro de que por el reciente beso del patio no se comportaba así.

Su rostro tenía buen color y estaba bellísima con aquel peinado tan formal y a un tiempo tan juvenil. Gruesos bucles oscuros acariciaban las aterciopeladas curvas de sus hombros. El escote de su vestido no era nada provocativo, pero Miguel no podía dejar de observar los montículos que se elevaban con gracia sublime, apretándose contra el encaje que rodeaba la prenda.

—¿Te ha molestado alguien? —le preguntó sin dejar de contemplarla.

Catalina lo miró y negó con la cabeza.

—Me encuentro un poco cansada. ¿Crees que le importará al marqués que nos hayamos ido así?

—No; estaba bastante entretenido con sus amigos. Terminarán la noche jugando a las cartas.

—Hizo una pequeña pausa—. No parece que te sientas mal. —Frunció el cejo—. ¿De verdad no te ha molestado nadie?

—¡No! —Apoyó la cabeza en el respaldo, observándole con los ojos entornados—. ¿Por qué no te gusta Margarita? Es una mujer muy hermosa. ¿Te dejó ella, o la dejaste tú?

Miguel la observó con atención durante unos segundos. ¿Estaba celosa de Margarita? ¿Se habría dado cuenta de las miradas que le había echado la futura alcaldesa? En realidad, pocas veces había hablado de aquella historia; no era algo que le hubiese marcado.

—Me dejó ella, pero no creas que me importó. La verdad es que se lo agradecí. Lo que realmente me molestó de todo ese asunto fue que mientras estaba conmigo también estaba con Heredia. Ninguno de los dos supimos que nos engañaba hasta que ella misma rompió conmigo y lo eligió a él. ¡Eso fue lo que me molestó! —repitió—. Pero no porque pensara casarme o quisiera tener una relación seria. Margarita me gustó en su momento, pero eso ya es agua pasada. —Se retiró un cabello que le caía sobre el ojo derecho—. Ese hombre es... —Se calló. Le venían a la mente cien o más apelativos para regalarle, pero no estaba dispuesto a enseñarle palabras nuevas a la joven—. Es un hombre corrupto que se ampara en el poder de la Corona para sangrar a toda

la gente pobre y humilde con sus impuestos. Antes Heredia me caía mal, pero luego Margarita me proporcionó la excusa perfecta para dejarlo en ridículo siempre que puedo. Desde entonces, disfruto llevándole la contraria en todo. No nos soportamos.

—¿Por qué Margarita lo eligió a él? —le preguntó frunciendo el cejo—. Tú eres muy guapo —dijo con el rostro teñido de rubor— y más joven que él.

—Sí, y bastante más rico. No sé, se habrá enamorado, porque otra explicación no tiene.

Con un suspiro, se cambió de asiento colocándose junto a Catalina, que apenas se inmutó. Miguel estiró un pie y lo puso en el asiento que había quedado libre.

—Puede ser que entre los dos planeen algo. Ese hombre no me gusta —susurró ella.

—¿Por qué? ¿Te ha dicho algo?

—Era su forma de mirar.

Los ojos dorados se contrajeron con una expresión tan extraña que Miguel no pudo descifrarla. Era una mezcla de aversión y miedo. ¡Había pasado algo más! Debía haber algo más. El rostro de Catalina reflejaba dolor del alma, como si tuviera una pena muy profunda en sus ojos ambarinos.

Miguel le cogió una mano y la elevó ligeramente, observando sus dedos y recorriendo con las yemas la pequeña palma.

Ella lo miraba hipnotizada, y aunque Miguel podía sentirlo, luchaba contra el deseo de volver a besarla. Si tan sólo ella levantara un dedo para apartarlo, intentaría alejarse.

La había echado muchísimo de menos esos días. Tenía los sentidos inundados de su perfume, los labios ansiaban su boca y las manos rogaban por perderse en sus carnes. Se había mantenido apartado todo lo posible, sufriendo en silencio y analizando las consecuencias de sus acciones. Pero no quería renunciar a ella, no podía dejarla porque la amaba.

Sentía que si ella no le pertenecía se arrepentiría todos y cada uno de los días que viviera, que pasara sin escuchar tantas preguntas absurdas y que tanto le divertían; no quería dejar de ver el fuego de sus cabellos ni los dorados ojos que tantas emociones transmitían. ¡No iba a renunciar a ella! Y por primera vez en su vida, temía la reacción de su padre; sentía pavor por que la historia se volviera a repetir.

El hijo de un marqués casándose con una don nadie, porque eso era Ana Isabel Expósito.

Miguel entrelazó los dedos con los de ella y apretó las palmas. La estudió; la joven le miraba con las mejillas arrojadas y los labios apenas entreabiertos. Fue un impulso súbito; nunca había podido luchar mucho tiempo contra algo que deseaba. Sin pensarlo, se acercó muy despacio a ella y la besó. Su boca fue recibida con ardor, y cuando Catalina entrelazó los brazos alrededor de su cuello, se sintió como si subiera el primer peldaño de la escalera al cielo. La apretó con su cuerpo fundiéndose con ella, lamiendo sus labios, absorbiendo el sabor de su dulce lengua.

Catalina lo aferraba con fuerza, como si no fuese a permitir que esta vez interrumpiera el beso. Era una manera de decirle que no se apartara de ella y, en efecto, eso era lo que él menos deseaba. Le encantaba sentir los turgentes senos contra su propio cuerpo, el sabor de su boca, de su lengua cálida y aterciopelada, que poco a poco perdía la timidez.

Catalina sintió un pequeño tirón en el escote. De repente, el calor abrasador de las manos de Miguel cubrió sus pechos. Abrió los ojos con sorpresa, le mordió los labios con suavidad, como

hacia él, e involuntariamente arqueó la espalda cuando el vestido terminó de caer hasta la cintura.

Miguel se apartó un poco y la observó. Recorrió cada curva de su cuerpo con ojos voraces, acariciando con deliberada lentitud el contorno de los senos, rozando con la palma de sus manos los pezones erectos.

Ella había dejado de respirar, y con ojos sorprendidos y el rostro ardiendo, siguió el recorrido de las manos del hombre. Era un acto impúdico, erótico, pero le gustaba tanto que deseó que no acabara nunca. Se sentía bonita, femenina, alguien que estaba completamente a la altura de él, a pesar de no haber recibido una esmerada educación y de no entender muchas cosas. Lo que sí comprendía era lo que estaba pasando en aquel momento. Miguel le estaba haciendo el amor con las manos, con la boca. ¡Era tan guapo! ¡Oh, aquellos profundos ojos verdes! ¡Era tan bueno con la gente! No le importaban la clase y la posición que los otros ocuparan. ¡Era tan fuerte y protector!

Miguel se tensó repentinamente, y Catalina lo miró, extrañada. ¿Por qué no continuaba? ¿Iba a pararse otra vez?

Sin embargo, de pronto se impuso la realidad. El coche se había detenido y no sabían cuánto tiempo hacía de eso.

—Cúbrete —dijo, ayudándola a subirse el vestido con prisa.

—Miguel —susurró con voz apenada, mirándole con ansiedad—. No quiero parar.

El hombre la besó con suavidad.

—Te prometo que hablaré con mi padre. Haré todo lo posible para que desista de la idea del matrimonio con Catalina. —Le rozó la mejilla con la palma de la mano; ella aún estaba recuperando el aliento—. Si tú me quieres, si me esperas un poco, moveré cielo y tierra para conseguir la bendición. No quiero herir a mi padre, pero si tengo que hacer lo mismo que Noelia y marcharme lejos contigo lo haré. Me he dado cuenta de que eres muy importante para mí.

Catalina no supo si llorar o reír. Aquel hombre tan maravilloso lucharía por casarse con ella. Le abrazó con fuerza, llenando su rostro de besos.

—¡Claro que te esperaré! —exclamó—. Tengo el permiso del marqués para casarme con quien quiera y cuando quiera, y sé que si tú le hablas, él lo va a entender. —Los ojos de Catalina estaban emocionados—. Quiero casarme contigo, Miguel. —La sonrisa que le regaló lo dejó cautivado.

Se abrió la puerta del carruaje, y el cochero tendió una mano a Catalina para que descendiera. Miguel la acompañó hasta la puerta de la casa.

—No voy a entrar —dijo él con una sonrisa exultante.

Catalina, nerviosa, creyó que la besaría de nuevo, pero Miguel no lo hizo. Lo estaba deseando, se le veía en la cara, lo notaba en sus labios, pero eran demasiados los ojos que espiaban sin que importara lo tarde que fuera.

—¿Cuándo te veré? —preguntó ella feliz.

—Mañana, pasado y al otro. —Le guiñó un ojo—. Y así día tras día, hasta más allá del fin.

Catalina rió y aunque él le dijo que entrara en casa no lo hizo hasta que Miguel hubo desaparecido en el interior del coche.

La muchacha subió los escalones de dos en dos sin que le preocupara el ruido que hacía. No podía parar de sonreír, y su corazón latía maravillado. ¡Se casaría con Miguel!

Abrió la puerta de la habitación de Ana Isabel y la encontró despierta. Estaba tendida en la cama, con un libro sobre el colchón. Tan sólo un par de elegantes candelabros de plata iluminaban

la estancia.

—¡Qué pronto! ¿Qué tal lo has pasado?

—Tengo muchas cosas que contarte. —Apartó a Darius por unos segundos de su mente y se centró en el tema que tanto la alegraba—. ¡Miguel se me ha declarado y quiere casarse conmigo!

Ana Isabel, incorporándose de la cama, se quedó sentada y la miró con una sonrisa en los labios.

—¿De verdad? ¡Cuánto me alegro! —gritó, entusiasmada. Se abrazaron entre risas—. ¿Y tu abuelo qué dice? ¿No le habrás contado...?

—¡No! ¡Cómo puedes pensar eso! ¡Claro que no le he dicho nada! Soy tan feliz —dijo con un suspiro soñador—. Yo creo que el marqués no va a decir nada, a no ser que todo este tiempo haya fingido haberse encariñado conmigo.

—¡Seguro que le encanta la noticia! —exclamó su amiga—. Miguel es un buen hombre, se le ve, y tú te has ganado el cariño del marqués con mucha facilidad.

—Sí, sí que lo es. Es el mejor. Le amo, le amo. —Soltó una carcajada y se sentó en la elegante silla que había ante el precioso tocador lacado en blanco.

—Me lo tienes que contar todo. ¿Cómo ha sido? —Aplaudió—. ¡Uauhhh! ¡Qué bonita pareja hacéis! Si tu madre pudiera verlo, sería feliz.

—Sí, pero no te lo he contado todo —dijo al recordar a su madre—, y esto no tiene nada de divertido. Será mejor que me prestes atención. Debes convencer al abuelo de regresar a Fuentidueña. Mi padrastro está aquí.

—¿El asesino? —murmuró Ana Isabel con los ojos abiertos como platos—. ¿Lo has visto? ¿Te ha reconocido? —La tomó de las manos—. Amiga, esto no me gusta. En cuanto venga el marqués, le aviso y nos vamos, porque vendrás conmigo, ¿verdad? No pienso dejarte aquí.

—Sí, pero tú corres más peligro si él piensa que eres yo. No debimos cambiar las identidades. Si te pasara algo por mi culpa, no podría perdonármelo nunca.

Ana Isabel agitó la cabeza, negando frenética.

—No es culpa tuya; fue la única opción que te di. No voy a dejar que ese hombre te haga daño. Nos vamos las dos, y es una orden. Sigo siendo mayor que tú, ¿lo recuerdas?

Se abrazaron con fuerza, como cuando eran niñas y Catalina corría hasta ella después de haberse caído.

## Capítulo XIV

—Pero ¿por qué? —preguntó don Jaime, observando fijamente a la muchacha—. ¿No te gusta la ciudad? ¿Alguien del servicio te ha molestado, o quizá tu profesor de pintura...?

Se encontraban en el estudio de don Jaime, y las cortinas se movían con la suave brisa que penetraba por los arqueados ventanales.

—No es nada de eso, de verdad. Me parece una tontería que ahora que Ana Isabel no va a buscar marido tan pronto tengamos que estar aquí.

—Pero a ella le gustan los bailes...

—Por favor, marqués —le suplicó—. Sé que no tengo excusa para abandonar Segovia, pero estaría más tranquila en el campo. Me encuentro un poco mal con todas esas amistades que conocieron a mi madre y... me duele que yo sea incapaz de recordarla.

Ana Isabel tenía la sensación de que se le iba a caer la lengua con tanta mentira.

—Me gustaría mucho que me llamasen abuelo, o por lo menos Jaime. ¿Crees que podrías?

Ana Isabel asintió, cualquier cosa con tal de que el anciano accediera a su petición.

—¿Regresaremos hoy? —insistió de nuevo.

—No; haremos otra cosa. Jacobo Fitz-James Stuart y Falcó tiene una propiedad en Salamanca y nos ha invitado a pasar unos días. Es un querido amigo de la familia y está deseando conocerte. Allí habrá muchas atracciones divertidas, juegos, cacerías. Lo pasarás bien, y si no deseas acudir a los eventos, te disculparemos. Pero...

—¿Y cuándo nos marcharemos?

Por lo menos, saldrían de Segovia y, de ese modo, podrían evitar al alcalde.

Jaime la miró, intrigado.

—Saldremos mañana. Hoy déjame hacer todo lo que tengo pendiente —le pidió con paciencia.

—Sí, sí, claro. —La muchacha sonrió—. Gracias, don..., abuelo. —Se levantó con rapidez y le besó en la mejilla con efusividad—. No sabes la alegría que me das. No pienses que no me gusta este lugar. Tengo mis razones para pedirte esto, y algún día prometo contártelo.

—¿Qué es lo que escondes, niña? No confías en mí todavía.

Ana Isabel tragó con dificultad. Le había prometido a Catalina que no le haría sufrir, pero no obstante podía ir preparando el terreno.

—Hay muchas cosas que no le puedo contar a nadie. —Agitó la cabeza con pena y le tomó una mano con las dos suyas—. Mi madre tenía un enemigo...

—¿Quién? ¿Qué estás diciendo, Catalina? —Con la mano libre la agarró del codo—. ¡Por

favor, si sabes algo debes contármelo!

Ana Isabel sintió cómo las lágrimas empañaban su mirada y dejó escapar un débil sollozo.

—No puedo hacerlo.

—No tengas miedo de hablar. Aquí estás segura. Conmigo no te pasará nada. ¿Qué le ocurrió a Noelia? ¿Fue un accidente de verdad? —insistió, demasiado nervioso.

—Abuelo, no puedes decir nada. Prométemelo. Jura que lo que te diga no saldrá de esta habitación. Ni siquiera a Sara ni a Miguel, a nadie. ¡Júralo!

—Lo juro.

—Mataron a mi madre, y su asesino está en Segovia.

Don Jaime perdió el color de la cara, y Ana Isabel lo ayudó a sentarse en el sillón.

—¿La mataron? —repitió, mirándola con ojos desorbitados—. ¿Quién?

Ana Isabel negó.

—No puedo decirlo. —Se alejó hacia la puerta—. A nadie, abuelo. Lo has prometido y... —añadió con voz temblorosa— confío en ti.

Cuando Ana Isabel se disponía a marcharse entró Miguel, que acababa de llegar. Tomó aliento con fuerza y le guiñó un ojo con picardía.

¿Podía estar segura de que el marqués no se lo contaría a nadie?

—Espero que tú también nos acompañes. Viajamos mañana a Salamanca, ¿verdad, abuelo?

El hombre asintió, observando a su hijo, y fingió una sonrisa.

—¿Ya se ha puesto en contacto contigo el duque de Alba?

—Mi querido amigo Jacobo. —El marqués se incorporó y acompañó a la muchacha hasta la puerta, y antes de despedirla, le revolvió el oscuro cabello como si se tratara de una chiquilla—. Ve a avisar a los demás.

Don Jaime se volvió hacia Miguel, indicándole que tomara asiento donde minutos antes había estado su nieta.

—¿Qué ocurrió anoche con lo de Heredia?

Miguel se encogió de hombros con una sonrisa ladina.

—Fue relativamente fácil entrar en la residencia. Tenía varios oficiales custodiando la entrada, pero Dionisio y los demás se las apañaron para dejarlos fuera de lugar. ¿Adivinas lo que tenía junto a las arcas? —El anciano negó con la cabeza—. Sus malditos regalos de boda, que ni siquiera ha sido capaz de desenvolver. ¿No te parece extraño?

—Quizá espere a estar casado para hacerlo, ¿no? —dijo, aunque realmente era poco probable.

—O tal vez trate de venderlos. Últimamente en su casa hay pocos muebles. Creo que ese hombre tiene un serio problema de dinero. Me hubiera gustado ver la cara que habrá puesto esta mañana al descubrir que ha sido saqueado.

—A mí también, hijo. Por cierto, ¿qué pronto has venido? ¿Te has caído de la cama, o qué?

Miguel tragó con dificultad y se apretó un poco más el pañuelo de seda que cubría su cuello.

—Hay un asunto que me gustaría hablar contigo, padre. Es sobre Catalina.

—¿Catalina? Adelante, te escucho.

El sol brillaba en lo alto del cielo y varias nubes espesas y blancas como el algodón

sobrevolaban los montes con verdadera lentitud.

Desde la alta ventana de la segunda planta, Catalina observó las grandes montañas coronadas por la nieve como si se tratara de un lienzo. El paisaje de la sierra era realmente hermoso y sobrecogedor. El olor a tierra y pino flotaba en todos los rincones.

Sabía que Miguel había estado esa mañana hablando con el marqués, pero ella ni lo había visto, ni había sido informada de nada. El hombre había salido de la casa sin despedirse siquiera. Aquella actitud había resultado muy desconcertante para ella, que estaba loca por lanzarse a sus brazos.

—Cata —la llamó su amiga—, el marqués quiere verte en su despacho. Creo que se trata de Miguel. ¡Qué extraño que no haya pasado a saludarte!

—Eso mismo estaba pensando yo. Puede que tuviera que hacer cosas.

—Es lo más probable, ya que nos marchamos a Salamanca.

—¿Salamanca? ¿No le has dicho al abuelo que volviéramos a casa? —le preguntó Catalina con desilusión.

—Sí, pero ha dicho que en vez de ello iríamos a Salamanca —repitió.

—Miguel también vendrá, ¿verdad?

—Sí. En cuanto lo he visto se lo he dicho —respondió—. Nos han invitado unos amigos del marqués. ¡Son duques! ¿No te parece emocionante? Seguro que hacen un baile de realeza, o algo así. ¡Eso es lo que siempre has soñado!

Catalina sonrió, mostrando su perfecta dentadura de piezas pequeñas.

—Y esta vez creo que tú también deberás asistir y dejar de encerrarte en la habitación. Va a parecer que estás enferma.

—Tienes razón. —Ana Isabel empujó a su amiga hasta la puerta—. Corre, ve a ver qué quiere. Quizá tenga buenas noticias sobre ti y Miguel.

Las mejillas de Catalina fueron adquiriendo un tono sonrosado mientras descendía las escaleras y entraba en el despacho. Sin embargo, la impresión que daba don Jaime sentado tras el escritorio era bastante preocupante.

El hombre estaba serio y apenas alzó la vista cuando la muchacha se sentó frente a él.

—¿Quería verme? Me dijo...

—Sí, Ana Isabel. —Apartó varios papeles que tenía sobre la mesa y, cruzando los dedos, la miró fijamente—. Ha venido Miguel a hablar conmigo. Sabes por qué, ¿verdad?

Catalina supo que algo no iba bien por la forma de hablar del marqués y su posición erguida sobre la silla.

—Creo que sí —respondió, nerviosa.

El anciano se cubrió la cara con las manos, soltó un sonoro suspiro y volvió a mirarla.

—Ha pedido tu mano.

Los ojos de Catalina brillaron. Sabía que Miguel lo haría, pero ahora, ante su abuelo, no podía evitar reflejar en su rostro la emoción que sentía.

—He tenido que oponerme.

—¿Qué? ¿Por qué? —Fue como si alguien la golpeara justo en la boca del estómago.

—Creía que ya lo habíamos hablado, Ana Isabel. He intentado ser gentil contigo y tratarte como si fueras de mi familia, pero tú y yo sabemos que eso no es así, ¿verdad? No te he puesto ningún impedimento en nada y te prometo que no lo haría si supiera, al menos, de qué familia

provienes; pero no puedo permitir esa unión. Miguel deberá casarse con Catalina. —Se incorporó y caminó hasta la muchacha, que lo observaba intentando no derramar las lágrimas que anegaban sus ojos dorados—. Sé que él tratará de convencerte para que huyáis juntos tal y como hizo la madre de Catalina. No puedo volver a pasar por lo mismo. Mi corazón no podría soportar perder a mi hijo de igual modo que pasó con Noelia. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Catalina asintió con un nudo en la garganta. La verdad quemaba su interior. ¡Ella era Catalina! ¿Por qué no podía decirlo? ¿Por qué había hecho esa absurda promesa?

—Me dijo que podía casarme con quien yo quisiera.

—Con cualquiera menos con Miguel.

—Pero ¿por qué? Eso no es justo. Nos amamos. —Su voz se tornó desgarradora.

—Te pido, por favor, que hagas que Miguel desista de su empeño —prosiguió don Jaime sin querer escucharla.

—Sólo estoy aquí por... Catalina, ¿verdad?

—Eres parte de la familia —le dijo, alzándole el mentón con un dedo para observarle el rostro—. Te quiero mucho, Ana Isabel —continuó, y sus propios ojos se llenaron de lágrimas, lo que rompió el corazón de Catalina—, pero Miguel debe casarse con mi nieta. Házselo entender.

—¿Cómo?

Le tembló la voz y una gruesa lágrima rodó por su mejilla. Tenía las manos entrelazadas sobre el regazo y apretaba los dedos con fuerza.

—Dile que no le amas, que quieres a otro. —Se encogió de hombros y tomó las manos de la muchacha—. Nunca había sido tan feliz como el día en que tú y mi nieta aparecisteis en casa. Hemos dicho a mucha gente que eres hija de una prima mía, pero tu apellido sigue siendo Expósito. Apártate de Miguel y te daré mi apellido. Te apoyaré en todo lo que quieras hacer. No llores, te lo suplico.

Catalina se soltó de sus manos y se limpió las lágrimas, que ahora se deslizaban sin control humedeciendo su rostro.

—¿Por qué no me pide que me marche? —dijo con la voz ahogada por el llanto.

Don Jaime negó en silencio y se alejó de ella para no seguir viendo el dolor en aquellos ojos color miel. Sentía mucho cariño por la joven, pero antes que eso estaba su posición social, y no deseaba volver a ser la comidilla de todos sus conocidos.

—Miguel no debe saber que has hablado conmigo. ¿Lo harás por mí?

¿Olvidarse de Miguel? ¿Rechazarle? ¿Cómo podría hacer eso si con sólo ver al hombre le temblaban las piernas y su corazón alcanzaba velocidades insospechadas? ¿Y si no hiciera caso al marqués?

Tampoco quería hacerle daño, después de todo, era su abuelo. ¿Qué opción le quedaba?

Si ella hubiera sido Ana Isabel habría pensado menos en don Jaime, incluso se habría visto con fuerzas para rebelarse; pero el anciano sufría tanto que no estaba dispuesta a que pasara una segunda vez por lo mismo, aunque fuera su felicidad la que estuviera en juego.

—No se preocupes, marqués —le dijo con frialdad—. No me casaré con Miguel si eso es lo que quiere.

—Por favor, Ana Isabel. No me hables así; me duele. —La miró suplicante e hizo una larga pausa—. Sabía que lo entenderías, gracias.

¿Le vio restregarse los ojos, o fue simple imaginación de Catalina pensar que el anciano

estaba llorando?

—En Salamanca conocerás a muchos jóvenes agradables. Puede que...

—No importa, de verdad.

Catalina se puso en pie. Deseaba salir de aquel cuarto que la asfixiaba. No quería hablar de conocer a nadie más, no quería seguir delante de su abuelo. Estaba segura de que así se había sentido Noelia una vez.

—Ana Isabel —susurró el marqués.

Catalina fingió no oírle y corrió a perderse en su dormitorio.

El dolor ahogaba su pecho. ¡Con razón Miguel no había pasado a saludarla! Don Jaime se lo había prohibido.

Sobre la cama rompió a llorar entre los brazos de su amiga, que la escuchó en silencio y compartió su pena.

Por primera vez, Ana Isabel se preguntó si había hecho bien al ponerse en contacto con el marqués. Catalina era muy desdichada, y todo gracias a ella. Era la única culpable de lo ocurrido. ¡Qué fácil hubiera sido contar la verdad! Pero ahora era tarde y tenía miedo.

## Capítulo XV

El palacio se alzaba sobre la población con una elegancia singular. Los muros que rodeaban la residencia de los duques de Alba eran bastante bajos, por lo que los hermosos jardines estaban a la vista de cualquier espectador que pasara cerca.

Una hermosa fuente coronaba la entrada principal. Era un pequeño estanque con una alta pared en la que la cabeza de un animal tallado en piedra soltaba un grueso chorro de agua, que caía desde una altura considerable.

El edificio de piedra gris era moderno, de líneas rectas, con el tejado de pizarra oscura.

Durante el viaje el silencio logró hacerse tenso en el interior del vehículo. Ni Catalina ni Ana Isabel sintieron ningún deseo de conversar con el marqués, que se pasó leyendo todo el trayecto. Incluso la señorita Clara se entretuvo tejiendo una gruesa y horrenda bufanda de lana roja. Acababa de aprender a hacer punto y las agujas chocaban entre sí con un suave tintineo.

Los duques habían reunido a los nobles de Castilla y León, por lo que la mayoría de las habitaciones estaban ocupadas, hasta el punto de que las jóvenes y Clara deberían compartir dormitorio.

Los anchos corredores y el salón principal eran un corre, ve y dile de invitados y sirvientes que se afanaban por ubicarse antes de que las diversiones que el duque tenía preparadas comenzaran.

Miguel llegó entre los últimos invitados y, después de instalarse, salió en busca de su sobrina y de la joven que tenía su corazón entre las manos.

Aún estaba furioso después de la conversación con su padre, y aunque había estado dando vueltas al asunto una y otra vez, no halló una solución que pudiera dejar a don Jaime más relajado. Era como encontrarse entre la espada y la pared. Amaba al anciano, pero también a Ana Isabel. Tal vez dando un poco de tiempo al marqués lograría convencerle de que su objetivo era la joven y que no desistiría de ningún modo.

Miguel recorrió las estancias saludando a conocidos, buscando entre la multitud los preciosos cabellos cobrizos.

—Este viaje de última hora no estaba programado —le dijo Dionisio, palmeando el hombro de Miguel a modo de saludo.

—¡No sabía que vendrías! —contestó Miguel, extrañado de ver a su amigo allí.

Ciertamente Dioni iba donde quería sin tener que dar explicación alguna, pero en ningún momento había pensado encontrarlo en el palacio.

—No es por mi gusto, amigo. —Dionisio alejó a Miguel del resto de la gente—. Heredia también está aquí y sabes que me dedico a no perderle de vista.

—No puede ser. ¿También Jacobo se ha sentido obligado a acogerle?

Dionisio se encogió de hombros, curvando los labios con frustración.

—No ha tenido más remedio. El alcalde tiene que explicarle qué ha pasado con esas arcas. No me gustaría estar en su pellejo en este momento.

—A mí tampoco —rió Miguel—. No habrás visto a las protegidas de mi padre, ¿verdad? —le preguntó. En todo momento había seguido buscándolas con la vista.

—He llegado hace poco y ni siquiera me he instalado, pero he visto mucha gente recorriendo los jardines. Te juro que parecen hormiguitas unas detrás de otras. ¿Es ella Catalina?

Miguel se volvió hacia donde señalaba su amigo y asintió al ver a la joven caminando junto al marqués, quien la presentaba a sus amistades. Ana Isabel no estaba por ningún lado.

—¿No la conoces aún?

—No he tenido el placer de conocerla.

Dionisio observó a la jovencita que con una tensa sonrisa saludaba a alguien. Tenía una cara infantil, labios carnosos, pecas sobre la nariz ligeramente respingona, y el cabello castaño le llegaba por debajo de los hombros. Era una muchacha muy linda. Le extrañó que no le pareciera tan niña para la edad que tenía. —Pensé que era más joven.

—Tienes razón —asintió Miguel—. Parece una muchacha muy madura y segura de sí misma.

—Supongo que el marqués estará deseando que os caséis...

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Miguel, entornando los ojos. No le había comentado nada a su amigo.

—En Segovia no se habla de otra cosa. ¿Me vas a decir que eres el último en enterarte?

—Sí, pero no como tú piensas —respondió.

De modo que su padre ya había hecho correr el rumor. ¿Cuándo había sido eso, antes o después de abandonar Segovia? ¿Acaso pensaba que así zanjaría el tema de raíz?

Don Jaime se acercó a ellos con la joven del brazo y una sonrisa satisfecha en su rostro brillante. De un tiempo a esa parte el anciano se sentía como si le hubiesen quitado varios años de encima.

—Miguel, hijo, ¿te importaría acompañar a Catalina a conocer los jardines? Jacobo quiere hablar de unas cosas conmigo.

Miguel evitó mirarlo en todo momento. Estaba enfadado y le importaba un comino si su padre estaba de acuerdo o no.

—Claro. —Miguel ofreció el brazo a la joven—. ¿Nos acompañas, Dioni?

El otro hombre asintió y, tras despedirse del marqués, salieron al exterior, donde los últimos rayos de sol se deslizaban con lentitud bañando la alta montaña.

—¿Dónde está Ana Isabel? —se atrevió a preguntar Miguel.

—Ha salido a pasear con doña Concha y otras personas más. El duque quiere hacer un baile de máscaras y dicen que en la aldea hay un sitio especial donde se pueden conseguir las mejores.

—¿Y usted ya tiene la suya? —le preguntó Dionisio con una atractiva sonrisa en su rubicundo rostro.

Ana Isabel lo miró divertida, al mismo tiempo que negaba con la cabeza.

—Mi amiga me traerá una —respondió.

Ella se fijó en el hombre alto que caminaba a su derecha. Dionisio era bastante apuesto y el cabello largo sobre los hombros le confería un aire peligroso y a un tiempo encantador.

—Me gustaría poder pintarte algún día. ¿Te atreverías a hacer de modelo? —le dijo la muchacha sin contemplaciones.

—No lo sé —sonrió Dionisio con una mirada burlona—. Me lo pensaré. Eso de estar quieto durante mucho tiempo en un mismo sitio... Aunque si voy a estar tan bien acompañado... —Dejó la frase incompleta adrede.

Miguel se detuvo y sus compañeros lo imitaron. Ante ellos, Margarita y Darius conversaban cogidos del brazo. Fue la mujer quien alzó la cabeza y los descubrió. Con un gesto de la mano los saludó, lo que llamó la atención de Heredia, que los observó con su típico aire de superioridad.

—¡Qué alegría verlos aquí! —Margarita se acercó a ellos, con Darius aún del brazo. Miró a la joven con una fingida sonrisa—. Usted debe de ser Catalina, ¿verdad?

Ana Isabel asintió, inclinando ligeramente la cabeza.

—Catalina, ella es la señorita Margarita Roldán y su prometido, Darius Heredia.

Ana Isabel tragó con dificultad, clavando las uñas en el brazo de Miguel, y miró al hombre con cierto temor. Él se dio cuenta en seguida y se tensó bajo su chaqueta color crema.

Fue tan sólo un pequeño lapso de tiempo que pareció detenerse en el preciso instante en que el hombre le dedicó una extraña sonrisa. Ana Isabel hubiera jurado que estaba nervioso.

Por más que Darius la estudió no encontró ni un solo parecido a la niña que había vivido bajo su techo durante unos años. Era cierto que había pasado mucho tiempo, y si la joven no hubiera expresado aquel terror en su mirada, podría haber pensado que no era más que una impostora que se aprovechaba de la buena posición del marqués. Pero ella sí le conocía; su rostro estaba lívido, casi ceniciento.

—Es un placer conocerla. —Darius le tendió la mano, y ella se la dio sin soltarse del brazo de Miguel—. Soy el alcalde de Segovia. Espero que acompañe a su familia a nuestra ceremonia. —Acercó a Margarita rodeándole la cintura con el brazo.

Ana Isabel respiró varias veces seguidas. Deseaba escaparse de allí y ocultarse de aquel hombre. Si no hubiera estado avisada, el hombre habría sido como cualquier otro; era elegante, ancho de hombros y bastante guapo, a pesar del rostro huesudo y las incipientes canas que pintaban las sienes. Pero Darius no era como los demás; era un asesino, y ahora ella estaba en peligro.

—Voy a mostrarle a mi sobrina el maravilloso estanque del duque antes de que se haga de noche —intervino Miguel al ver que la joven no respondía al hombre.

—Además, pronto servirán la cena —comentó Margarita volviéndose hacia su prometido—. Voy a ir a cambiarme. Comparto dormitorio con unas cuantas damas, y si llego tarde, no tendré espacio para nada.

—Si nos disculpan... —Darius le ofreció el brazo de nuevo y le echó una última mirada a Ana Isabel—. Ya coincidiremos por aquí.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Miguel a la joven, frunciendo el cejo—. ¿Conocías al alcalde?

—¿Qué? —Ana Isabel le observó como si volviera en sí—. ¡Ah!, no, no. Se parece a alguien... —mintió—, pero no era quien yo creía. —Soltó un suspiro acompañado de un bufido impropio de una dama—. ¡Qué susto!

—A mí también me asusta —bromeó Dionisio, soltando una fuerte carcajada.

Miguel miró en la dirección en que se había marchado Darius. Catalina había actuado ante el hombre de una manera muy parecida a Ana Isabel. ¿Conocían las muchachas a Darius?

Lo dudaba mucho, ya que ellas habían estado todo ese tiempo en Andalucía, pero entonces, ¿a qué venía esa extraña reacción?

## Capítulo XVI

Darius Heredia Sandoval golpeó el jarrón con la fusta y la pieza cayó contra el piso y se hizo añicos. La delicada porcelana estalló y el agua fue absorbida con rapidez por la gruesa alfombra que adornaba el dormitorio.

Se contuvo para no descargar su ira contra los demás objetos de la sala. Estaba más enojado de lo que dejaba entrever. Los bandidos nocturnos entraban en su casa cuando querían para desvalijarla. Daba lo mismo cuántos guardias apostara en la puerta, pues siempre se las arreglaban para burlar la vigilancia. De momento no se había visto obligado a reponer el dinero que faltaba, pero en Madrid ya comenzaban a alzarse dedos acusadores contra su persona. Y ahora, después de tantos años y cuando tenía ese grave problema, aparecía la hija de su primera esposa, Catalina Cifuentes.

Se preguntó cuánto podría recordar la muchacha de su infancia.

Lo había reconocido; eso lo tenía muy claro. Debió haber acabado con la niña hacía mucho tiempo. Después de aquella noche oscura, ella había desaparecido, como si la misma tierra se la hubiese tragado, hasta aquel momento.

Noelia había sido la culpable de todo lo ocurrido. Si la mujer no hubiese querido separarse de él, nada de eso habría ocurrido y él posiblemente sería el heredero del marquesado de Fuentidueña. ¡Mira que decirle Noelia que la habían desheredado siendo mentira! ¡Malditos fueran todos los nobles!

Su reciente temor se debía a que la chica hablara y no podía permitirse el lujo de consentirlo. Catalina podría acabar con su carrera y con su vida tan sólo con chasquear los dedos. ¿Sabría ella que tenía ese poder sobre él?

La casa del duque era el sitio ideal para poder deshacerse de ella. Una caída por las escaleras, un accidente que no condujera directamente a él, cualquier cosa con tal de que la moza tuviera la boca bien cerradita.

Tenía que trazar un cuidadoso plan y seguirlo, aunque debiera soportar la presencia del marqués y su odioso hijo Miguel.

¡Miguel! El hijo adoptivo que heredaría las posesiones del viejo. ¿Por qué si le pertenecían a él por derecho? ¿Acaso no era el viudo de Noelia Savaedra?

Toda su vida luchando por forjarse un futuro y codearse con los importantes de España, y todo había ido de mal en peor desde el día en que había conocido a la hermosa Noelia.

Había creído que sería fácil manejar a la dama a su antojo, pero ella se había negado a acudir

a su padre en busca del perdón. Ni siquiera los golpes y las palizas habían conseguido que diera su brazo a torcer. Entonces, Catalina era apenas una niña, pero en ningún momento se había ocultado de ella. ¡Que sufriera igual que su madre!

Unos golpes en la puerta lo sacaron de sus pensamientos. Una mujer uniformada como el resto de la servidumbre le avisó de que en breve servirían la cena.

Pasó por el dormitorio de Margarita y tuvo que esperar a que la dama terminara de acicalarse. Estaba hastiado de la joven, y de no ser porque era un escalón muy importante para su carrera política, se habría deshecho de ella también. Así era Darius: cuando algo no servía, lo enterraba, y punto.

Se apoyó en la pared frente a la puerta del dormitorio, armándose de paciencia. En ese momento, la belleza pelirroja pasó junto a él totalmente sumida en sus pensamientos.

—¿Ana Isabel? —la llamó, irguiéndose ante ella.

Catalina abrió los ojos con sorpresa y apretó los puños contra las faldas. Miró en derredor, agradeciendo que todavía quedara gente en los pasillos.

—¿Me recuerda? —le preguntó sonriendo provocativamente—. Darius Heredia.

—¡Ah, sí!, el alcalde de Segovia —contestó con la voz un poco más alta de lo normal debido a que los nervios se le habían apoderado del estómago.

El hombre asintió, orgulloso de ser recordado.

—Tuve el gusto de conocer a su... amiga Catalina, ¿verdad? ¿Se conocen desde hace mucho tiempo?

El corazón de Catalina era una atronadora orquesta en su pecho. Las palabras no fluían con normalidad.

—Es una prima lejana. Mi madre era familiar del marqués, pero nos quedamos solas mucho tiempo... al cuidado de mi abuela.

—¿Y por qué no han acudido a Fuentidueña hasta ahora? Perdone que se lo pregunte, pero la curiosidad puede conmigo. —Trató de ser simpático, y lo habría logrado si Catalina no le hubiese conocido más que de sobra...

—Supongo que porque no había buena relación en la familia. Catalina no recuerda nada de su infancia, ni siquiera a su abuelo.

La muchacha volvió a observar el corredor. La gente ya empezaba a bajar al comedor y aquella situación la perturbaba sobremanera.

Margarita salió, cerrando la puerta tras de sí, y observó a Catalina con un rictus amargo. ¿Serían los celos?

—Permítanos que la acompañemos.

Darius ofreció un brazo a cada joven. Catalina, en un principio, se sintió reacia a tocar al hombre, pero no tenía más remedio si no quería levantar sospechas.

—¿Está disfrutando con la estancia? —le preguntó Margarita sin mirarla.

La mujer vestía totalmente de blanco, lo que hacía que su piel se viera especialmente pálida.

—Es un sitio muy bonito y tranquilo.

Margarita se enfrascó en un monólogo sobre su boda y los preparativos, y aunque Catalina la escuchaba, también iba pendiente del fuerte brazo que con disimulo le rozaba los pechos.

Darius no prestaba más atención que ella y, de vez en cuando, sus ojos grises acariciaban el delineado perfil de alabastro.

La muchacha era una preciosidad y sintió el imperioso deseo de tumbarla sobre el suelo y poseerla hasta hacer que gritara de pasión. Podía notar el ligero temblor en la mano que se apoyaba en su brazo, un temblor que provocaba su cercanía.

En el comedor, la mayoría de los sitios estaban ocupados, y Darius se detuvo para escoger el lugar donde pudiera tomar asiento con sus compañeras.

Divisó al marqués junto a su nieta. Miguel y Dionisio también los acompañaban. Sonrió con presunción al toparse con la fría mirada del hijastro de don Jaime. Supo en seguida que no le gustaba que la hermosa Ana Isabel estuviera en su compañía, pero iba a tener que soportarlo, al igual que él había aguantado muchos de sus desplantes.

—¡Ana Isabel! —la llamó el marqués, haciéndole una seña para que se sentara junto a ellos.

—Creo que la reclaman —susurró Darius en el oído de Catalina de forma tan provocativa que muchos de los asistentes comenzaron a murmurar—. Espero un baile suyo.

Catalina, con las mejillas enrojecidas —no por sus palabras ni por la manera en que la miraba, sino porque Miguel tenía centrada su atención en ella—, asintió. También observó el cuerpo rígido de su amiga, que no le quitaba el ojo de encima, con cara de preocupación.

Miguel le cedió el sitio, apartando la silla hacia atrás con elegancia. Catalina se lo agradeció con la mirada baja. No deseaba encontrarse con los ojos verdes que eran capaces de leer en lo más profundo de su mente.

Darius caminó junto a Margarita hasta acercarse lo más posible al duque de Alba, debía forjar una sólida amistad con el hombre para poder conseguir su propósito. Jacobo era la única persona que podía recomendarle como gobernador en las colonias. California era su principal objetivo, el lugar ideal para ensalzar su fortuna y para ser tratado como el mismísimo rey. Para ello contaba con el total apoyo de la egoísta, bella y presumida Margarita Roldán, que aspiraba a ser una gran dama. Un simple marquesado le quedaba pequeño.

Darius había disfrutado mucho al conocerla, entre otras cosas porque se la había arrebatado a Miguel, un hombre que atraía a las mujeres con una facilidad increíble. De hecho, y según observó durante la cena, el hijo del noble era incapaz de apartar los ojos de la bella pelirroja que se encontraba a su lado. También descubrió que la dama en cuestión le ignoraba deliberadamente, charlando y sonriendo de un modo peculiar con el comensal que tenía enfrente.

Era sumamente graciosa su forma de pestañear, y los primorosos mohines convertían su rostro en la delicia de muchos de los hombres allí reunidos. La mayoría ni siquiera tenía pensado acercarse, pues era pariente pobre de un marqués, sin títulos ni riquezas; pero pensando en un revolcón daban ganas de olvidarse por un momento de todo aquello.

—He oído que ha tenido un lamentable percance en su casa —le dijo el duque, reclamando su atención—. ¿Ha sido muy grave?

—Nada que no pueda solucionar —respondió lacónicamente.

—¿Está seguro, señor Heredia? ¿No volverá a subir los impuestos por ese pequeño contratiempo? —bromeó Jacobo, pasándose la servilleta sobre los labios.

El duque era un hombre de constitución fuerte y estatura media, y su cabello ya comenzaba a clarear en algunas zonas.

Darius soportó estoicamente todas las acusaciones de Jacobo, tratando de defenderse de la mejor manera posible. De buena gana le hubiese retado a duelo sólo por los silenciosos reproches que introducía en cada frase, en cambio, debía callar.

—¡Oh, por favor! —rogó Margarita con su sonrisa más hermosa y agitando su elaborado peinado de bucles dorados—, no hablen de negocios mientras degustamos estos magníficos manjares. —Miró a Darius, que mantenía el control de todos sus gestos con una copa de vino en su mano.

—De acuerdo, querida —respondió, y alzó su bebida en un silencioso brindis con el anfitrión.

Era muy difícil ganarse al duque mientras tuviera una amistad tan estrecha con los Savaedra; sin embargo, aquella noche estaba dispuesto a abordarle. Si el mismo Jacobo no lo soportaba, sería una buena excusa perderle de vista enviándolo a California. No veía el momento de instalarse en aquellas tierras y dirigirlas a su antojo.

En Segovia, aunque se había convertido en alguien poderoso, no dejaba de ser un simple peón a las órdenes de Madrid. Posiblemente en su nueva residencia también fuera así, pero con la distancia las cosas podían adquirir otro cariz. Allí los ataques de los piratas estaban a la orden del día, una buena excusa para apropiarse de riquezas y extorsionar más a los aldeanos.

## Capítulo XVII

—¡Espera, Ana Isabel! —Miguel la tomó del brazo antes de que pudiera abandonar el salón —. ¿Qué ocurre?

—Nada. Voy a cambiarme para el baile de máscaras —contestó Catalina con el mentón levantado, observando cómo los invitados abandonaban el salón con barullo.

Sabía que Miguel la estaba mirando fijamente, poniéndoselo mucho más difícil de lo que lo estaba siendo ya el ignorarlo y tratar de sonreír a otros.

—¿Es por eso por lo que no me diriges la palabra? —insistió.

Catalina apartó la mano que le transmitía tanto calor. Tenía un nudo en la garganta; tenerlo tan cerca y pensar que jamás volvería a sentir sus besos... Era mejor rechazarlo ahora, ya que luego no tendría ni el coraje ni el valor suficiente para hacerlo.

—Lo he pensado mejor, Miguel. No deberías hablar con el marqués sobre... nosotros.

Sus ojos verdes brillaron con furia durante unos segundos, y Catalina supo que no le habían gustado sus palabras.

—¿Te ha dicho algo?

—No. ¿Por qué? —mintió.

La verdad era que últimamente las mentiras fluían de su boca con una facilidad aterradora. Su vida entera era una cruel mentira.

—¿Has hablado con él?

—No —mintió él también.

Miguel podía hacerse el tonto, pero se daba perfecta cuenta de lo que estaba ocurriendo.

—No quiero conocer a nadie por el momento —prosiguió Catalina con el corazón en un puño —. Deberíamos esperar...

Miguel asintió para nada complacido.

—¿Hay otro? ¿Has conocido a alguien?

Catalina dudó, y acabó negando con la cabeza. Una cosa era hacer desistir a Miguel de su noviazgo, pero otra era producirle dolor. ¿No le había confesado que Margarita también le había dejado por otro? Sería un duro golpe para él que ocurriera lo mismo de nuevo.

Miguel la guió hasta un corredor desierto para acorralarla contra una de las paredes.

—¿Qué ocurre, Ana Isabel? Nunca te había visto así conmigo. ¿He hecho algo que no te haya gustado?

Deseó gritarle que no, que le amaba por encima de todas las cosas, que no quería apartarse de

su lado; pero no podía hacer eso.

—Te vas a prometer a tu sobrina, todo el mundo habla de ello. Si nos encontraran aquí solos...

—¿Crees que me importa?

Se acercó tanto a ella que Catalina pensó que la aplastaría contra el muro. Podía sentir su fuerza y su enojo.

—¡A mí sí me importa! —Apoyó las manos en el pecho de Miguel. ¡Qué duro era ese hombre! Trató de apartarlo, pero él no se movió ni un ápice—. El marqués me ha acogido como si fuera parte de la familia y... no quiero estropearlo.

Miguel levantó una de sus manos y la plantó en la pared, impidiendo que Catalina le esquivara.

—Veo que has hablado con mi padre. ¿Qué te ha dicho? Que te apartes de mí, ¿verdad? —preguntó con frialdad.

Catalina le miró, nerviosa. ¿Por qué Miguel siempre lo adivinaba todo?

—No quiere que hagas lo mismo que mi... —Se detuvo al darse cuenta de lo que había estado a punto de revelar—. Que su hija.

El hombre la observó con los ojos entornados.

—Estoy tratando de buscar una solución. Por favor, dame tiempo para que pueda convencerlo —le suplicó con voz dura.

—Él no va a querer. Soy una Expósito, pobre, sin nada.

Agitó la cabeza, evitando derramar lágrimas ante él; sin embargo, su rostro era la misma expresión del dolor, y Miguel, muy perceptivo, se dio cuenta en seguida.

—¿Te ha dicho él eso? —Ella se encogió de hombros con un suspiro—. Mi padre cederá —contestó, confiado—. Sólo tenemos que darle un poco de tiempo para que pueda entenderlo.

—¿Cuánto tiempo, Miguel? ¡No podemos estar ocultándonos de todos en todo momento!

El hombre se pasó la mano por la cabeza; su mal humor era palpable.

—Déjame hacer a mí, Ana Isabel. —Le cogió una mano y se la llevó al pecho, donde latía con fuerza su corazón—. Confía en mí.

—¿Y no le harás daño? El marqués no soportaría otra vez pasar por lo mismo, y yo no quiero que pierda otro hijo.

—Tú me amas. —Miguel no lo preguntó, sino que lo afirmó—. Yo también. Superaremos esto, y él no tendrá más remedio que aceptarlo. Todo va a salir bien. Presentaré a mi sobrina a los hombres más guapos y más ricos para que pueda escoger.

Los ojos dorados se abrieron como platos cuando esa idea penetró en su mente. Si Ana Isabel se enamoraba de alguien, el marqués quizá, sólo quizá, no se opondría a su elección. Tampoco era que eso solucionara mucho el problema; ella seguiría siendo una don nadie. Le había ofrecido su apellido, pero no debía olvidar que la única condición que le había impuesto era rechazar a Miguel. Por otro lado, no creía que Ana Isabel estuviese dispuesta a casarse todavía; es más, no podía pedirle eso por mucho que se quisieran. ¿Por qué no podía hacerse la fuerte y decirle que no le amaba? ¡No la creería nunca!

—Estoy hecha un lío —le confesó, relajando su cuerpo.

Miguel le rodeó la cintura con un brazo de acero y la acercó a su torso.

—Sé cómo te sientes, Ana Isabel. Tú no tienes la culpa de nada. —Posó sus ardientes labios sobre la frente lisa—. Mi padre te aceptará de una forma u otra.

Catalina se perdió en sus ojos verdes antes de ser besada con efusión. Olvidó por un momento que se hallaban en un pasillo, en una casa que no les pertenecía, y que en cualquier momento podrían ser sorprendidos.

Alzó sus manos para enredar los dedos en el grueso cabello negro, para profundizar aquel beso que lograba hacer estragos en su cuerpo.

Tal vez se hubiera criado en un orfanato y no conociera muchas cosas de la vida; sin embargo, no era tonta. Tenía plena conciencia de lo que suponía el acto de amor entre dos personas. *Rufos*, el perro vagabundo del centro, se lo había mostrado apareándose con la perra del cura, que tan sólo acudía los domingos. Sabía que existía una unión, que los cuerpos se ligaban convirtiéndose en uno solo. Había oído hablar a las demás chicas del centro; incluso una había mantenido relaciones sexuales con sólo catorce años, y nunca se había privado de explicar los detalles con detenimiento.

Claro que Catalina nunca había imaginado que tan sólo un beso fuera capaz de hacer que sus piernas temblaran, que adorara el cálido aliento del hombre sobre su boca, la ardiente lengua que jugaba y acariciaba la suya como si tratara de absorberla; una deliciosa sensación que fue despertando los rincones más secretos de su cuerpo, el cosquilleo de su vientre y la repentina humedad que cubría sus partes más íntimas.

Miguel la besaba como si fuera la cosa más importante de su vida, y ella disfrutó ante el roce de la fuerte mandíbula, de la presión de su abrazo.

Cuando el hombre se apartó ligeramente, ella jadeó buscando oxígeno, completamente desarmada ante él, sintiéndose desfallecer.

Su mente joven e inocente podía haber trazado otros planes para retener al hombre, para conseguir el consentimiento del marqués. De no existir Darius, las cosas hubieran sido diferente, pero a lo hecho pecho.

¿Y si se quedaba embarazada? ¿El marqués la aceptaría sabiendo que le daría otro nieto?

Mejor era esperar. Ése podría ser el último recurso, siempre y cuando Darius Sandoval, o Heredia, desapareciera de su vida.

Catalina miró al hombre con ojos ilusionados, las mejillas teñidas de rosa y los labios ligeramente entreabiertos. Miguel Savaedra era tan guapo, tan masculino, que quitaba el aliento.

—¿Lo harás por mí, Ana Isabel? ¿Me esperarás?

—¿Llevar nuestro amor en secreto hasta que el marqués acepte? —Al ver que Miguel asentía, ella también lo hizo—. Pero no hay que hacerle daño —le hizo prometer.

Catalina se colocó la máscara delante del espejo y observó, divertida, las largas plumas azules que la adornaban.

—¿No te reconozco! —chilló Ana Isabel, dando palmadas—. ¡Dame la mía!

Rebuscó sobre el banco donde habían apilado un montón de vestidos y accesorios. Clara la recogió del suelo al ver que se había caído tras el mueble.

—Por favor, esta noche quiero que os comportéis como las señoritas que sois, no podemos dejar al marqués en ridículo —les dijo, estirándose la falda violeta.

—Yo creo que en todo momento nos hemos apañado bien, ¿no? —dijo Ana Isabel ante el

espejo.

—La verdad es que lo habéis hecho muy bien. Estoy bastante satisfecha con vuestro trabajo, sobre todo con el de Ana Isabel —dijo, señalando a Catalina—. Ha demostrado que es obediente y ha aceptado muy bien las reglas de sociedad. —Hizo una pausa—. Esta noche será bastante diferente, el lugar es muy grande y todo permanece abierto a los invitados, incluidos los jardines. Por favor, no nos separemos, y de hacerlo, siempre deberéis ir acompañadas, sobre todo si salís al exterior.

—Que nos hayamos criado en un orfanato no significa que no tengamos buena educación. Las hermanas siempre se esmeraban en la limpieza, en la costura, y eran muy estrictas a la hora de sentarnos a la mesa. También nos advertían sobre los hombres y el pecado carnal. —Ana Isabel se encogió de hombros con una sonrisa. Clara había enrojecido considerablemente—. Nos sabemos los pecados capitales y los mandamientos. Incluso hay fragmentos de la Biblia que me aprendí enteros de tantos escucharlos.

—Yo pensaba que en esos sitios no se esmeraban mucho con los niños —dijo la mujer, taciturna.

—Muchos de los delincuentes que existen salen de centros de ese tipo, pero no todos los que nos hemos criado allí somos así.

«¿No?», pensó Catalina. Ellas mismas eran delincuentes al haber cambiado las identidades. Estaban engañando al marqués y a su hijo. ¿Se lo perdonarían cuando se enteraran? Porque lo más normal del mundo era que tarde o temprano se dieran cuenta. Por ejemplo, tendría que pedir la partida de nacimiento para poder casarse. ¿Cuál iba a pedir, la de Ana Isabel?

Catalina se volvió para mirarse en el espejo. Esa noche no iba a contraer matrimonio, de modo que ése no era el momento para pensarlo ni para ponerse nerviosa.

«A las doce en el laberinto.» Ésas habían sido las últimas palabras que Miguel le había susurrado en el oído antes de despedirse en el corredor. Y ahora estaba como loca por que dieran las doce.

Había decidido que esa vez no le diría a su amiga los planes que tenía con Miguel. Tampoco había tenido la oportunidad, ya que compartían el dormitorio con Clara y no se habían quedado solas en ningún momento.

Se entendían con la mirada o con muecas cuando Clara no podía verlas, pero ambas deseaban hablar sobre el alcalde de Segovia. Las dos debían intercambiar sus puntos de vista y pensar en futuras soluciones para no volver a quedarse a solas con él.

—Yo no quise decir... —La dama de compañía se mostró nerviosa.

—No te disculpes, Clara —la cortó Catalina, que giraba por la habitación, imaginando que estaba entre los fuertes brazos de Miguel.

Ansiaba sentir de nuevo sus besos, el cálido aliento que le había erizado la piel, la barbilla dura contra su boca blanda...

—Nos portaremos muy bien.

## Capítulo XVIII

Había mucha más gente deambulando por los alrededores de la residencia que en el interior. Desde los jardines, la música de la orquesta llegaba clara y limpia, y más de un invitado había continuado el baile en la plazoleta, donde la fuente lucía iluminada por dos antorchas, una a cada lado de la cabeza de la estatua.

Varios lacayos se encargaban de que las farolas mantuvieran su llama, y cuando nadie los veía, probaban algunas de las copas que los sirvientes transportaban en las bandejas.

El sonido de los grillos quedaba ahogado por la melodía y el chorro de agua que caía en el estanque con fuerza.

La entrada al laberinto estaba vacía, y Catalina salió de las sombras para penetrar entre las altas paredes naturales, vigilando que nadie la viera. Caminó despacio. Allí la luz era insuficiente y todo estaba envuelto en grandes y lustrosas zonas sombrías.

Miguel tenía que estar cerca. Por ese motivo, Catalina intentaba tranquilizarse, pero la oscuridad era aterradora. La música llegaba ahogada desde la lejanía y creía ver movimientos donde no los había; incluso el mismo viento golpeando las ramas la asustaba. Siempre había odiado la noche.

No quería llamarle porque podría haber cualquier otro invitado por allí. Tampoco se atrevió a adentrarse más allá de las dos primeras paredes de altos setos.

Se volvió asustada al oír unos suaves pasos a su espalda. La forma de un hombre se detuvo en la entrada, observándola fijamente. Catalina estaba en el claro de luz, mientras que el hombre se hallaba escudado en la espesa negrura.

—¿Miguel? —preguntó ella, caminando hacia atrás, hasta que las ramas del muro la detuvieron.

El sujeto se quedó parado y en silencio durante varios segundos, que a Catalina se le hicieron eternos. Tal y como había llegado se marchó, dejándola con el corazón latiendo a velocidades extremas.

Llevaba la máscara, pero ¿la habría reconocido?

—¿Ana Isabel! —Miguel se acercó a ella desde atrás y le tendió una mano. En seguida la notó alterada—. ¿Qué te pasa? —le preguntó, y le retiró el antifaz con cuidado.

—¿No has visto a ese hombre? —dijo Catalina, señalando el hueco vacío.

—¿Qué hombre?

Miguel caminó en aquella dirección y escrutó los alrededores.

—No parece que haya nadie. Seguramente sería algún invitado que vendría hacia aquí y, al verte, se ha dado la vuelta. No te preocupes, mi amor. —Volvió junto a ella y le tomó la mano—. ¡Estás helada! ¿Tienes frío?

Catalina negó, forzando una sonrisa. Ella no era ninguna cobarde; no podía asustarse tan fácilmente. No obstante, sabiendo que Darius estaba tan cerca, tenía miedo de todo.

—Estaba deseando verte —le dijo, echándole los brazos al cuello, de manera que tuvo que ponerse de puntillas.

Apretarse contra aquel amplio pecho era algo que, según había descubierto, le encantaba; sentir su calor y su fuerza. Jamás había tenido la sensación de estar tan protegida como cuando estaba entre aquellos brazos de hierro.

Miguel le rodeó la cintura y la besó con suavidad en los labios. Al principio, pretendió ser eso, suave, pero una vez que los cuerpos se apretaron las bocas ganaron fuerza, cobrando vida propia, y se enzarzaron en una silenciosa guerra de poderes.

—Vamos más adentro —susurró Miguel cuando por fin tuvo el valor de apartarse de ella. La guió, tomándola de la mano de nuevo, y caminaron como una pareja más de enamorados que contaban con la luna como único testigo de su encuentro secreto.

Catalina volvió a mirar con desconfianza por donde se había marchado el hombre y no vio nada. Miguel siguió su mirada y terminó por rodearle los hombros.

—No tendríamos que estar aquí. Dijimos que íbamos a ser discretos... —susurró ella.

—Pero tú lo deseabas tanto como yo, ¿verdad? —preguntó Miguel, deteniéndose de nuevo.

Catalina se sintió atrapada por sus ojos, que al brillar se oscurecieron, y asintió.

—Mi padre no viene por aquí durante la noche. En realidad, no lo hace mucha gente, a no ser que busque bastante intimidad.

—¿Intimidad para qué? ¿Quieres decir para besarse?

Miguel se encogió de hombros y le señaló un banco de piedra blanca. Se sentaron, y él se acomodó junto a ella con una sonrisa nerviosa.

—Algunos se besan, otros hacen más cosas. Hay quienes tienen encuentros furtivos con sus amantes.

—¿Aquí? ¿Tú crees que serían capaces de verse aquí con alguien mientras la esposa espera en el salón?

—La esposa y el marido de alguien. A ver si crees que sólo los hombres tienen amantes —le explicó.

—Lo que no entiendo es por qué se buscan amantes. Cuando te casas con alguien es porque lo quieres, ¿no? ¿Qué ocurre luego, que el amor desaparece, o...?

—Nada de eso. —Miguel negó con rotundidad—. No cuando el matrimonio no es de conveniencia ni por poderes. Si me casara con Catalina, seguramente eso es lo que ocurriría, que acabaría buscando a alguien.

—¿Por qué?

—La encuentro bonita, pero no es mi ideal de mujer. Podría ser mi mejor amiga, pero nunca podría amarla. En realidad, nunca podré amar a nadie como te amo a ti.

Catalina se puso colorada.

—¿Cómo sabes eso?

Le rozó la pierna con los dedos y, por un momento, los ojos dorados se clavaron en el bulto de

los pantalones de Miguel. Más roja que un tomate fijó la vista en algún lugar del alto seto, para que él no se diera cuenta de su reciente curiosidad.

—Nos conocemos desde hace muy poco.

—Un mes más o menos. No me hace falta conocerte más para saber que lo que siento por ti es especial. Es como la extraña sensación que tengo cuando veo el retrato de Noelia, la madre de Catalina. —La miró sabiendo que lo que le iba a decir podía ser una tontería, y su mirada se excusó—. Muchas veces me quedo mirando su imagen, preguntándome en qué pensaría, en si habría continuado con el mozo si hubiera sabido cuál iba a ser su final.

—Te preguntas cuál de los dos llevaba razón, si el marqués o ella.

—Indudablemente, mi padre —dijo con toda seguridad.

—¡Eso no se puede saber! Quizá Noelia no hubiera cambiando por nada a Cifuentes.

—Tienes una memoria muy buena. —La miró con las cejas ligeramente arqueadas—. Supongo que mi sobrina te lo habrá contado todo sobre ella.

—No creas. —Evitó mirarle al mentir, no quería que él se diera cuenta, ya que siempre la pillaba—. No recordaba mucho, el nombre y los apellidos, y lo que las hermanas pudieron sacarle ese día. Era muy pequeña para recordar.

¡Ojala no pudiera recordar!

Repentinamente, Miguel pasó una pierna al otro lado del banco y se quedó observando a Catalina a horcajadas sobre la fría piedra.

—¿Qué tal tu primer baile de máscaras? —le preguntó, acariciándole un mechón cobrizo.

—Divertido. Te puedo mirar sin que nadie sepa que soy yo.

Se mordió el labio inferior. Su mirada estaba fija en la boca del hombre. Era tan seductora; los labios carnosos, ardientes. Si no los hubiera probado aún, posiblemente no le habrían llamado la atención, pero ahora se moría por sentirlos sobre su boca.

Miguel sonrió, descubriendo lo que ella miraba, y se acercó, atrayéndola entre sus piernas. Catalina se amoldó a aquellos brazos y apoyó sin darse cuenta una de sus manos sobre las partes más íntimas de Miguel.

—¡Lo siento! —exclamó, ruborizada, apartando la mano.

Miguel la sostuvo por la muñeca y miró a Catalina con los ojos entornados. Muy despacio la volvió a poner en el mismo sitio de donde ella la había quitado.

La joven agradeció que no pudiera ver la vergüenza reflejada en su rostro debido a las sombras. Tampoco retiró la mano, y sus dedos presionaron con curiosidad el duro miembro del hombre.

Catalina fue consciente de que Miguel había dejado de respirar mientras sus ojos verdes la abrasaban a través de las oscuras pestañas. Se envalentonó, y con más expectación que deseo, liberó el miembro de los calzones. Ella lo miró fascinada. Era largo y grueso, de un suave tono crema más claro que la piel bronceada de Miguel.

—¿Te duele si te aprieto? —le preguntó, encerrando el músculo en su mano.

—No.

Miguel puso la mano sobre la suya y la guió en un movimiento ascendente y descendente.

—¿Te gusta? —preguntó ella, observándole con los ojos bien abiertos.

No podía ver muy bien sus facciones, pero el rostro estaba serio, más bien concentrado.

—Te deseo —le susurró, acariciando su mejilla con los labios.

La respiración de Miguel se había tornado ronca y áspera.

Catalina sintió el escalofrío que recorrió su cuerpo. Miguel la deseaba, y él era el hombre más guapo del mundo. Estaban entre las sombras, solos, porque estaban solos, ¿verdad?

Oyeron pasos acercándose por el pasillo del laberinto. Miguel le apartó la mano con suavidad y apoyó la frente contra la de ella, respirando trabajosamente.

—En otro momento —jadeó, tratando de controlar el reciente temblor de su cuerpo—. Te prometo que tu primera vez será especial. —Se acomodó las ropas con naturalidad.

Catalina se tensó, apretándose más contra él. No podía decirse que estuviera excitada; sin embargo, un extraño cosquilleo se había instalado bajo el vientre y le producía sensaciones placenteras desconocidas.

Una pareja que caminaba del brazo llegó hasta ellos. Catalina pensó que pasarían de largo, pero Margarita se detuvo ante ellos.

—Buenas noches —saludó la mujer, observándolos con ojos críticos.

El padre de la dama hizo un gesto con la cabeza a modo de saludo. El alguacil Roldán daba muestras de enojo, aunque lo disimuló con una sonrisa educada.

—Creo que la están buscando, Ana Isabel —le avisó la mujer, poniendo énfasis en su nombre.

Margarita clavó los ojos en Miguel, evaluándolo silenciosamente. Estudió su postura en el banco y la forma en que rodeaba la cintura de Catalina.

Miguel se puso en pie y tendió la mano a la muchacha sin dejar de observar al alguacil y a su hija.

—Gracias por buscarme —respondió Catalina, aferrándose a la fuerte mano del hombre.

—¡No he venido a buscarla! —se quejó Margarita—. Mi padre y yo hemos salido a pasear un poco. Este sitio está muy oscuro, y uno nunca sabe lo que se puede encontrar por aquí —dijo, mirándolos con recelo.

—Te agradecemos tu aviso, de todas formas —contestó Miguel—. Nosotros también hemos salido a pasear.

Catalina buscó en el hombre algo que le indicara que Margarita aún le seguía agradando, pero Miguel ni siquiera la miraba a ella, sino que observaba al alguacil con rostro frío.

—Será mejor que regresemos. Quizá Clara quiera algo de mí —dijo Catalina, rompiendo la tensión del momento.

—He oído que han tenido algunos problemas con los bandidos, alguacil. ¿Algo grave? —preguntó Miguel.

El hombre se enderezó y cuadró los hombros. No era tan alto como Miguel y por eso se mantuvo un tanto alejado.

—Esa gentuza volvió a asaltar la residencia del señor Heredia, pero ya tenemos una ligera idea de quiénes pueden ser los forajidos.

—¿Sí? —Miguel enarcó una ceja, dedicándole una cínica sonrisa—. Pero no es la primera vez que sucede. De continuar así...

—Hay muchas cosas que van a cambiar —respondió el hombre, tajante—. Para empezar, posiblemente Darius y Margarita se marchen en menos de un año.

Catalina sintió como si le quitaran un enorme peso de encima. Darius se iba. ¡Bien!

—¿Y cómo es eso? —preguntó Miguel, curioso. No se dio cuenta de que tensaba el brazo y con ello aplastaba la mano de Catalina.

La muchacha le miró intrigada, pero él seguía con la vista fija en el alguacil.

—Darius quiere presentarse para gobernador en las colonias. Está convencido de que saldrá elegido en las elecciones.

—¡Es la primera noticia que tengo! Debería alegrarme por ti, Margarita, pero no siento lo mismo por tu prometido. Creo que es un puesto demasiado alto para una persona como él.

—Lo que pasa es que nunca te ha caído bien porque te dejé por él. —La mujer hizo una mueca y le recorrió con la mirada de arriba abajo—. Pero parece ser que me has olvidado muy pronto. —Posó sus ojos cargados de desprecio sobre Catalina—. Es la novedad, querida.

—Pues entonces me aprovecharé de eso —contestó Catalina, fingiendo una sonrisa—. ¿Nos vamos, Miguel? No quiero que nadie se asuste.

Se despidieron y caminaron del brazo y en silencio hasta salir del laberinto. Cuando la luna los bañó con su luz, la joven buscó la seria mirada de Miguel.

—¿Qué ocurre? Debería alegrarte que el alcalde dejara su puesto.

Miguel ladeó la cabeza.

—Perderle de vista será un alivio. Pero gobernador... —Negó con la cabeza, desconfiado—. Ese hombre trama algo, y no debe ser muy bueno. El duque debería saber algo de esto. —Respiró el aire de la noche y le guiñó un ojo—. Ya te he dicho que me encanta ver cómo sufre.

—Pero lo estás provocando y puede ser un hombre muy peligroso.

—¿Darius, peligroso? —Negó, agitando la cabeza con rotundidad—. No, mi amor; ahí te confundes.

«Nada que haga Darius puede ser bueno», pensó Catalina, pero no dijo nada porque Miguel parecía sumido en sus pensamientos.

Darius había seguido a la hermosa Ana Isabel hasta el laberinto, intrigado por la forma en que ella trataba de ocultarse entre las sombras. Habría preferido que la joven no lo hubiera visto y cuando nombró a su enemigo más acérrimo se había marchado. Podía haberse sentido confuso, pero ya había adivinado que entre el hijo del marqués y la primita huérfana había algo más. Ahora lo había confirmado y tenía un buen as en la manga para luchar contra el hombre.

Posiblemente, al marqués no le gustara la relación, ya que el fuerte rumor de que Miguel se casaría con Catalina había corrido como la pólvora.

Miguel siempre había tenido muy buen gusto con las mujeres, y esa belleza pelirroja era un tierno manjar para cualquier hombre; un tierno bocado que él estaba dispuesto a probar. Ya no sólo era por la exquisita pieza, sino por el hecho de dañar a Miguel robándole una segunda mujer.

No podía sentirse más feliz con su plan. Bueno, podría serlo más si tuviera manera de demostrar que el de Savaedra era uno de los asaltantes de su casa y de todos los robos cometidos contra su persona, pero no tenía modo de probarlo. La última noche en cuestión, Miguel se dejó ver por la fiesta de doña Juana, por lo que tenía una perfecta coartada.

Darius habría puesto la mano en el fuego y creía firmemente que no se hubiera quemado. Estaba convencido de que tanto el de Domínguez como el mismo Miguel estaban involucrados en todo, y que su única intención era echarlo de la alcaldía.

Ahora eso ya no le preocupaba tanto. Todo dependía de que el duque de Alba le ayudara a

escalar los puestos hasta el alto escalafón y consiguiera que le nombrara gobernador. Eso, y hacer desaparecer a Catalina; ella era la única que podía arruinar sus planes.

De momento, la joven se mantenía en silencio. Quizá por miedo. ¡Ojalá fuera por eso!, porque de ese modo la tendría callada de por vida.

Esperó un buen rato cerca de la entrada del laberinto y se retiró en silencio cuando su prometida y su futuro suegro entraron a pasear.

## Capítulo XIX

—¿Y usted no baila?

Ana Isabel estaba sentada sobre una elegante silla en compañía de varias damas y alzó la cabeza cuando Dionisio se paró ante ella con una sonrisa. El resto de las féminas guardaron silencio repentinamente y observaron al hombre con tontas risitas.

—No se me da bien —contestó ella, apartándose la máscara del rostro.

El objeto era demasiado incómodo. Unas brillantes piedras rozaban continuamente una de sus mejillas y le habían producido un leve sarpullido.

—Probemos —dijo él, extendiendo una mano.

Con bastante inseguridad, la muchacha la aceptó.

Estaba aburrida de estar sentada en aquel rincón donde las mujeres esperaban que algún caballero se dignara sacarlas a bailar. Ana Isabel se había unido a ellas, rezando por que nadie se le acercara. Quizá Catalina se hubiera adaptado muy bien a aquella clase de vida, pero a ella no le pertenecía. Le gustaban los lujos y las comodidades, eso no lo podía negar; sin embargo, hubiera dado cualquier cosa por poder retirarse a su habitación sin tener que soportar las conversaciones falsas y triviales, los halagos masculinos que a veces carecían de fundamento, las sonrisas fingidas.

—De verdad que no se me da muy bien —insistió, dejándose arrastrar hasta la pista de baile.

Dionisio la llevó cerca de las puertas dobles que accedían al jardín. Allí corría el aire de manera agradable.

—Yo tampoco soy muy diestro en esto —contestó, rodeándole la cintura con un brazo y sosteniendo la delicada mano en la suya.

Ana Isabel se dejó llevar. Ni siquiera sabía cómo estaba dando los pasos y llegó un momento en que imaginó que ambos estaban haciendo el ridículo. Si a Dionisio no le importaba, a ella tampoco.

—Y dígame, ¿cómo era el sitio donde se crió?

Ana Isabel le miró con los ojos entornados. Se suponía que sólo unos cuantos sabían algo de su procedencia. El marqués se había encargado de difundir la farsa ante todos; pero claro, Dionisio era el mejor amigo de Miguel y seguramente a él no se le había ocultado la historia.

—¿Y qué es lo que quiere saber? —le preguntó en medio de un giro.

Se había dejado la máscara sobre la silla y era una de las pocas mujeres que iban al descubierto.

Él se encogió de hombros y sonrió, divertido. Las pequeñas arrugas que se le formaron en la comisura de la boca lo volvieron aún más atractivo.

—Sólo pretendo entablar conversación —le dijo con sinceridad—. Además tengo curiosidad por saber si las monjas realmente son tan estrictas como dicen.

—Lo son más —contestó ella, encogiéndose de hombros—. La verdad es que no les tengo el afecto que debería y que tampoco las considero de mi familia. Si tuviera poder suficiente, desde luego cambiaría bastantes cosas.

—¿Sí? ¿Cuáles?

—Pondría otros métodos de enseñanza, menos rectos y no tan básicos. En el centro se enseña a leer y a escribir, pero no le dan mucha importancia a otras cosas. Los uniformes son viejos, pasan de una niña a otra, hasta convertirse en trapos desgastados. La comida es insulsa; las explicaciones, escasas. Eso sí, debo decir que los castigos se llevan a rajatabla.

—¿Fue feliz alguna vez allí?

Ana Isabel se lo pensó, recorriendo la mirada por el salón mientras su mente buscaba los gratos recuerdos. Acabó negando con la cabeza.

—Siempre se echa de menos una familia: un abuelo que comprenda qué es lo que te gusta, una hermana que te apoye en todo. Ahora tengo eso.

—Pero ¿es feliz? —insistió con un deje de compasión.

La pieza se detuvo, pero ellos siguieron bailando, ajenos a las divertidas miradas que los invitados más cercanos les dedicaban.

—Ahora me acerco bastante a la felicidad, pero no estoy segura de que sea esto lo que quiero. No me siento cómoda con tanta gente. Al menos he descubierto que me gusta pintar. —Se encogió de hombros—. Lástima que jamás podré triunfar en ello.

—¿Por qué? ¿A mí me encantan los óleos! Hay muchos pintores famosos...

—Sí —lo interrumpió ella—, pero ¿cuántos son mujeres?

—Cierto; es injusto. ¿No está lleno el mundo de injusticias y siempre hay quien lucha contra ellas?

—¿Usted lucha contra las injusticias?

Dionisio negó con la cabeza.

—Ya decía yo —prosiguió Ana Isabel. La música había vuelto a empezar—. ¿Y por qué? ¿Por la educación?

—Digamos que sí —contestó él sin querer entrar en detalles.

—Es de los que acatan las órdenes que se imponen en la sociedad.

La joven torció el gesto con disgusto. Los ojos de Dionisio se oscurecieron, y Ana Isabel creyó que iba a contestar algo. Le miró extrañada cuando no lo hizo.

—Mi abuelo quiere que me case con Miguel —le soltó de golpe.

Esa vez pararon cuando la música dejó de sonar, y el hombre la tomó del codo para conducirla hasta la silla donde la había encontrado.

—¿Y usted lo acepta? —le preguntó.

—¿Puedo hacer otra cosa?

—Siempre hay elección —respondió con tono seco.

Ana Isabel percibió el repentino cambio que se había dado en el hombre. Su sonrisa se había transformado en un rictus amargo y sus ojos brillaban con enojo. No deseaba verle así. Ya no

parecía el hombre agradable que había paseado con ella y Miguel aquella tarde.

Pero entonces descubrió el motivo. El alcalde se acercaba.

—Catalina, ¿me permitiría el siguiente baile?

Ana Isabel sintió ganas de vomitar encima de él cuando la tomó delicadamente del brazo.

—Estaba a punto de mostrarle los jardines y lo bellos que se ven a la luz de la luna —contestó Dionisio, mintiendo descaradamente—. La señorita Savaedra me estaba diciendo que se siente algo mareada —dijo, y volvió a tomarla del codo, apartándola del alcalde, para llevarla al exterior.

—No creo que a ese hombre le guste la forma en que me ha apartado de él —dijo Ana Isabel, feliz de no tener que bailar con él.

—A Heredia nunca le gusta nada —contestó Dionisio, lacónico—. Que le den.

—¿Que le den? ¿El qué?

Dionisio la observó con una sonrisa.

—Es una forma de hablar sin que parezca grosero. No pienso decir las palabras exactas ante usted.

—¿Cree que no podré tolerarlo? —rió ella, divertida por primera vez aquella noche—. Que haya estado en un orfanato lleno de monjas no significa que no haya escuchado todas las palabrotas que existen.

Él la miró con sorpresa. Ana Isabel tenía una sonrisa encantadora.

—Apuesto a que no todas.

—Ponme a prueba —le dijo, tuteándolo.

Habían llegado al jardín y se habían detenido ante la fuente. Un lacayo se acercó con una bandeja, y Dionisio cogió dos copas; le entregó una.

—A ver... Sé decir tonto, imbécil, bastardo, hijo de mala madre, cabrón, vete a tomar por el...

—¡Basta, basta! —Dionisio la calló colocando la fuerte mano sobre su boca, y ella soltó una carcajada—. Ya veo que las sabe todas. Ha logrado ponerme colorado.

—¡Mentiroso!

—No, es verdad.

¿Estaba tonteando con ella? Ana Isabel se sintió halagada. Disfrutaba de la compañía de Dionisio más de lo que habría imaginado.

—¿Por qué no te gusta el alcalde? —le preguntó, curiosa.

—Es un hombre odioso —respondió, bebiendo un sorbo—. ¡Un ladrón, estafador de gente inocente! Yo le aconsejaría que se mantuviera alejada de él.

—No hace falta que me lo digas —asintió ella—. Sé reconocer a las malas personas. —Con respecto a Darius no era que lo reconociera; el hombre se había mostrado amable con ella, pero conocía su secreto—. ¿Por qué no dejas de tratarme de usted? Yo ya lo he hecho.

—Lo sé, pero no estaría bien.

—¿Y cuando estemos solos como ahora? El marqués no se va a enterar.

—De acuerdo. Me sorprendes, Catalina.

—¿Por qué? —preguntó, arqueando las cejas.

— No sé decirte. He conocido a otras jóvenes de tu edad y sus cabezas están llenas de pajaritos; sin embargo, contigo soy capaz de llevar una conversación madura y lógica.

—Que yo sepa jurar hasta en hebreo no significa nada.

—No me refería a eso.

—Lo sé; estaba bromeando. Siempre me han dicho que aparento tener más edad de la que realmente tengo.

Se encogió de hombros, odiándose a sí misma por mentir a Dionisio. Ese hombre le empezaba a gustar; por lo menos, se sentía muy a gusto a su lado.

—¿Por qué no te casas?

—¡Ah, no, no! —Hizo unos gestos con las manos, como si estuviera apartando alguna extraña maldición de él—. Todavía no ha llegado mi hora.

—¡Ni que fueras a morirte por casarte!

—Nunca se sabe —rió él. Luego se puso más serio—. Mi familia estaría encantada y con seguridad en algún momento de mi vida tendré que planteármelo al menos.

—Lo dices como si fuera una obligación.

—¿Y no lo es? Llevar las riendas de una familia, tener una esposa para colmarla de seguridad, por no hablar de estabilidad económica, hijos...

Agitó la cabeza, fingiendo sentir terror, y la joven volvió a reír ante sus muecas.

—Tienes miedo de perder tu libertad —le dijo entre risas.

Él asintió, animado. Muy cerca de ellos pasaron el alguacil Roldán y su hija Margarita, pero estaban tan enfrascados en su conversación que no repararon en ellos.

—Ella es muy bonita. ¿Por qué se va a casar con un hombre como el alcalde? —le preguntó a Dionisio. Éste se encogió de hombros.

—Mejor así. No soportaba ver a Miguel cerca de esa arpía aprovechada.

—No lo parece.

—No la conoces bien. —Dionisio dejó su copa junto a un grueso tronco de un árbol—. Vamos a pasear.

## Capítulo XX

Catalina corrió detrás de la pelota, subiéndose las faldas con una mano. No terminaba muy bien de entender las reglas del juego y lo único que hacía era seguir a las demás mujeres, que soltaban agudos chillidos cada vez que la pequeña bola pasaba junto a ellas.

Llegó un momento en que, agotada, descansó contra el tronco de un árbol.

—¿Cansada ya? —le preguntó Miguel, acercándose con zancadas largas y un vaso de fresca limonada en la mano.

Catalina asintió al mismo tiempo que aceptaba la bebida y vaciaba el vaso de un solo trago.

El sol apretaba con fuerza, y aunque jugaban en la sombra, el aire ni siquiera movía las hojas de las ramas.

—Estaba seca —jadeó con una sonrisa. Sus ojos dorados se toparon con los del marqués, que observaba entre el público el juego de las damas—. Tu padre nos está mirando —le dijo sin mover los labios.

Miguel solemnemente recogió el vaso y, con un travieso guiño, se apartó de ella.

Catalina creyó ver que el marqués agitaba la cabeza con disgusto antes de abandonar el grupo. Olvidando el juego, salió tras de él y le alcanzó cuando llegaba ante las puertas dobles de la residencia.

La relación entre ella y el hombre había cambiado radicalmente. De hecho, Catalina le evitaba siempre que podía.

—Don Jaime —le llamó, llegando a su misma altura—, ¿sabe dónde está Catalina?

El hombre se volvió hacia ella. Su rostro aún seguía enojado.

—La vi escabulléndose hacia el pequeño parque que linda con el muro. Llevaba el caballete y esas cosas que utiliza tanto.

—¿Las palas?

—¡Ajá!

—Entonces, voy a buscarla.

Estaba volviéndose cuando el hombre la detuvo poniéndole una mano en el codo.

—¿Has hablado con Miguel?

—Sí —asintió Catalina—. Creo que lo entendió. —Se encogió de hombros—. No se me ha vuelto a declarar —mintió, deseosa de marcharse de allí.

Su corazón golpeó tan fuerte que pensó que el marqués se daría cuenta y comprendería que le mentía. El hombre asintió, confiado, y se marchó a la casa.

Catalina caminó hacia el parque con paso lento. Tan sólo una pequeña brisa meciendo las hojas de los árboles rompía el silencio del hermoso lugar. Estaba vacío, a pesar de ser un sitio con abundantes sombras que cobijaban bancos de piedra.

Observó el lugar con los ojos entornados; sin duda, era uno de los sitios más bonitos y apacibles que había visto nunca. Un extenso pinar que colindaba con el parque cubría la falda de la montaña y lo inundaba todo con su aroma a resina y piñas. Desde luego, era el paisaje ideal para que alguien como Ana Isabel tratara de plasmarlo en un lienzo.

Recorrió el parque dos veces sin hallar a su amiga. Dio la última vuelta con prisa. Tenía el presentimiento de que estaba siendo observada. Por más que miró hacia atrás o se inclinó para observar entre los troncos de los árboles no se topó con nadie, pero la extraña sensación de no estar sola perduró durante la búsqueda.

Dos horas después le pidió ayuda a Miguel. A cada minuto que pasaba crecía su preocupación por Ana Isabel, y eso que varios invitados más se habían unido tratando de encontrarla. Nadie la había visto y lo más extraño de todo era que debía andar con caballete, lienzo y toda la parafernalia. ¿Cómo no dar con una persona con tantos trastos? ¿Se habría ido más lejos?

Dudaba de que su amiga estuviera fuera de los límites de la finca y un mal presentimiento se aferró con fuerza a la boca de su estómago. ¿Y si estaba en peligro?

—Tranquila; estará tan entretenida pintando que no se habrá dado cuenta de lo tarde que es — le dijo Miguel con voz calmada.

Si él hubiese sabido lo mismo que ella, no habría estado tan sereno.

Nerviosa y angustiada, volvió de nuevo al parque. Esa vez escrutó bien el lugar y se arrimó al borde, un terraplén bastante peligroso por tener una pendiente demasiado inclinada. Luego, había una subida empinada y el pinar.

—¡No se acerque tanto! —gritó Darius Heredia, llegando hasta ella.

Catalina dio un pequeño brinco por la sorpresa y le miró tragando con dificultad.

—¿Ha visto a mi amiga? —le preguntó, tratando de mirar por la cuesta al mismo tiempo que lo vigilaba para que no se le acercara.

—No la he visto hoy. Por favor —dijo, y en dos zancadas la cogió del brazo y la atrajo contra él—, eso es peligroso; no te acerques más.

Al notar el cuerpo de Darius pegado al suyo, Catalina sintió tanta repulsión que deseó abofetearle por atreverse a tocarla. Se retiró, alejándose de él. La mirada del hombre le recordó la del sujeto de la posada el día en que viajaron a Fuentidueña.

—El duque ha formado junto al marqués varias partidas de búsqueda. —Le tendió el brazo—. Déjame que te acompañe.

—¡No! —Ella se apartó un poco más—. Seguiré buscando por mi cuenta.

—Yo te acompañaré —insistió con una lasciva sonrisa en sus delgados labios.

Catalina miró con prisa a su alrededor. Varias personas caminaban ahora por el lugar, deambulando en busca de Ana Isabel.

—Vamos. —Darius la tomó de la mano, obligándola a caminar junto a él—. Podemos acercarnos hasta las caballerizas.

Catalina volvió a mirar hacia atrás, rogando para que apareciera el marqués, o Miguel, o incluso el mismo Dionisio. Cualquiera de ellos serviría para poder excusarse y apartarse de aquel hombre, de quien tenía la fuerte sospecha de que sabía dónde estaba su amiga.

«¡Que esté bien!», rogaba una y otra vez, dejándose llevar por el hombre.

Le miraba de reojo, estudiando su semblante. Ya no le parecía tan grande como cuando era chiquita. Le temía, pero no sentía esa amenaza constante cada vez que veía su cara.

De todos modos, tampoco era tonta y se había dado perfecta cuenta de que el hombre ahora la tuteaba. ¿Y si tenía a Ani y ésta le había contado quién era ella en realidad? ¡No! Ana Isabel nunca haría una cosa así. Ella era su hermana mayor, la persona que siempre la había protegido, la niña que la había consolado y la había ayudado a enfrentarse a sus pesadillas, la que en más de una ocasión había revisado los huecos de los armarios buscando al ogro de sus sueños.

Un mozo de cuadra vestido con una camisa blanca y unos pantalones bombachos los interceptó en el camino.

—Estamos buscando a una amiga —le dijo Darius, enderezándose ante el hombre.

—La señorita Catalina Cifuentes —terminó de decir la muchacha.

Darius se volvió repentinamente hacia ella y la observó con el cejo fruncido.

—¿Cómo has dicho?

—Aquí no hay nadie. —El mozo se puso las manos en las caderas y pareció que su mirada buscaba a alguien—. El duque ha pedido que le ensillemos varios caballos, por lo que saldrán en breve en busca de su amiga. ¡Allí vienen!

Catalina y Darius se volvieron a observar. El mismo Jacobo abría la marcha seguido de Miguel, Dionisio y varios hombres más.

Catalina logró soltarse del hombre y, levantándose ligeramente la falda, corrió hacia Miguel.

—La encontraréis, ¿verdad?

—No puede estar muy lejos —contestó con voz firme.

Seguramente la había visto en compañía de Darius y estaba enojado por ello. No podía culparlo, pero Miguel tenía que tener más confianza en ella. No era Margarita Roldán. Además, ahora tampoco era el momento apropiado para tener celos. Ana Isabel había desaparecido y las sospechas de Catalina eran terriblemente inquietantes.

—No sé por dónde seguir buscando —le dijo con los ojos anegados de lágrimas por la preocupación.

Miguel se detuvo ante ella y le acarició levemente la mejilla.

—Va a salir todo bien. Te acompaño hasta la casa. No soporto que ese sujeto esté cerca de ti —siseó en su oído.

—Apareció de improviso —le explicó—. Miguel —le reclamó con suavidad, señalando el profundo terraplén—, ¿y si se ha caído por ahí? Antes traté de mirar, pero el alcalde no me dejó acercarme.

—No me extraña. Ese lugar es peligroso. La pendiente acaba en un foso lleno de rocas. Quédate aquí, ya me acerco a mirar yo.

Catalina se pasó la lengua sobre los labios resecos y asintió.

Le vio acercarse, y después de sujetarse con una mano a la rama de un arbusto, Miguel desapareció ante sus ojos. Aguantó la respiración sin darse cuenta y por fin soltó el aliento cuando apareció de nuevo.

—¿Has visto algo?

—Avisa al duque. ¡Corre!

Catalina nunca olvidaría una mirada tan cargada de pena como la que tenía Miguel en aquel

momento. Al escucharle se lanzó a la carrera con el corazón a punto de estallar, pensando lo peor.

—¿Está allí tu amiga? —preguntó Darius, que seguía en las caballerizas esperando a que el mozo le dedicara un minuto de su ajetreado tiempo.

Catalina se encogió de hombros sin que pudiera dar una respuesta correcta. Pero ¿acaso él no lo sabía?

Se imaginó a su amiga igual que a Noelia, muerta, fría, en un oscuro agujero.

—Espero que no —le contestó con un hilo de voz.

Deseaba con todas sus fuerzas que Miguel se hubiera confundido, o que no se tratara de Ana Isabel. Corrió hasta Dionisio, que acababa de montar y se disponía a partir.

—¿Estás bien? —susurró Catalina, cogiendo fuertemente la mano de Ana Isabel.

La joven asintió, presionando sobre la mano, y Catalina supo que le quería decir algo. Eran muchas las personas concentradas en el dormitorio, entre ellas el marqués, que aún tenía el rostro lívido de preocupación.

Ana Isabel se hallaba recostada en la cama, con la espalda incorporada sobre un par de mullidos cojines. Su rostro presentaba una serie de arañazos producidos seguramente por ramas y piedras durante la caída. Le habían colocado un camisón y la habían obligado a acostarse.

—No me he caído. Estaba admirando el paisaje cuando he notado que alguien me empujaba —le contó en un susurro.

—¿Que te han empujado? —preguntó Clara con voz chillona—. ¿Estás segura?

—¿Has podido ver a alguien? —la interrogó el marqués, mirándola inquieto.

Ana Isabel negó con la cabeza. Su mano seguía apretando con fuerza la de Catalina.

—¿Y si regresamos a casa? —insistió Clara sin comprender realmente el alcance de lo que estaba pasando.

Catalina estuvo de acuerdo con la mujer.

—Deberíamos volver. Allí se recuperará en seguida.

—¿Nadie vio nada? —Miguel frunció el cejo, pensativo, observando con atención a la muchacha tendida en la cama—. Alguien tuvo que ver algo.

Ana Isabel negó, moviendo apenas la cabeza.

—La señorita Clara tiene razón —insistió Catalina. Por suerte la caída de Ana Isabel no había producido muchos daños; arañazos y una muñeca vendada hasta el codo—. Si volviéramos a casa...

—El doctor no quiere que se levante en unos días por si acaso se le ha pasado algo por alto. Es una suerte que ese hombre estuviera alojado aquí, de otro modo habríamos tenido que ir a buscar al barbero de la aldea —explicó el marqués.

El doctor que había atendido a Ana Isabel era íntimo amigo del duque de Alba y, en efecto, habían sido muy afortunados por tenerle entre los invitados.

El barbero de la aldea también atendía a los enfermos, aparte de otras muchas cosas. Por ese motivo, la mayoría de las veces llegaba tarde a los avisos, o simplemente no llegaba; eso cuando lograban encontrarlo.

—Pero ¿quién ha podido ser? —siguió preguntando Clara con las manos en la cabeza—. ¿No

ha podido tratarse de un accidente? ¿Que hayas resbalado...?

—He notado el empujón. —Ana Isabel clavó la vista en Catalina—. No le he oído llegar, pero aún puedo sentir las manos en mi espalda.

—¿Y esa persona no dijo nada?

El marqués parecía querer asimilarlo. Su rostro era un cuadro de emociones.

—¡No entiendo que alguien quiera hacerle daño! —dijo Clara—. De ser así podría volver a intentarlo.

—Es cierto —contestó Catalina—. No puede ser tan malo llevarla a casa. Puede ir recostada en el coche.

—Será mejor que obedezcamos al doctor —afirmó Miguel—. ¿Qué puede pasar por un par de días más?

—¡Esto no puede quedar así! —murmuró el anciano, sentándose en un sillón de brazos altos—. En cuanto Catalina pueda moverse, nos marchamos —anunció, observando a Miguel.

—Voy a hablar con Jacobo. Tienes razón, esto no se puede quedar así.

Miguel cruzó una rápida mirada con Catalina antes de abandonar el dormitorio. El anciano esperó a que todos, excepto Catalina y Ana Isabel, salieran.

—¿Piensas que ha podido ser ese hombre? —le preguntó, sorprendiendo a Catalina.

Catalina se tensó, observando a su abuelo y a su amiga. ¿Qué sabría el marqués?

—No estoy segura —contestó Ana Isabel, mirando a Catalina con fijeza.

—¿Tú también sabes quién es? —le preguntó el anciano a ella.

—No sé de qué están hablando —contestó ella, fingiendo no entender.

El hombre asintió, sin creerla en ningún momento, y se dirigió a Ana Isabel.

—¿Está ese hombre aquí? —le dijo—. ¿Por qué, ¡maldita sea!, no me cuentas de una vez quién es?

—No puedo —contestó, cerrando los ojos.

—Por favor, déjela descansar —le rogó Catalina, que sentada sobre la cama de Ana Isabel le acariciaba los cabellos castaños.

## Capítulo XXI

Durante las siguientes horas, Ana Isabel recibió varias visitas, que se acercaron al dormitorio para seguir su convalecencia. El rumor de que no había sido un accidente se extendió entre los asistentes.

Registraron la propiedad en busca de alguien extraño que pudiera haberse colado en la residencia, pero no hallaron nada.

Catalina abandonó el dormitorio con la intención de recoger la comida y acompañar a Ana Isabel. Miguel la estaba esperando en el corredor.

—¿Podemos hablar un momento? —le dijo con voz preocupante.

Sin esperar respuesta, la condujo hacia una enorme biblioteca y se aseguró de cerrar las puertas.

Dorados rayos de sol penetraban por las ventanas de la estancia, jugando con diminutas motas de polvo que sólo eran visibles a contraluz. Los muebles de madera oscura brillaban pulcramente.

Catalina se detuvo para mirarle, extrañada.

—¿Por qué pensabas que podía haber caído por el terraplén? —le preguntó, volviéndose hacia ella.

Sus ojos verdes eran indescifrables y su rostro una máscara seria.

Ella entreabrió los labios con sorpresa, sin entender a qué se refería. ¿Acaso Miguel pensaba que ella misma había empujado a su amiga?

—¿Crees que fui yo? —le preguntó con ojos desorbitados.

—Yo no he dicho eso.

Miguel se paseó ante ella, frotándose el rostro con fuerza. Se había quitado la chaqueta y el pañuelo de seda que llevaba al cuello se había desatado y colgaba sobre sus anchos hombros.

—¿Por qué sabías que había podido ocurrirle algo? —le interrogó.

Catalina se mordió la lengua con fuerza para no gritar todo lo que le venía a la mente en aquel momento.

—¡Sólo estaba buscándola! El marqués me había dicho que estaba pintando en el parque. Ha sido un mal presentimiento.

¿La creería Miguel? Por su cara no podía saber lo que estaba pensando. Se sintió muy dolida.

—Sospechas de mí, ¿verdad?

—No es eso —negó, por fin—. Es muy extraño que alguien quisiera hacer daño a Catalina. Ella no conoce a nadie por aquí.

—Claro; si ella hubiera muerto, tú ya no te verías obligado a casarte y yo te habría hecho un favor. ¡No puedo creer que pienses que yo he hecho algo tan horrible contra ella! ¡Estás confundido! ¡Es mi hermana, y jamás dejaría que le pasara algo!

La pena de sentirse acusada por el hombre que amaba y la certeza de que el alcalde podría haber cumplido su cometido la llenaron de ira, y sus ojos dorados brillaron con fuerza.

—Catalina no es tu hermana, y no he dicho eso —volvió a repetir, queriendo cogerle una mano.

Ella se apartó de él, enfadada.

—¡No me toques! —le dijo entre lágrimas—. Si encuentras pruebas de lo que dices, házmelo saber.

Quiso salir de allí pero Miguel se había colocado entre ella y la puerta impidiéndole el paso.

—Escúchame, Ana Isabel...

—¡No! —Le apartó la mano cuando quiso cogérsela de nuevo—. No esperaba eso de ti, Miguel —susurró—. Buscaré al culpable y...

—¡No harás nada de eso! —Miguel apoyó la espalda contra la puerta, soltando un largo suspiro—. ¿Sospechas de alguien?

¡Pues claro! Pero ¿de qué serviría sin pruebas? ¿Cómo decírselo sin que se descubriera su mentira?

Negó con la cabeza y se limpió los ojos con el dorso de la mano. Sin darse cuenta había comenzado a llorar, posiblemente debido a los nervios por lo ocurrido.

—¿Por qué me da la impresión de que mientes? —insistió él—. ¿Hay alguien que os ha amenazado...?

—¿Por qué no investigas quién podría salir ganando con su muerte?, aparte de mí... —le interrumpió, alzando la voz.

—Porque si fuera un tema de herencia el único que ganaría con ello sería yo, que me quedaría con todo el marquesado.

Catalina se colocó las manos en las caderas y se enfrentó a él, aunque tuviera que alzar la cabeza para mirarle a los ojos.

—¿Y qué pasa con el viudo? —Le vio fruncir el cejo, confundido—. El marido de Noelia. Si Catalina muriera, ¿no deberías compartir la herencia con ese hombre? No entiendo mucho, pero legalmente le pertenecería, ¿no?

Miguel se sorprendió.

—De ser así la habría reclamado hace mucho tiempo.

—Supón que creía que el marqués había desheredado a Noelia; pero ahora tu padre ha admitido ante mucha gente que eso no llegó a ocurrir.

—Hay algo que me ocultas y no puedo entender qué es —dijo más para él que para ella.

—Porque te has empeñado en echarme las culpas —le contestó, furiosa—. Busca al padrastro de Catalina. Estoy segura de que descubrirás cosas muy interesantes de las que ni tú ni el marqués sois conscientes, aunque quizá —dijo, e hizo una pausa a propósito para dar más énfasis a sus últimas palabras— no estéis preparados para la verdad. Déjame salir, Miguel.

—¿Cuál es la verdad?

Ambos se miraron fijamente, en silencio. Catalina no iba a contestarle, y él lo supo.

—Te lo diré de otro modo. ¿Está mi sobrina en peligro?

—Sí, lo está. Y es por eso por lo que debemos marcharnos de aquí cuanto antes.

Miguel soltó un gruñido a causa de las dudas. No sabía qué pensar sobre lo ocurrido, y su rostro transmitía perplejidad.

—Es que no soy capaz de entenderlo. —Abrió y cerró las palmas de las manos como si los músculos se le hubieran quedado fríos—. ¿Estás tratando de decir que el... padrastro de Catalina bien podría querer hacerle daño? —Ella asintió—. Pero entonces, ¿ese hombre está aquí?

Catalina tragó con dificultad, sabiendo que había dicho más de lo que debía. Lo último que deseaba era poner a Miguel en peligro, aunque en ese momento estuviera enfadada y decepcionada con él. Porque lo estaba. Tan sólo unas horas antes se habían estado besando y ahora la había acusado de intentar contra Ana Isabel.

No sabía cómo, pero debía solucionar eso. No podía dejar que su amiga cargara con las consecuencias, y Darius no dudaría en rematar lo que había empezado. Si algo le pasaba a Ana Isabel, la única culpable de todo sería ella.

Si decía la verdad, ¿qué posibilidades habría de que él la creyera? Si era cierto que Darius sabía que Noelia aún mantenía su fortuna, ¿dudaría el hombre en volver a asesinar para quedarse con todo? Viéndolo desde ese punto de vista, hasta el mismo marqués corría peligro. ¿Cuáles serían las consecuencias por callar?

—¿Está ese hombre aquí? —repitió Miguel.

—No lo sé.

Catalina se encogió de hombros, aparentando una tranquilidad que no sentía. Miguel, por el contrario, parecía más nervioso a medida que pasaban los minutos.

—Pero te puedo asegurar que si yo tuviera algo en contra de mi hermana —volvió a repetir la palabra adrede— habría zanjado el asunto en el mismo centro. Me ofende que pienses que te he enamorado por algún motivo que no sea amor —dijo con la voz temblorosa.

—Tienes razón, Ana Isabel. Perdona. —La cogió por los hombros, pero ella se volvió a apartar.

¿Por qué había hecho una promesa que quemaba su lengua y que le producía tal estado de ansiedad que, por primera vez en mucho tiempo, deseaba volver al orfanato y olvidarse de todo?

Catalina salió de la sala cuando Miguel se apartó de la puerta.

—Ana Isabel —la llamó.

La joven lo miró con el dolor reflejado en su hermoso rostro de alabastro.

—Cuando descubras al culpable..., ¿me lo dirás?

Miguel asintió.

Solo en la sala, se paseaba nervioso sobre una alfombra de piel. Las palabras de la joven le habían dado mucho que pensar. En aquella conversación había un punto de lógica, pero entonces ¿qué era aquello?, ¿un complot?

Nunca había dudado de Catalina ni de Ana Isabel. Nunca había puesto ninguna clase de impedimentos cuando su padre se había empeñado en acogerlas en casa. Es más, él había estado apoyando al anciano y ayudándolo en todo.

El detective había confirmado la identidad de Catalina, por lo que sabía que no era ninguna

impostora. Además ambas jóvenes conocían nombres, detalles, cosas que otros nunca hubieran adivinado.

¡Claro que no desconfiaba de ellas! Imposible. Había llegado a conocer a Ana Isabel muy bien, sus caricias, sus besos, sus conversaciones. Era una mujer sincera y buena, y él un estúpido por haber dudado siquiera un segundo de ella. Ana Isabel le había entregado su corazón y, a la primera de cambio, la había acusado.

¡No! ¡No la había acusado de nada! Tan sólo tenía que conocer su respuesta. ¿Por qué? ¿Por qué no se fiaba de ella? ¿Porque a medida que pasaba el tiempo tenía la clara intuición de que Ana Isabel ocultaba algo?

—El marido de Noelia —susurró, perdido en sus pensamientos.

Todos los apuntes y las notas de la investigación que se había llevado a cabo en su día estaban en Fuentidueña. Si salía en ese momento podía estar de regreso al día siguiente, pero por otro lado también sería mucho más cómodo tener una conversación con su sobrina. Si ese hombre estaba allí, ¿por qué ni esa persona ni Catalina habían dicho nada? ¿O por qué la muchacha estaba en un orfanato si su padrastro aún vivía?

Hiciera lo que hiciese a partir de entonces, era completamente consciente de haber herido los sentimientos de Ana Isabel. Se maldijo una vez más, prometiéndose llegar al fondo de la cuestión. ¿Quién demonios sería ese hombre? Enfurecido, recogió su chaqueta de brocado negro y abandonó la biblioteca, cerrando la puerta con fuerza.

La mala fortuna quiso que la primera persona con quien se encontrara fuera el alcalde. En dos largas y firmes zancadas, llegó hasta él.

—Aléjate de Ana Isabel —le dijo sin contemplaciones. Sus ojos verdes se clavaron en Darius como lanzas de hielo.

—¿Por qué? —se burló el hombre, observándose las uñas con indiferencia—. ¿Tienes miedo de que te deje por mí?

Miguel apretó los puños con fuerza, deseaba romperle la boca. Aquello era lo único que le faltaba. Sentía asco por ese hombre, no soportaba ver su mirada burlona, siempre fingiendo que todo marchaba como él quería. Un pobre diablo que se creía muy inteligente y, sin embargo, era la última de sus preocupaciones.

—Porque te lo estoy diciendo yo —atajó con voz peligrosa—. Si te vuelvo a ver cerca de ella eres...

—Piensa bien lo que dices. No olvides que sigo siendo el alcalde y con una orden mía puedo hacer que te detengan.

Darius lo dijo convencido, a pesar de la fina capa de sudor perlado que cubrió su frente.

—¿Tú crees? —le preguntó socarronamente, acercando su cabeza a la del hombre.

Los ojos de Miguel se convirtieron en dos puntas de alfileres. Una sola provocación más, y haría que el cuerpo del alcalde cubriera el suelo como si se tratara de una alfombra.

Darius se pasó la lengua por los labios y comenzó a estirar el cuello, perdiendo un tanto su arrogancia.

—¿Quieres que probemos? —se atrevió a decir. Estaba seguro de que Miguel, con tanta gente delante, no se atrevería a nada.

—¿Me estás retando, Darius Heredia?

Miguel sabía que no era sí, pero tan sólo le hacía falta una excusa, por mínima que fuera, para

poder desahogarse.

—No me interesa la joven —dijo el hombre por fin—. Voy a casarme con Margarita y con un poco de suerte nos marcharemos de aquí.

—¡Ah, sí! —Miguel soltó una cínica carcajada—. Para convertirte en gobernador. ¡Ja! Sólo un iluso pensaría eso. —Le miró despectivamente de arriba abajo—. Habiendo tantos nobles en España, ¿piensas que tú serás el elegido? Ni lo sueñes —siseó con furia contenida—. Yo mismo me encargaré de que no sea así. ¿Qué te parecería si ofreciera mi fidelidad al duque de Alba? —Sonrió ampliamente cuando el rostro de Darius se tornó rojo de cólera—. Quizá yo mismo me brinde para ese cargo.

El alcalde se tensó y alzó un puño desafiante ante la atenta mirada de Miguel.

—¡Vamos, vamos! —Dionisio apareció justo a tiempo para interponerse entre ambos hombres—. No llegará la sangre al río, ¿verdad?

—Ya me gustaría —respondió Miguel sin apartar sus furiosos ojos de Darius.

—¡Esto es un atropello! —se quejó el hombre, apartándose ligeramente de ellos y hablando tan fuerte que todos los invitados que en ese momento pasaban por allí se detuvieron con curiosidad a escuchar.

—Ya, ya —asintió Dionisio como si hablara con un niño pequeño. Apoyó su mano en el hombro de Miguel y le empujó para que saliera de allí—. Pero ¿qué te ocurre, hombre?

—¡Me enerva! —soltó de sopetón—. ¡No soporto verle, ni escucharle! Me da rabia que exista alguien como él.

—Vamos a tomarnos un trago y a calmarnos.

No muy convencido, Miguel se dejó llevar. Dionisio tenía razón, necesitaba calmarse.

## Capítulo XXII

Catalina no podía dejar de llorar. Nada más regresar a la habitación, olvidándose de recoger la comida, se había sentado sobre una silla mirando hacia la sierra a través de la ventana y había soltado todo lo que la ahogaba por dentro.

Clara la había mirado de hito en hito, como si le hubieran crecido unas orejas de burro de repente. En cambio, Ana Isabel la había acompañado con sus propios sollozos, pensando que todo era debido a su accidente.

No era así. Catalina, en el corto trayecto del corredor, había tenido tiempo de repasar su conversación con Miguel, y lo que más perduraba de todo era la sensación angustiosa de saberse acusada por él.

¡Claro que él no lo había dicho con palabras! Era demasiado educado como para hacerlo. Ella había pensado que la quería al menos un poquito. Estaba claro que se había confundido con él, con sus buenos modales, con sus sonrisas... Miguel sentía algo por ella, afecto o a lo mejor amistad que él confundía con otra cosa, pero no la amaba... lo suficiente.

¿Cómo se podía sospechar de la persona a la que uno adoraba? ¿De la persona con la que quería compartir un futuro? Ella jamás lo habría hecho. Había creído que al menos lo conocía lo bastante como para saber que era un hombre justo y responsable. Pero alguien que no sabía diferenciar entre el amor y la amistad.

Descubrir aquello había hecho un agujero muy grande en su corazón. Se hubiera acostado con él entregándole su virginidad antes del matrimonio; lo habría hecho porque lo amaba, porque su único anhelo había sido poder decir que Miguel era su esposo, y lo habría hecho con orgullo porque estaba loca por él. Pero así... ¿Dónde quedaba ahora?

No podía creerlo: ella intentando matar a la única persona que la quería de verdad. ¡Imposible! ¡Jamás! Antes se moriría si le pasaba algo a Ana Isabel por su culpa. Y ahí estaba el punto en cuestión: no iba a permitir que siguiese en peligro, no iba a dejar que ese maldado siguiera confundiéndolas.

Mientras lloraba y pensaba en cómo salir de aquel pozo negro y profundo, llegó a una conclusión bastante importante, algo que no podía tomar a la ligera.

—¡Pero por Dios, no lo entiendo! —repetía Clara por enésima vez—. ¿Qué te ha puesto así? ¿Por qué lloras con tanta desesperación?

Las palabras de la mujer llegaban a Catalina entrecortadas. Ni siquiera podía enfocarla bien a través de las lágrimas.

—A..., agua —le pidió, sonándose los mocos con el ruedo de la falda.

Clara cruzó dos veces la estancia hasta darse cuenta de que la jarra estaba vacía.

—Vuelvo en seguida. Voy a buscarla.

La pobre mujer se sintió aliviada de poder escapar de la habitación.

Catalina miró a su amiga, y ante su expresión, Ana Isabel se incorporó para abrazarla.

—Tenemos que marcharnos, Ani —le dijo entre sollozos.

—¿Cómo? —protestó, observando el rostro de Catalina—. ¿Y tu abuelo? ¿Y Miguel?

—Si nos quedamos con ellos, será peor. No teníamos que haber venido nunca.

—Pero te vas a casar con Miguel, ¿no? ¿Qué ha pasado?

Catalina rompió a llorar de nuevo con fuerza, y Ana Isabel la abrazó, tranquilizándola.

—Pensaba que yo te había empujado en el parque —le dijo entre hipos difíciles de controlar. Debería haberse sentido más desahogada ahora que lo había dicho en alto; sin embargo, no podía apartar el dolor que esas palabras conllevaban.

—¿Miguel ha pensado eso de ti?

Catalina no sabía si Ana Isabel lo había preguntado o lo había afirmado, porque creyó oír un grito ininteligible cuando lo dijo.

—¿Se ha vuelto loco! ¿Cómo se le ha podido ocurrir esa..., esa... ¡barbaridad!? ¿Y tú? ¿Qué le has dicho?

—Pues eso —empezó, y sorbió ruidosamente por la nariz—, que yo no había sido. Le he dicho otras cosas, pero no las recuerdo muy bien. Quería decirle tantas que creo que me he aturullado. ¡Debemos marcharnos, Ani! Podemos intentarlo nosotras solas. Buscaremos un trabajo.

—Ya se nos ocurrirá algo. —Ana Isabel retiró con paciencia los cabellos cobrizos que descansaban sobre los ojos de su amiga—. Nos llevaremos lo necesario. —Tragó con dificultad—. ¿Estás segura de que quieres hacer esto, Catalina?

—No quiero hacerlo, pero es lo mejor. No quiero poner en peligro a nadie, y ese hombre va a por mí. —La miró desesperada—. Comprendería que tú quisieras quedarte aquí.

—¿Te irías sin mí?

—No —negó Catalina, agitando los cabellos, que volvieron a colocarse sobre sus ojos enrojecidos—. Si nos quedamos, debemos decir la verdad.

Ana Isabel entornó los ojos, pensativa.

—La situación seguiría siendo la misma. De un modo u otro, estaríamos en peligro, y daría lo mismo que fueras tú o yo. De acuerdo. Nos marchamos. ¿Y Miguel? ¿No te arrepentirás? —insistió de nuevo. Ella sabía cuánto lo amaba.

Catalina cerró los ojos, apretándolos tanto que vio una galaxia colmada de estrellas. Cuando los abrió de nuevo, fue capaz de contener el brote de lágrimas que amenazaban con volver a derramarse.

—Miguel conocerá a alguien mejor que yo y más educada. —Se encogió de hombros, haciendo una mueca triste y pesadosa—. Algún día se enamorará de verdad de alguien y comprenderá... que esto no era amor.

—Y entonces, ¿por qué estás llorando otra vez?

Clara y Catalina habían optado por no bajar al comedor esa noche. Ana Isabel ya estaba algo más recuperada y los nervios de no poder levantarse de la cama sin que don Jaime o el mismo Miguel la regañaran la estaban airando de verdad. Por si fuera poco, la pesada de Clara no se apartaba de ella ni un solo minuto, así que no había podido comentar nada con Catalina de la escapada. Ya estaba manejando la idea de noquear a la mujer para que durmiera varias horas seguidas.

Los golpes en la puerta hicieron que las tres levantaran la cabeza del consomé que se estaban tomando.

—Ya voy yo.

Catalina se levantó, sacudiéndose la falda, y abrió la puerta. Miró a Miguel apenas unas décimas de segundo; después, apartó la mirada y lo dejó pasar.

Podía sentir su olor, el calor de su voz cuando saludó a todas en general.

—Estamos cenando. —Clara se había levantado—. Le ofreceríamos, pero nos han traído lo justito —le dijo, a sabiendas de que el menú era demasiado pequeño para las tres.

—No, gracias. He venido sólo a interesarme por Catalina. Quería saber cómo sigue.

Ana Isabel le recibió con un gruñido, y Miguel se echó a reír.

—Vamos, que mañana ya podrás levantarte —la animó con una sonrisa—. Después de todo, no te has hecho nada.

—¡Como a ti no te duele!

Catalina regresó a su sitio y siguió cenando como si el hombre no estuviera allí. Lo oyó charlar con Ana Isabel y sólo levantó la cabeza cuando hablaron de Dionisio.

El tono de Ana Isabel al hablar de aquel joven había cambiado, e incluso le pareció que pronunciaba su nombre de un modo más suave de lo normal.

La miró, tratando de leer en ella. ¿Había ilusión en su voz al hablar de Dionisio?

—¿Verdad, amiga? —le preguntó Ana Isabel, mirándola fijamente.

—¿El qué? No estaba escuchando —admitió. Y era cierto; en ese momento, no sabía de lo que hablaban.

—Me dice Catalina que llevas todo el día encerrada aquí y que quizá te haría falta un paseo. ¿Te apetece?

No pudo descifrar si Miguel hablaba en serio o sólo fingía delante de Ana Isabel. Sin embargo, se le ofrecía una oportunidad para despedirse de él: dar un último paseo caminando de su brazo.

—No sé. Iba a acostarme...

—Uno corto —insistió Miguel, mostrando aquella sonrisa encantadora que tanto le gustaba. Era como si no hubiera ocurrido nada.

—Ve. Sal un rato, que debes de estar muy aburrida. Clara me hará compañía, ¿verdad?

—Sí, sí, claro. Ha sido un día muy largo.

Catalina dejó los cubiertos a un lado y escapó del dormitorio con Miguel.

Ninguno de los dos habló hasta llegar a las anchas escaleras. Allí él se detuvo y la observó fijamente.

—Necesito que me perdones. —Agitó la cabeza con expresión dolida—. Lo dije sin recapacitar, estaba preocupado... En ningún momento...

Sus palabras sonaban totalmente sinceras, o eso creyó Catalina, porque ya no sabía qué pensar

de su actitud.

—Déjalo, Miguel; no pasa nada. —Sus labios temblaron ligeramente. Suspiró y se agarró de su brazo para descender.

—Me siento como... un imbécil.

—Es mejor no seguir hablando de ello.

Catalina no quería que su última vez fuera por esos derroteros. Fingió una espléndida sonrisa y le animó a que la condujera hacia el exterior.

Caminaron hasta el estanque, uno junto al otro, ambos conscientes de su proximidad.

—Pasado mañana por la tarde saldremos para Fuentidueña —comenzó a decir Miguel con decisión, como si hubiera pensado en ello a conciencia—. Averiguaré todo lo que pueda sobre el padre de Catalina y solucionaré esto. Después, tú y yo nos casaremos, y me importa un comino si alguien se opone —dijo con un pequeño deje de enojo que en seguida desapareció.

Catalina no comentó nada. Estaba de pie junto a él, mirándole a los ojos, grabando en su mente el hermoso rostro varonil, la fuerte mandíbula que deseó besar, los labios sensuales y su sonrisa burlona, el negro cabello revuelto que se curvaba atractivamente en su nuca. Jamás dejaría de pensar que Miguel era el hombre más guapo que existía en la tierra.

Un hombre que no le pertenecería nunca y con el que soñaría durante todos los días de su vida.

Le acarició la parte posterior de la cabeza y enredó sus dedos en el pelo atrayéndolo hacia su boca. No le importaba quién pudiera estar mirándolos. «Miguel.» Su nombre hizo eco en su mente.

«Adiós, Miguel.»

Se despidió degustando aquellos labios con sabor a frutos secos, rodeando su cuello con ansia, pegándose a su cuerpo, deseando sentir el calor de su piel.

«Adiós, Miguel.»

Siguió repitiéndolo con las mejillas bañadas en lágrimas, acariciando la lengua del hombre con desesperación. Como un ladrón, le quiso robar su alma, y tan sólo consiguió robarle un corto tiempo.

Miguel la había tomado de los cabellos y le había devuelto el beso con la misma intensidad. Por eso, cuando el hombre se detuvo, Catalina se quedó observándolo con los labios entreabiertos, ausente.

—¿Qué es esto? —susurró, limpiando sus lágrimas—. Ana Isabel —dijo, presionando sus enormes manos sobre las pálidas mejillas—, ¿qué es esto?

—Ya lo sabes, Miguel.

Aquellas palabras hirieron su garganta al pronunciarlas. Tan sólo había sido un murmullo tembloroso, pero él lo entendió perfectamente.

—No, Ana Isabel. Por favor, no me dejes —le imploró con una triste mirada—. Qué puedo hacer... —Tragaba con dificultad y la nuez de Adán subía y bajaba nerviosa.

Catalina apoyó sus manos sobre las de él, que aún las tenía en sus mejillas.

—Encontrarás a... alguien que te quiera.

—¿Tú no me quieres? —le preguntó, obligándola a que lo mirase a los ojos. Su rostro era de completa incredulidad.

Ella no supo de dónde sacó el valor para soportar enfrentarse a aquella profunda mirada verde, pero lo hizo, y milagrosamente esa vez sus ojos estaban secos y sus lágrimas guardadas en caja fuerte.

—No voy a hacer pasar a tu padre por todo esto; además, me gusta otro.

Miguel se apartó de ella y negó con la cabeza.

—¡Mientes! —gritó, furioso—. ¡Mientes! Este beso... te pone al descubierto. No tengo ni idea de a qué viene todo esto. Lo de esta mañana fue...

—¡Pues da igual! ¡Tienes razón! —gritó ella—. ¡No hay nadie! Pero no quiero seguir contigo.

Miguel se volvió para marcharse, o eso pensó Catalina, que lo agarró con fuerza del brazo, con tanta que Miguel la arrastró durante unos metros, hasta que se detuvo.

—¿Por qué te comportas como una cría? —le preguntó con cinismo. Estaba dolido y se veía a la legua.

¿Cabía la posibilidad de que realmente la quisiera?

No, no podía ser eso. Él tarde o temprano se daría cuenta.

Catalina no se molestó. No quería pelear con él; no quería recordar así la última noche.

—Perdóname, Miguel; por favor, no te vayas aún. No quiero que acabe así.

—Es que no va a acabar de ninguna manera. No voy a dejarte marchar si no es con una excusa razonable, y aun así —añadió, y se encogió de hombros— no creo que lo hiciera.

—Entonces, no me dejes esta noche, Miguel —le susurró suavemente—. Pasémosla juntos.

El hombre la abrazó con fuerza, sosteniéndola contra su pecho.

—Voy a hablar ahora mismo con mi padre —susurró con los labios apoyados en la frente de Catalina.

—¡No! Esta noche no, por favor.

Buscó su boca de nuevo. Sólo así era feliz, perdida entre sus besos. Ése era el único modo de olvidarlo todo por un momento. Entre los brazos de Miguel.

## Capítulo XXIII

Aquella noche los músicos no tocaban y tan sólo los grillos rompían el silencio de la noche. De vez en cuando, se oían las carcajadas que provenían de la residencia, donde varios artistas hacían reír a los invitados con canciones bastantes picantitas.

Miguel arrastró a la joven hasta la oscuridad, donde un frondoso árbol apagaba el resplandor de la luna y las luces de alrededor. Estaban bastante alejados de la casa.

—No me vas a dejar —siguió diciéndole mientras devoraba sus labios con ansia.

Notaba las manos femeninas acariciando su pecho con afán a través de la delgada camisa y sintió que varios botones saltaban de la prenda como por arte de magia. Cuando Catalina le dedicó una sonrisa de disculpa, le volvió a atrapar la boca. No quería escucharla, ni siquiera estaba interesado en lo que iba a decirle, excepto si era que se casaría con él. Ésa era la única palabra que admitiría.

Estaba totalmente seguro de que ella lo amaba tanto como él, y si aún no lo sabía, se lo demostraría. Era suya y no iba a permitir que se casara con ningún otro.

Apretó la estrecha cintura contra su cuerpo, deseando que ella supiera cuál era su estado, porque de continuar así estallarían los pantalones en cualquier momento. Tan sólo con olerla, con saborear los labios suaves, sentía que su excitación crecía por momentos.

De buena gana le habría levantado las faldas, la habría apoyado contra un árbol y habría descargado su simiente en un abrir y cerrar de ojos. Pero Ana Isabel no se lo merecía. Ella debía tener una experiencia bonita su primera vez: una cama cubierta con pétalos de rosas rojas, una botella de champán...

La joven había extendido las palmas de sus manos sobre su pecho descubierto y lamía el hueco de su oreja produciéndole un sinfín de emociones que viajaron por cada vena de su cuerpo, tocando todos los nervios, haciéndole vibrar.

Hubiera sido muy fácil apartarle las manos, enderezar sus ropas y regresar por donde habían venido. Fácil o no, Miguel la empujó contra el árbol más cercano.

Sin dejar de rodearle la cintura con un brazo, la otra mano fue levantando el vestido, hasta que se posó en la perfecta curva del trasero femenino, hasta sentir la aterciopelada piel bajo la palma. Acarició la carne blanda y fresca, y hundió los dedos en su cuerpo. ¡La necesitaba! ¡La deseaba!

—Deberíamos marcharnos —musitó contra la boca de ella, quizá ofreciéndole la última oportunidad de abandonar aquel sitio antes de que fuera demasiado tarde.

—Todavía no —suplicó Catalina con voz áspera.

Estaba tan excitada como él. La única diferencia era que Miguel sabía lo que vendría después y ella aún no.

Él respiraba trabajosamente, aunque se olvidó de hacerlo cuando la lengua femenina lamió uno de sus pezones. Se sintió arder, consumiéndose en un fuego devastador que amenazaba todo lo que le rodeaba, excepto aquella mujer de hermosos cabellos cobrizos y ojos de miel que le hacía alcanzar límites insospechados.

Miguel levantó las faldas ahora con las dos manos y masajeó las nalgas, frotando, incitando, extasiado por aquel cuerpo joven y tierno, envuelto en su perfume embriagador.

Cuando ella quiso introducir su mano bajo los calzones, Miguel sintió que explotaba y ya no quiso saber nada más del mundo; tan sólo existían ellos en aquella noche mágica y silenciosa, ahora entrecortada por suspiros y palabras apasionadas.

La alzó colocando las piernas de la joven alrededor de sus caderas y todavía se permitió unos segundos para observar el rostro arrobado y su boca de azúcar antes de liberar su miembro turgente e introducirlo en la cavidad húmeda que lo esperaba con impaciencia.

Traspassó la barrera virginal con un suave empujón y se detuvo hundiendo su boca en el delicado cuello, allí donde latía acelerado el pulso. Si no se lo tomaba con calma se derramaría antes de llevarla al cielo, antes de hacerle descubrir la hermosa relación entre un hombre y una mujer, y él deseaba ansiosamente... hundirse en ella de nuevo, empujar hasta el fondo, devorarla. Si hubiera sido un animal se la habría comido entera.

Se movió contra ella y con las manos sujetando firmemente el redondo trasero la guió en una aventura desconocida. Ella era tan ligera como una pluma y acompasó su delicioso cuerpo al suyo.

Miguel mordisqueó sus pechos a través de la seda del vestido. Los pezones femeninos se apretaban contra la tela y, cada vez que él pasaba su lengua, ella se estremecía. Era preciosa, y Miguel se perdió en sus brazos, en sus piernas, y cuando ambos alcanzaron el cenit, regresaron a la realidad entre suaves jadeos. Pero no la soltó; siguió dentro de ella y dentro del estrecho túnel donde ahora su miembro duro latía expulsando hasta la última gota de su esencia.

Le pertenecía, y esa sensación le llenó de orgullo. Lucharía por ella contra viento y marea, así tuviera que pasar por encima del mismísimo rey.

—¿Estás bien? —le susurró con voz áspera, incapaz de hablar con normalidad—. Te amo.

No pudo entender por qué los ojos dorados se anegaron de lágrimas; sin embargo, sintió su sufrimiento, el temblor y la angustia de su cuerpo.

—Te amo —le respondió ella, reprimiendo el sollozo que atenazaba su garganta—. Para siempre.

—Para toda la vida.

La besó de nuevo mientras las piernas de ella resbalaban hasta el suelo y no la soltó hasta que notó que se sostenía sin peligro de caer. Sabía que debía disculparse por haberla tomado allí, pero no podía arrepentirse de nada. Esa experiencia había sido lo mejor que le había pasado hasta ese momento y se sentía embargado por una ternura que no alcanzaba a explicarse.

—Me encantaría poder congelar el tiempo y tenerte siempre así, con las mejillas sonrosadas, con el cariño pintado en tus ojos.

Ella se volvió a apretar contra él con fuerza, luchando por recuperar el aliento y por mantener un control que en realidad no tenía.

Era noche cerrada cuando dos sombras atravesaron la puerta principal en completo silencio. Sólo seguían encendidas las luces exteriores y una que otra lamparita en la planta superior de algún invitado que sufría de insomnio o que se acostaba demasiado tarde.

Catalina y Ana Isabel corrieron hasta el camino cargadas con un hatillo fabricado con una sábana, en el que habían introducido dos sencillos vestidos y parte de la cena que Ana Isabel había guardado a escondidas. ¡Menos mal que Clara no se había dado cuenta! Y la pobre pensando que el duque les había enviado pocos alimentos...

Caminaron en silencio, amparándose en la oscuridad de la noche, hasta que estuvieron bastante alejadas de la residencia. Catalina se agarró de la mano de Ana Isabel, sintiéndose confortada.

Jamás había llorado tanto en su vida como en ese día, como en aquella hermosa noche donde las estrellas cuajaban el negro firmamento. A medida que caminaba el corazón se contraía lleno de dolor. Aún podía sentir las manos de Miguel sobre su cuerpo, los carnosos labios sobre su boca.

Ana Isabel le rodeó los hombros sin querer romper el silencio ni los pensamientos de Catalina. Quizá algún día tío y sobrina se volvieran a ver y solucionaran todos los problemas; en ese momento, sólo les importaba huir, alejarse de ellos, de todos los nobles y sus costumbres.

Madrid quedaba muy lejos, ni siquiera sabían lo que tardarían o la dirección que debían tomar; sin embargo, continuaron su viaje, despidiéndose de aquella vida que el momento les había permitido conocer.

Clara, don Jaime, Miguel, Dionisio, doña Juana... Había tanta gente que se había portado tan bien con ellas que se sintieron como unas simples delincuentes, unas vagabundas rechazando un amor sincero y un cariño excepcional.

Empezó a clarear y el paisaje cambió. Gigantes con rocas sobre los cerros se recortaban confiriendo una imagen agreste, salvaje. El suelo se hallaba cubierto de las finas agujas de los pinos, de manera que resbalaban peligrosamente a cada paso que daban. Se habían salido del camino principal en algún momento durante la noche y el temor de verse perdidas en la sierra comenzó a calar en ellas.

—¿Lo oyes?

Ana Isabel se detuvo prestando atención. El sonido de las aguas de un arroyo cercano las empujó hasta allí.

Era un estrecho riachuelo que se deslizaba montaña abajo acariciando las resbaladizas piedras.

Catalina observó a su amiga. Parecía cansada, y su rostro estaba muy pálido. Seguramente debía sentirse agotada a causa del accidente, pero no se quejaba. Ana Isabel nunca lo hacía.

Se lavaron la cara en las aguas heladas y se tomaron un descanso y un par de manzanas, envueltas por el aroma a tomillo y romero que embargaba el ambiente.

La tranquilidad era tan palpable como el hermoso paisaje de la sierra.

Más tarde continuaron su camino, deteniéndose alguna vez que otra a descansar.

—¿Estás bien? —le preguntó Ana Isabel en una de las paradas—. No me has contado qué sucedió anoche.

Catalina se había sentado en el suelo y observaba una seta que crecía bajo un pequeño montón

de ramas; la empujaba con el dedo haciéndola bailotear.

—Me entregué a Miguel —respondió con congoja—. Sé que no estuvo bien, pero yo lo necesitaba. —Jadeó con fuerza—. He decidido que no quiero casarme nunca, pero tenía que probarlo, quería saber qué es lo que se siente.

Ana Isabel no la recriminó, no tenía derecho a hacerlo; después de todo, la huérfana era ella, no Catalina.

—¿Le dijiste que nos marchábamos?

—No pude hacerlo —gimió—. Lo intenté, pero Miguel no quería escuchar.

Catalina se dejó caer hacia atrás y su cabello se desparramó sobre el suelo, llenándose de pajas y agujas secas de los pinos. Cerró los ojos y una solitaria y gruesa lágrima resbaló por su sien y le humedeció la piel.

—¿Y si él te busca? ¿Qué harás?

—No lo sé —musitó pensativa—. Estoy muy enamorada de él. ¿Qué pensaría mi madre de todo esto?

Abrió los ojos para mirarla.

Ana Isabel se encogió de hombros y paseó la vista por las altas montañas.

—Estoy segura de que ella era una mujer muy fuerte y que de haber podido habría denunciado a Darius. ¡Vamos a hacerlo, Catalina! ¡Vayamos a las Cortes a denunciarlo! Indícales dónde se esconde el cuerpo de tu madre y hagamos que descansen en paz. Luego, habla con tu abuelo y con Miguel...

—¿Y qué pasará contigo? —Se incorporó de repente y se quedó sentada—. Hemos cometido un delito; si ahorauviéramos que rectificar delante de toda esa gente...

—Esa gente es tu familia y te ama —respondió Ana Isabel.

—Tú eres mi familia, eres mi hermana, ¿lo recuerdas?

Cuando Ana Isabel apartó la vista de ella, Catalina gateó hasta ponerse a su lado y hundió la cabeza en el regazo de la muchacha, que le acarició los cabellos con ternura.

—Siempre juntas.

—Cata, no debí meterte en este lío. Si no hubiese sido por mí no habrías tenido que pasar por todo esto.

—¡Pero no me arrepiento de nada! —Se quejó con una sonrisa que no alcanzó su dorada mirada—. Es mejor haber amado que morir sin saber nunca que esos sentimientos tan fuertes te puedan debilitar de este modo. —Se incorporó para mirarla—. Aunque haya sido por poco tiempo, hemos tenido una familia, hemos probado comidas nuevas, hemos vivido una vida que no estaba a nuestro alcance. Un sueño que nunca imaginamos.

En ese momento fue Ana Isabel quien rompió a llorar y Catalina quien la consoló.

—Será mejor que sigamos —la animó, ayudándola a levantarse.

El silencio fue roto por unos veloces cascots que retumbaron por el bosque provocando eco entre los árboles. Los pájaros, asustados, levantaron el vuelo arrancando algunas hojas y una ardilla despistada brincó sobre una de las rocas que se alzaban hacia el cielo como un coloso, en actitud expectante.

Ambas guardaron silencio con las manos entrelazadas, escuchando con atención.

## Capítulo XXIV

Don Jaime olvidó su bastón y saltó el último tramo de las escaleras con la pequeña nota en la mano. Llevaba el chaleco mal abotonado y las mangas semienrolladas por haberse vestido con prisas. Varios invitados que se hallaban sentados ante la surtida mesa del salón levantaron la mirada, intrigados.

Tanto Miguel como Dionisio se pusieron en pie para acortar el camino del hombre. Nunca le habían visto tan exaltado por algo, y por su cara no parecía que fuera bueno.

—Se han marchado —les dijo sin aliento—. Catalina y Ana Isabel abandonaron anoche la casa.

Miguel, con el corazón completamente parado, leyó la escueta misiva de despedida con ojos sorprendidos. Dionisio le imitó por encima del hombro: «No estamos acostumbradas a esta forma de vida y nos despedimos con un millón de gracias».

¿Cómo que no estaban acostumbradas? Miguel no pudo evitar entornar los ojos con rabia. ¿Los habían tomado por tontos, o qué?

—Ha pasado algo —afirmó Dionisio, convencido—. Su nieta dice que alguien la empujó. ¿Y si esa persona las ha obligado a marcharse?

—Pero ¿por qué? —respondió don Jaime—. Nosotros somos su familia, somos lo único que tienen. No conocen nada. Deben de estar asustadas. ¡Dios mío!

—¡Hum!... No lo sé —admitió, alzando las cejas con una disculpa.

—No han cogido ningún vehículo —les informó Clara, que llegaba corriendo desde las cocheras—. No me di cuenta. —Lloró paseando su mirada del marqués a Miguel, y viceversa—. Las noté muy extrañas —dijo, agitando la cabeza—, pero no podía saber...

—Tenga, tranquilícese. —Don Jaime le entregó un pañuelo que se sacó del bolsillo y la palmeó cariñosamente el hombro—. ¿Por qué no va a buscar a Sara? Está charlando en la biblioteca con la hija de Jacobo.

—¡Locas! —exclamó Dionisio—. ¡Se perderán! Las montañas son todas muy parecidas y si no escogen el camino correcto o se salen de él... —Hizo una pausa, como si mentalmente estuviera visualizando el paisaje, y al final observó a Miguel con rostro serio—. Se perderán.

Miguel se despojó de la chaqueta y se la entregó a Clara, que aún permanecía allí, mirándolos con preocupación.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó el marqués, siguiéndole velozmente por las amplias galerías y esquivando a los grupillos de gente que se interponían en su camino.

—Voy contigo. —Dionisio los acompañaba con rostro serio; muchas personas habían perecido en las montañas, incluso por los accidentes más simples—. Le pediré al duque algunas armas. No me gustaría enfrentarme a los lobos a cara descubierta.

Miguel asintió, y cuando llegó a las caballerizas, instó al mozo a que se diera prisa. Si ellas habían salido a pie podría alcanzarlas más fácilmente, al menos eso era lo que llevaba en mente. Ni Catalina ni Ana Isabel tenían dónde ir.

Don Jaime acompañó a Dionisio para hablar con Jacobo. Necesitaba explicarle la situación y estar listos si Miguel y Dionisio regresaban sin haberlas encontrado. También ordenó a la escolta que saliera en busca de las muchachas.

Miguel sujetó las riendas con fuerza, y en cuanto Dionisio estuvo preparado, ambos se lanzaron al galope.

Los cascos de los caballos hacían saltar las piedras del camino levantando una gran polvareda a su paso, una nube que flotaba detrás de ellos como una invisible comitiva imposible de despistar.

¿Por qué se habían marchado? No tenía ningún sentido. ¿Acaso el supuesto padrastro de Catalina estaba involucrado realmente? Miguel pensaba que debía haber adivinado lo que se proponían. La actitud de Ana Isabel, su despedida, aquellas lágrimas sin razón. Se entregó a él a sabiendas de que se marcharía. ¿Por qué? Si Ana Isabel le amaba, ¿por qué no le había contado lo que sucedía?

Para Dionisio fue fácil seguir las huellas. Había aprendido a hacerlo durante su corta carrera militar al servicio de su majestad, una carrera que él mismo había dado por finalizada cuando tuvo que proseguir con los negocios de su padre.

Se detuvieron junto al arroyo de aguas frescas y cristalinas, y dieron de beber a los caballos mientras investigaban la zona con ojos escrutadores.

—No hace más de dos horas que pasaron por aquí —señaló Dionisio—. Las alcanzaremos pronto.

—¡Ojalá! —murmuró Miguel.

Nunca se había sentido tan asustado y vacío. Desde luego, cuando las encontrara las regañaría..., les gritaría. ¿Qué estaba pensando? Lo único que deseaba era cargar a Ana Isabel entre sus brazos, estrecharla contra su cuerpo y hacerle prometer que nunca más..., nunca más trataría de huir de su lado.

—Yo que tú me preocuparía de saber quién puede estar detrás de todo —le dijo Dionisio, mirándole fijamente.

—Ana Isabel cree que puede ser el marido de mi difunta hermana, pero no me preguntes ni cómo ni por qué lo sabe. —Se encogió de hombros—. Ni siquiera sé quién es ese hombre.

—¿Y Catalina? ¿Ella qué dice? Lo debe saber, ¿verdad?

—¡Mira, no lo sé, Dionisio! Creo que está pasando algo grave y que ni mi sobrina ni Ana Isabel son capaces de admitirlo, y créeme, amigo, si digo que no lo entiendo.

—Pues ya somos dos.

—Creo que se alejan —susurró Catalina con alivio.

No habían visto a nadie pero tenían la certeza de que eran un par de caballos corriendo por la ladera o más abajo, aunque también se había oído el eco por lo alto del cerro que en ese momento estaban remontando.

El sol les dio de lleno al alcanzar un pequeño claro y allí ambas se detuvieron, admiradas. Frente a ellas un pequeño cervatillo caminaba a paso lento, elegante, distraído, oliendo los arbustos y mordisqueando moras. Las miró fijamente a tan sólo unos pasos.

—¡Es precioso! —susurró Ana Isabel—. Me encantaría poder pintarlo.

—Pobrecito, está solo. —Catalina le tendió las manos despacio—. Ven aquí —le dijo con voz suave para no asustarlo.

El animal la miró atento con unos almendrados ojos ambarinos y las orejas de punta. Catalina creyó que el cervatillo huiría aterrorizado, en cambio, se acercó a ella con curiosidad, oliéndola.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Ana Isabel con un murmullo—. Acarícialo, Cata.

—¿Me vas a morder? —le preguntó Catalina a la preciosa cría.

Su pelaje castaño resultó áspero y grueso al tacto. El pequeño disfrutó de sus caricias, hasta que de repente levantó la cabeza con los ojos clavados en algún punto del paisaje, algo que había llamado su atención. Una pequeña piedra rodó desde lo alto chocando con otras, y el cervatillo salió volando por encima de un muro de zarzas.

Tanto Catalina como Ana Isabel levantaron la vista con la sensación de estar siendo vigiladas. Después de un rato de angustioso silencio, las jóvenes decidieron continuar.

—¿Crees que hicimos bien al salir del camino? —preguntó Catalina, dudando por un momento.

Si bien el paisaje era hermoso también era monótono, y hubo varios momentos que tuvieron la sensación de estar dando vueltas sin ninguna noción de cuál sería la dirección correcta.

—Creo que estamos perdidas —admitió Ana Isabel finalmente.

—¿Estás cansada? Deberíamos parar un poco. Aún no te has recuperado del todo y no tienes muy buena cara.

—Tienes razón. No me encuentro demasiado bien.

—Ven, siéntate aquí y cierra un poco los ojos. Yo vigilaré. —Le apoyó la mano sobre la frente y, asustada, la apartó al notar la calentura—. Tienes fiebre, Ani. Esto no me gusta nada. ¿Quedaré mucho para llegar a Madrid?

—Entiendo poco de geografía, pero diría que estamos demasiado al norte. Si lográramos acceder a algún camino principal... Catalina, no sé si habremos actuado bien al marcharnos así, a lo mejor deberíamos haber esperado hasta regresar a Fuentidueña. Desde allí hubiera sido mucho más cómodo.

Ana Isabel ni siquiera tenía suficiente fuerza para seguir hablando y su respiración se había convertido en un pesado murmullo en su pecho.

Catalina se puso todavía más nerviosa. La extraña sensación de que había alguien más por los alrededores le obnubilaba la mente y no era capaz de pensar con mucha claridad. Por un momento, deseó que todo no fuera más que una pesadilla. ¿Por qué Darius había tenido que aparecer nuevamente en su vida? Cuando pensaba en él volvía a revivir aquella noche. Aunque trataba de disimular frente a Ana Isabel queriendo aparentar una fortaleza que no sentía, era estar frente a él y lo único que deseaba era salir huyendo. Podía oír los gritos y los golpes, la arena cayendo sobre el cuerpo de su madre. ¡Cuánto la echaba de menos!

Dejó que Ana Isabel descansara y recorrió la zona sin alejarse demasiado, siempre atenta a los posibles ruidos, y es que eran muchos los sonidos que flotaban en el bosque como una dulce melodía.

Recolectó moras. La poca comida que se habían llevado ya la habían consumido y hacía un buen rato que sus bocas no habían ingerido ningún alimento.

Un pájaro graznó desde lo alto de una rama, y entonces Catalina creyó ver una sombra cruzando velozmente el bosque. Algo se movió rápidamente entre los árboles.

Podría ser algún animal, pero su instinto supo que no era así. Allí había alguien más.

Se armó de una gruesa rama y regresó junto a Ana Isabel a la carrera, tropezando con una raíz adherida a la tierra y raspándose las palmas de las manos. No se detuvo a mirar atrás cuando se levantó. Debían salir de entre los árboles antes de que fuese demasiado tarde.

Intentó despertarla, zarandeándola con fuerza. Tenía los nervios agarrados al estómago. Fue tal el miedo de lo que podría ocurrir que le dio fuerzas para arrastrar a Ana Isabel por el suelo. A pesar de ser más alta que su amiga, su cuerpo era delgado, y si bien Ana Isabel no era gruesa pesaba al menos cinco kilos más que ella. Estaba extenuada, demasiado cansada para continuar caminando, pero con miedo de jadear por si las descubrían.

Logró llegar hasta una enorme roca que parecía ofrecer cierta protección y cubrió el cuerpo de Ana Isabel con la sábana del hatillo. Se acucilló junto a ella, rogando por que se recuperara lo antes posible.

Vigilando atentamente que nadie se acercara, rezó un rosario extremadamente largo y, al cabo de un tiempo, Catalina también se quedó profundamente dormida. Cuando abrió de nuevo los ojos, el sol ya había comenzado a esconderse tras las montañas.

—¿Ana? —la llamó, zarandeándola con suavidad—. Debemos marcharnos de aquí.

La muchacha abrió los ojos a duras penas. Con mucho esfuerzo y la ayuda de Catalina logró ponerse en pie.

—Estoy muy mareada —dijo, sosteniéndose en la roca—. No sé si podré caminar.

Catalina preparó el hatillo con velocidad y rodeó la cintura de su amiga. No deseaba meterle prisa, aunque la situación lo requiriese.

La angustiada respiración de Ana Isabel y su enturbiada mirada la asustaron.

—Tienes que intentarlo. Nos vamos a casa. Vamos con el abuelo; él nos ayudará. Se va a hacer de noche. —Habla en un tono muy cariñoso, el mismo que Ana Isabel empleaba con ella la mayoría de las veces.

—Vale —murmuró entre jadeos—. Vámonos con el abuelo.

Habían avanzado unos pasos cuando Ana se desplomó en el suelo arrastrando a Catalina, que en un intento por no bajar rodando la ladera se agarró a un matojo.

—¡Ani! —la llamó, inclinándose sobre su cuerpo y palmeándole la mejilla.

La fiebre persistía y su pecoso rostro se hallaba sin color. Le costaba respirar y sus pechos se hundían en las costillas con dificultad.

Catalina agitó frenética la cabeza, tratando de despertar inútilmente a su amiga. Las sombras se deslizaban perezosamente por la montaña, los insectos pululaban molestos a su alrededor y oscuras nubes comenzaron a cubrir el cielo.

El bosque estaba en completo silencio y el temor de que Ana pudiera morir le dio fuerzas para no rendirse. Regresaría a la residencia del duque para que Ana Isabel se recuperara, la sanarían y

juntas hablarían con el marqués. Se lo explicarían todo; lo único que pedía era que Ana Isabel recobrarla la salud.

Entre los árboles apareció un jinete que se detuvo justo ante ellas.

Catalina levantó la vista y lloró agradecida. No le importaba quién era el recién llegado; sólo veía ayuda. El alivio fue mayor cuando le reconoció como uno de los hombres de la escolta del marqués.

El hombre, ataviado con un uniforme rojo, las miró con sorpresa, y después de bajarse del caballo inspeccionó el cuerpo tendido.

—Está muy enferma —dijo, y clavó los ojos en Catalina.

## Capítulo XXV

Miguel y Dionisio entraron en las caballerizas y el mozo se acercó a ellos corriendo, tirando una bala de paja amontonada en la entrada.

—Las señoritas han aparecido —les dijo, tomando las riendas de los animales.

Miguel desmontó de un salto.

—¿Dónde están?

—Creo que en el dormitorio. Una de las jóvenes ha llegado muy enferma, pero no sabría decirle nada más. Las encontraron sus hombres. —Palmeó el lomo del animal, que estaba húmedo tras la larga cabalgada—. El duque me dijo que les informara en cuanto llegasen.

Miguel ya caminaba hacia la residencia, y Dionisio fue el que agradeció al muchacho la información antes de seguir a Savaedra con paso firme sobre la gravilla del camino.

El corredor de la planta superior se hallaba débilmente iluminado por varios candelabros. Estaba desierto; sin embargo, salían voces apagadas del dormitorio que compartían las jóvenes.

Muchos invitados habían comenzado a abandonar la residencia a lo largo del día, ya que el duque había dado por finalizadas las diversiones en cuanto se enteró de que habían desaparecido las muchachas.

La puerta se hallaba entreabierta, y Miguel penetró en la habitación directamente. Su sobrina se hallaba tendida en la cama con un paño húmedo sobre la frente, sus labios rosados resaltaban en la translúcida piel.

Catalina estaba sentada junto a ella. Cogiéndole la mano con fuerza, murmuraba, muy bajito junto al oído.

Miguel no tuvo tiempo de hablar porque el marqués se puso frente a él con la vista cansada.

—Catalina está muy débil —le dijo, y señaló a la joven de cabellos cobrizos con el mentón—. Ella también está muy asustada, Miguel. Será mejor no decirles nada de momento.

—¿Por qué? —preguntó en alto, y Catalina levantó la cabeza, observándole.

La muchacha tenía el cabello revuelto sobre la espalda, con restos de ramas y hojas, y el rostro surcado por lágrimas secas. Bajo los hermosos ojos dorados se habían instalado unas ojeras que de momento eran de un ligero tono violeta.

—Ahora no. —Su padre le tocó el hombro, atrayendo su atención, y lo llevó hasta un rincón del dormitorio—. Éste no es el momento. Dejaremos que se dé un baño y descanse un poco, y luego ya habrá tiempo para explicar. —Los ojos azules del anciano volaron hacia las muchachas y regresaron a Miguel con preocupación—. Debemos hablar. Vayamos a mi dormitorio. —Giró la

cabeza hacia Sara, que se encargaba de humedecer los paños—. Estaré en mi dormitorio; avísanos si ocurre cualquier cosa. ¿Vienes, Dionisio?

—Me voy a quedar un rato —contestó el hombre, que estaba a los pies de la cama de la enferma.

Don Jaime asintió, y Miguel se dejó arrastrar por su padre después de echar una última mirada a la mujer que amaba, que había devuelto su atención a su sobrina.

—¿Qué ocurre, padre?

—Cierra la puerta, Miguel —le dijo, acercándose a un pequeño aparador para servirse una buena medida de whisky—. Hay algo que quiero contarte. —Se volvió a él haciendo girar la copa entre los dedos—. Catalina me confesó algo hace unos días, y aunque la escuché, no la protegí lo suficiente.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Miguel, intrigado, frunciendo el cejo.

—Mi nieta me confesó que a Noelia la asesinaron —soltó de repente.

—¿Cómo? —Miguel no daba crédito—. ¿Cómo? —repitió, buscando la silla; sentía que las piernas se le doblaban sin fuerzas después de haber estado todo el día a caballo—. ¿Quién?

—Yo estoy igual que tú, hijo. Fue en Segovia, el mismo día que viniste a pedirme la mano de Ana Isabel. —Agitó el brazo—. De eso no voy a hablar ahora —le dijo, bebiendo un largo trago del líquido dorado—. Catalina quería que regresáramos a Fuentidueña. El asesino de Noelia estaba allí, y aunque no me ha dicho nada, puedo imaginar que también está aquí y lo peor de todo es que no sé quién puede ser.

Miguel se pasó con fuerza ambas manos sobre sus negros cabellos y echó la cabeza hacia atrás para clavar los ojos en el techo raso.

—Es el padre de Catalina —respondió, bajando la vista hacia el anciano, que detuvo su copa a escasos milímetros de los labios—. El padrastro. —Miguel asintió, totalmente convencido.

—¿El padrastro?

—Sí. Ana Isabel me dijo que lo investigara a él. —Agitó la cabeza, confuso—. Han estado pidiendo ayuda a gritos y no nos hemos dado cuenta. —Clavó sus ojos verdes en su padre—. Me preguntó si él tenía derecho a heredar; no lo entendí muy bien. —Volvió a agitar la cabeza—. Aquí está pasando algo muy serio.

—Hay que conseguir que hablen, no importa si Catalina o Ana Isabel, pero...

La puerta del dormitorio se abrió, y Sara entró, sacudiéndose las manos.

—Lamento interrumpir —dijo la mujer, cerrando la puerta tras de sí y apoyando la espalda en ella—. ¿Qué está pasando? —inquirió, mirando a Jaime con las manos en la cintura.

—Nada —contestó con fingido desinterés—. ¿Ha despertado Catalina?

—Aún no. Clara está ayudando a Ana Isabel. Pobres niñas, están agotadas. ¿Por qué se irían? ¿No te han dicho nada?

—No, pero tenemos una ligera sospecha —dijo Miguel, poniéndose en pie—. Mandaré a alguien a Fuentidueña para que me traiga los documentos del detective que contrataste.

—Tienes razón. —El anciano se rascó la cabeza y observó a Sara con dulzura—. Te llevas muy bien con las chicas. ¿Por qué no tratas de sonsacarles algo en claro? Haz que confíen en ti.

—Tienen demasiado miedo —lo interrumpió Miguel.

—¿Miedo? ¿Por qué? —Sara no entendía nada.

—El esposo de Noelia asesinó a nuestra pequeña y ahora quiere hacer daño a Catalina —le

explicó—. No la podemos dejar a solas con nadie. En este momento no me fío ni de mi sombra. — Se volvió a Miguel—. Debemos dar aviso a las Cortes e informar al duque.

—Sí, pero registraron este lugar y no había nadie extraño o sospechoso.

—¿Y si no es un extraño? —preguntó Sara, tratando de seguir el hilo de la conversación—. ¡Podría ser cualquiera!

—Alguien demasiado influyente como para atemorizarlas —puntualizó Miguel—, alguien como el alcalde. —Miguel dio un pequeño brinco al decir eso—. Tanto Catalina como Ana Isabel han mostrado rechazo ante su presencia —dijo recordándolo.

Estaba a punto de salir por la puerta cuando Jaime lo detuvo, sosteniéndolo del brazo.

—No hay pruebas. No puedes acusarlo sin saberlo a ciencia cierta porque sería la excusa perfecta para que ordenara que te detuviesen. Además, Catalina conoció a Heredia aquí en Salamanca. ¿Crees de verdad que puede ser él? —preguntó dubitativo.

—¿Y quién si no? —Los ojos verdes brillaron con furia asesina durante unas milésimas de segundo. Respiró con fuerza y asintió—. Tienes razón; no haré nada hasta estar completamente seguro. —Miró a Sara—. No quiero que se acerque a ella, a ninguna de las dos.

Sara entrelazó sus manos en una silenciosa súplica.

—Que todo salga bien, por favor.

Jaime le rodeó los hombros con un fuerte abrazo protector.

—No dejaremos que ocurra nada; te lo prometo.

—¿Noelia asesinada? —Sara digirió de repente la noticia—. Mi pequeña Noelia —dijo con voz temblorosa, y rompió a llorar con desconsuelo.

Miguel abandonó la habitación en silencio.

Catalina corrió a la cama de su amiga cuando ésta comenzó a toser con fuerza. La respiración de Ana Isabel era un atormentado susurro nacido del pecho, el cual se hundía pegándose a las costillas. La melena castaña se hallaba desparramada sobre la almohada y enmarcaba un rostro tan pálido y demacrado que las delgadas venas eran visibles a través de su piel.

Catalina le humedeció los labios con un suave pañuelo de lino y esperó largamente a que su amiga abriera los ojos. La observó temerosa de que si apartaba la vista de ella, Ana dejara de respirar, y si eso sucedía, Catalina quería morir con ella. Ya no quería seguir adelante con todo eso.

Por un momento, Ana Isabel abrió los ojos, pero seguidamente los cerró, incapaz de pronunciar palabra alguna.

Entonces, Catalina apoyó su oído en el pecho de su amiga, escuchando los graves silbidos de sus pulmones. El corazón latía débil, pero a bastante velocidad, como el aleteo de una mariposa. ¡No podía pasarle nada! ¡Ana Isabel no tenía la culpa de lo ocurrido!

—Prometiste que no me dejarías —le susurró apenada, acostándose junto a ella—. No te puedes rendir ahora, ¿vale? Todo esto ha sido culpa de ese hombre. —Sollozó en silencio, acariciando la mejilla de Ana Isabel con infinita ternura—. Cuando pasó lo de mi madre, yo no pude hacer nada —añadió con la voz temblorosa por la angustia—, pero cuidaré de ti. No dejaré que te pase nada, ¿me oyes? ¿Me oyes?

El ambiente del dormitorio era demasiado cálido y el olor de la fiebre resultaba insoportable. Aun así Catalina siguió escuchando la respiración de su amiga, meciéndola cada vez que se detenía. Se asustaba mucho cuando los pulmones cogían aire, pero no lo soltaban.

El doctor había dicho que tenía muy afectados los bronquios y que la infección se extendía sin tregua.

Sara y Clara habían intentado apartarla en más de una ocasión de Ana Isabel, pero ella se había negado rotundamente.

El marqués había apostado a un par de hombres en la puerta del dormitorio restringiendo las visitas.

## Capítulo XXVI

—Ani, ¿por qué quieres salir de aquí? —preguntó Catalina, hundiendo una larga paja en un estrecho agujero en la tierra—. A mí me gusta este lugar cuando no nos castigan.

—¡Anda, tonta! Siempre estamos castigadas. Creo que sor María nos tiene manía. Además, no me digas que no te gustaría conocer ciudades, o navegar. —La niña de largas trenzas castañas y rostro pecoso se tumbó en la hierba con los ojos clavados en el cielo—. Cata, ¿te gustaría navegar?

—No lo sé, nunca lo he hecho. —Catalina sacó la paja y observó con atención la negra hormiga que trataba de mantenerse estable—. A mí me gustaría casarme e ir a bailes.

Dejó el delgado palo en el suelo y se subió las blancas medias hasta las rodillas, ocultando el fuerte raspón que se acababa de hacer.

—Pero hagamos lo que hagamos, siempre juntas, ¿verdad?

Ana Isabel levantó la cabeza como un rayo y recogió su vieja muñeca de trapo, abrazándola muy fuerte contra su pecho.

Se hallaban a la sombra de un sauce llorón y sus ramas se balanceaban dando la sensación de acariciar el suelo.

—¡Te voy a bautizar Cata, espera!

La niña corrió hasta la fuente de piedra cubierta de musgo, donde llenó las manitas con agua. Regresó juntó a Cata con el líquido resbalando entre sus dedos y le plantó las manos en la cara.

—A partir de hoy seremos siempre hermanas. Nunca nadie nos separará.

—Ni aunque tú estés viajando y yo esté casada. —Catalina se relamió unas gotas que habían resbalado por su frente hasta los labios—. Seremos hermanas de verdad.

—Lo juro. —Ana Isabel levantó la mano imitando al cura—. Te declaro mía.

Los ojos de Catalina brillaron con alegría. Se cogieron de las manos y caminaron dando pequeños brincos, cantando una melodía infantil hasta llegar a la entrada donde sor María las esperaba con el cejo fruncido.

Ana Isabel lanzó su muñeca a la monja y se aferró al brazo de su nueva hermana con una sonrisa.

—Ya no la necesito, sor María, puedes quedártela —le dijo mostrando una sonrisa donde faltaban un par de dientes.

Las primeras luces del alba tiñeron el cielo de púrpura y un gallo anunció un nuevo amanecer.

Catalina se despertó sobresaltada cuando el bonito sueño acabó y la devolvió a la realidad. Se deshizo de los cobertores y corrió con prisas las pesadas cortinas para ver cómo se encontraba Ana Isabel.

Un rayo de sol la recibió, acariciando su rostro con suavidad. Iba a ser un bonito día. El olor a leña quemada penetró por la ventana al abrirla. Se volvió hacia Ana Isabel con una sonrisa.

Se detuvo con los ojos clavados en la cama vacía. Confusa, giraba frenética por el cuarto cuando Clara comenzó a desperezarse en su cama.

—¡Clara! —gritó, asustada—. ¿Dónde está?

La mujer se sentó sobre el colchón, restregándose los ojos y barriendo el dormitorio con la vista aún somnolienta.

—¿Qué ocurre? ¿Dónde está Catalina? —preguntó también, colocándose una bata. Se asomó por el hueco de la puerta. Los guardias tampoco estaban allí—. No tengo ni idea, iré a averiguar.

Clara salió al pasillo y entró de nuevo acompañada por una Sara llorosa.

—Lo lamento mucho —dijo la mujer, abrazando con fuerza a Catalina—. Falleció anoche.

—¡Nooo! —gritó Catalina con el corazón congelado—. ¡Nooo! ¡Nooo!

Sus chillidos histéricos llenaron el dormitorio mientras Sara y Clara intentaron calmarla. ¡No podía ser! ¡Era mentira! Debía de ser una burla, una pesadilla de la cual era incapaz de despertar.

—¡Nooo!

Se dejó caer sobre el piso mientras los brazos de Sara rodeaban su cuerpo. Sus sollozos llenaron la planta superior, y los pocos invitados que había se acercaron con curiosidad.

Catalina fue incapaz de controlar el temblor de su cuerpo y no supo que Miguel la recogió de la alfombra para meterla en la cama.

Tan sólo podía pensar en Ana Isabel, en su hermana del alma, que la había abandonado en silencio, sin siquiera despedirse de ella. «¡Nooo!», gritaba su garganta dolorida. El corazón le había estallado en mil pedacitos como si se tratara de un frágil cristal; la angustia le aprisionaba el pecho y le impedía respirar.

—Quiero verla —gimió—. Necesito que vuelva a mi lado, por favor; no me puede dejar. —Levantó la vista hacia Miguel, que la consolaba acariciando sus cabellos con expresión triste, y se aferró a sus fuertes brazos—. Devuélvemela, por favor; haz que vuelva. No se puede marchar sin mí, lo prometió.

Cuando el marqués llegó con los ojos hinchados y el rostro cansado los encontró abrazados, y corrió hasta ellos para posar su mano sobre la cabeza de Catalina con cariño.

—Quiero verla —insistió en un apagado tono—. Por favor.

—En este momento, la están trasladando a Fuentidueña —susurró el anciano con voz ronca y temblorosa—. Es mi deseo que entierren a mi nieta en el panteón familiar.

—¡No, por favor! Dios, devuélvemela. —Catalina se deshizo de los brazos de Miguel y se arrodilló sobre el colchón, observando al marqués a través de las espesas y húmedas pestañas—. Llévame con ella —le pidió, embargada por la tristeza—. No le gusta estar sola. Tendrá mucho miedo si yo no estoy cerca. Siempre juntas —susurró, ahogándose en llanto.

Miguel la abrazó con fuerza y con una fría mirada clavó sus lacerantes ojos en su padre.

—Todo va a ir bien, mi amor —susurró contra la sien de ella—. Todo va a ir bien.

Tranquilizaron a Catalina a base de valerianas mezcladas con flor de amapola y la dejaron descansar. Aun así la joven se despertaba continuamente, llamando a su amiga, murmurando cosas ininteligibles.

Miguel se acercaba a ella cada vez que se despertaba, para volver a recostarla sobre la cama. Una de las veces se echó junto a ella, rodeando su estrecha cintura, y así pasaron la noche.

Al día siguiente, partieron hacia Fuentidueña. Sara y Clara estuvieron pendientes de Catalina, que rompía a llorar continuamente. Don Jaime parecía ser más fuerte, Catalina no le había visto ni una sola lágrima, aunque su faz demacrada reflejaba el dolor que sentía. Miguel viajaba a caballo junto a la escolta. No soportaba ver la angustia reflejada en el rostro amado.

En un momento dado, Catalina aferró la mano del anciano, que se hallaba frente a ella, y le miró fijamente a los ojos en silencio. Tanto Clara como Sara se sorprendieron cuando Catalina respiró con fuerza, parpadeó retirando las lágrimas y alzó el mentón soltando un suspiro. No le dijo nada al anciano y regresó a su posición inicial, apoyando la cabeza en el hombro de Sara.

Trataba de no llorar, se hacía la fuerte porque no quería que vieran cuán débil era, pero le habían arrebatado un pedazo de su corazón. Tenía la cabeza embotada y se encontraba mareada.

No sabía cómo podría seguir viviendo sin ella, sin verla ni escucharla; nunca más la oíría soltar esas escandalosas carcajadas y esos gritos histéricos que sor María tanto odiaba. Jamás volverían a cantar ni a reír.

Catalina apretó los dientes con fuerza y frunció los labios para que no temblasen. No quería llorar, y por eso no notaba las gruesas lágrimas que corrían por sus mejillas y caían sobre su falda.

Cada vez que cruzaba la vista con Sara, la mujer le sonreía amablemente, mostrándole una confianza que hasta aquel momento no había sentido nunca. Si Sara había criado a su madre, entonces era una abuela para ella.

No prestó atención alguna cuando llegaron a la residencia, ni cuando la metieron en su dormitorio, la bañaron y le colocaron el camisón.

Apenas pudo sonreír a Miguel, que acudía preocupado a visitarla cada dos por tres para tratar, sin ningún éxito, de animarla. El abuelo también iba, pero se quedaba mirándola desde la puerta y no cruzaba una palabra con ella; sólo la observaba fijamente, y después desaparecía en silencio por los oscuros corredores. ¿Acaso la culpaba de lo ocurrido?

Catalina acudió al funeral del brazo de Miguel, que se mantuvo firme junto a ella, sin dejar que se viniera abajo. Ambos vestían totalmente de negro, y a Catalina le habían colocado una mantilla de encaje y gasa sobre el rostro.

Había muchas personas; nobles de Segovia y Salamanca, enviados de las Cortes de Madrid y gente de la aldea que apreciaban a su patrón, el marqués de Fuentidueña.

Catalina no veía a nadie, tan sólo se sujetaba al fuerte brazo que la servía de apoyo. Sara y el marqués aceptaron en silencio las condolencias.

—Lo lamentamos mucho, Ana Isabel.

Doña Margarita y Darius se había acercado a darle el pésame.

—Ha debido ser un duro golpe —le dijo Margarita, inclinándose hacia ella para besar su

mejilla a través del velo.

Entonces, Catalina sintió un ligero empujón, y al mirar, se encontró con el rostro de varias hermanas del orfanato, entre ellas la madre superiora.

—¡Catalina! ¡Catalina Cifuentes! Nos dijeron que habías muerto.

El camposanto quedó completamente en silencio, y todos los rostros se volvieron a ella sin entender.

—Perdón, madre —se disculpó Miguel, tensándose—. Ella es Ana Isabel.

—¿Me vas a decir tú quién es quién? Por supuesto que ella es Catalina Cifuentes; se ha criado entre nosotras. —Tomó la fría mano de la muchacha—. ¿Qué ha pasado, Cata? ¿Es Ani? —preguntó, señalando.

Catalina levantó el rostro y clavó sus dorados ojos en la fuerte mandíbula de Miguel.

—Te lo puedo explicar —susurró.

—¿Qué ocurre? —decía alguien tras ellos.

—Que Catalina es ella —murmuró otro, señalándola.

—¿La nieta del marqués? Pero ¿quién era la otra?, ¿su prima?

—Don Jaime no lo sabía. Mira la cara que ha puesto.

—¿Por qué se han cambiado las identidades?

## Capítulo XXVII

Catalina se hallaba sentada sobre un diván, con la mantilla sobre los hombros. Se la veía encogida bajo la atenta mirada de una de las hermanas.

Miguel se sirvió una copa de licor y se volvió a ella mirándola con atención.

—¿Es cierto que eres Catalina? —le preguntó sin ninguna expresión en su rostro indescifrable. Ella asintió con la cabeza y miró a su abuelo, que la observaba desde una de las sillas.

—Lo siento mucho. No queríamos mentir.

—¿Por qué lo hicisteis, niñas? ¿Os pensasteis que era algo gracioso? —la regañó sor María—. ¿Eso os enseñamos? ¿A mentir?

—Por favor, hermana —siseó Miguel entre dientes, mirándola con seriedad—. ¿Les importaría pasar a la otra sala? Esto es un asunto familiar.

Una vez que las hermanas hubieron abandonado el lugar, Miguel se sentó junto a ella.

—Te ríes como tu madre —le dijo don Jaime, frotándose la barbilla—. ¿Verdad, Miguel, que tiene el mismo gesto?

Miguel agitó la cabeza, confuso.

—¿Por qué, Catalina? ¿Por qué cambiasteis las identidades? ¿Por qué no dijisteis la verdad después de conocernos? —trató de entender.

—Fue Ani quien escribió, aunque yo le había dicho que no lo hiciera. —Se encogió de hombros, perdiéndose por un momento en el recuerdo de su amiga—. Le dije que el abuelo había echado a mi madre de casa y que no creía que me aceptara.

Don Jaime abrió la boca para hablar, pero Miguel levantó una mano para que no dijera nada.

—Continúa, por favor.

Catalina observó los profundos ojos verdes y comprobó que los sentimientos de Miguel hacia ella no habían cambiado ni un ápice. Eso la animó a continuar.

—Ani me convenció para venir. Cambiamos las identidades porque queríamos estar juntas..., porque ella pensó que de esta manera yo podría casarme cuando quisiera porque ya sería mayor. Ése era mi sueño, y conocerte... —Miró al anciano con pena—. Y ver las cosas que habían pertenecido a... mi madre.

—¿Cuántos años tienes, Catalina? —le preguntó el marqués.

—Diecisiete años.

—¿Y sólo os cambiasteis por eso?

Catalina negó, agitando sus bucles cobrizos, y se dejó caer contra el respaldo del diván.

—Yo tenía cinco años cuando mamá se casó con ese hombre. —Cerró los ojos con fuerza—. Recuerdo... —Miró al marqués y negó con la cabeza—. Será mejor que no...

—No te pares ahora, Catalina. —El anciano se arrodilló ante ella—. Necesito saber qué ocurrió.

Miguel dejó la copa en el suelo junto al diván y le tomó una mano con firmeza.

Ella aspiró, asintiendo.

—Recuerdo los golpes y los gritos; en ocasiones, a mí también me pegaba. Mamá y yo nos escondíamos muchas veces. Me solía meter en el armario, aunque sabía que a mí me daba mucho miedo. —Sus ojos se volvieron turbios—. Yo no quería estar sola, pero me dejaba mucho tiempo encerrada y tenía miedo de que las ropas que colgaban me comieran un día. Cuando cumplí siete años bajé al salón con un vestido nuevo. Era rojo como la sangre. Ella decía que era mi color —apuntó, y tragó con dificultad—. Estaban discutiendo, y mamá le decía que jamás acudiría al marqués a reclamar ninguna herencia, o algo así. Ese hombre la cogió muy fuerte por el pelo y la empujó hasta la calle, donde agarró una pala del jardinero que siempre dejaba junto al muro de la entrada, al lado de los rosales. Él no sabía que yo los seguía. —Hizo una pausa—. La golpeó en la cabeza con fuerza, y mamá cayó muy cerca de donde yo estaba escondida. Me miró y me dijo muy bajito que no saliera, que me escondiera pasara lo que pasase. —Asintió repetidamente con la cabeza, y las lágrimas volvieron a rodar por sus mejillas—. Yo me porté muy bien —terminó de decir, atragantada por el nudo que oprimía su garganta—. No sé cómo llegué al orfanato. Pero Ana Isabel fue mi primera amiga y se lo confesé todo. Ella era la única que podía entenderme. Ella dijo que si veníamos aquí ese hombre podría encontrarme e hizo un pacto conmigo. —Rompió a llorar—. Por mi culpa ha pasado todo, se arriesgó por mí y ahora... ya no hay nada.

—Díselo, padre —dijo Miguel, todavía horrorizado por la historia que les acababa de contar.

Don Jaime asintió y, con sus manos retiró las lágrimas de la joven.

—Catalina..., quiero decir, Ana Isabel, Catalina... —Suspiró con fuerza—. Tu amiga no ha muerto, cariño. La ocultamos para que ese hombre pensara que había sido así y tenerla protegida, pero ella no ha muerto.

Catalina observó anonadada al anciano y a Miguel, que le sonrió con dulzura.

—Está un poco delicada, pero se encuentra mejor. Dionisio se encargó de traerla hasta aquí la otra noche.

—¿Está aquí? —preguntó con una chispa de luz en sus ojos ambarinos—. ¡Está aquí!

Miguel asintió y le acarició la mejilla con suavidad.

—Yo quise decírtelo, pero según mi padre así parecería más real. —Miró al anciano como si le dijera «te lo advertí»—. Lamento mucho haberte causado tanto dolor.

—Pero ¿está aquí? —medio gritó con voz ronca—. Quiero verla, necesito verla.

Miguel asintió y la ayudó a incorporarse. Ambos se miraron en silencio durante unos segundos, y don Jaime carraspeó.

—Miguel, te recuerdo que tu sobrina tiene diecisiete años —le avisó.

—¿Y qué? —preguntó él, mirándole a modo de reto silencioso.

—No, nada. —El anciano se encogió de hombros—. Catalina, ese hombre es Darius Heredia, ¿verdad?

Ella asintió.

—Yo le conocí por Sandoval.

—Y ahora sabe que tú sigues viva —gruñó Miguel—. Tendremos que avisar a las autoridades ahora mismo, padre.

—¡Ay! —soltó un largo suspiro—, me encargaré de ello ahora. —Sonrió, nervioso—. Sería capaz de matarle con mis propias manos.

—¿Por qué sabéis que es Darius? —preguntó Catalina, aclarándose la voz. Sus párpados hinchados le pesaban, pero ahora se sentía feliz sabiendo que Ana Isabel estaba a salvo.

—Ya habrá tiempo para eso, pequeña —bromeó Miguel, guiándola hacia la puerta—. Estarás deseando ver a tu amiga.

—¡Ehhh, no me llames pequeña! —se quejó.

Miguel le rodeó la cintura y subieron así las escaleras. Arqueó una elegante ceja al mirarla.

—Ni pequeña, ni sobrina —afirmó ella rotundamente, con una sonrisa.

—Entonces, seguiré llamándote mi amor —susurró contra su cuello, produciéndole cosquillas. Catalina soltó una suave carcajada.

Sintió como si le hubiesen quitado un gran peso de encima. No había reproches ni acusaciones. Ahora, por fin, estaba todo donde debía haber estado desde un principio.

Ana Isabel se levantó del sillón envuelta en una bata de seda, que flotó tras ella cuando se abrazó a Catalina con fuerza. Ambas lloraron durante un buen rato, y Miguel acabó excusándose y salió de la habitación.

Ana Isabel suspiró, aliviada.

—De modo que saben toda la verdad. ¿Y lo de Darius?

—Todo. —Catalina se sentó en el brazo del sillón, donde Ana Isabel se había acomodado de nuevo—. ¿Me perdonas? He roto mi promesa.

Ana Isabel fingió enfadarse unos segundos, haciendo un feo mohín con la boca, y terminó sonriendo.

—Me alegro de que lo hayas hecho. Ahora Dionisio no tendrá que ceder el terreno a «mi» tío.

—¿Dionisio? ¿Dionisio y tú?

Ana Isabel asintió, sonriendo.

—Estos dos días nos hemos conocido muy bien...

—¿Cómo de bien?

Catalina alzó las cejas con sorpresa.

—No tan bien como tú y tu tío. —Las mejillas de Catalina enrojecieron—. Pero bueno, me gusta mucho. ¿Qué? ¿Por qué te ríes así, tonta? Tienes cara de boba.

—¡No es cierto! —exclamó—. ¡Me alegro tanto de que todo haya salido bien! El abuelo se va a encargar de que encierren a Darius, y tú ya no tendrás que esconderte porque ya se ha descubierto todo.

—Pero ¿Darius sabe que tú eres Catalina?

Ella asintió con la cabeza.

—La madre superiora lo dijo delante de todos.

—Entonces..., estás en peligro.

—Los guardias del marquesado no dejarán que ese hombre se acerque. Además ya te he dicho que lo van a detener.

—Ya, pero todavía anda suelto y sabe que eres Catalina. Te prohíbo que...

—¡Usted no tiene nada que prohibir, señorita! —informó don Jaime, entrando en la habitación

con Sara, Dionisio y Miguel a la zaga—. Le agradezco mucho lo que ha hecho con Catalina, pero ahora soy yo quien me hago cargo de mi nieta. —Sus ojos claros chispeaban alegres. Miguel carraspeó, y el anciano asintió con un ligero movimiento de cabeza—. Hasta que Miguel te despose, por supuesto —dijo, dirigiéndose a Catalina.

—¿Qué?! —chilló ella, observándolos feliz.

Se lanzó a los brazos de Miguel, que la besó con pasión.

—Te quiero, Miguel. —Rió y se giró al marqués para pasarle una mano por la espalda—. A ti también te quiero mucho, marqués.

—Llámale abuelo —dijo Sara, palmeando el hombro de don Jaime—. No le hagas rabiar con eso.

Catalina, sin soltar a Miguel, extendió el brazo que segundos antes había estado en la espalda del anciano y le hizo una señal a Ana Isabel, que se unió a su abrazo con una dichosa sonrisa en los labios.

## Capítulo XXVIII

Darius Heredia abrió la puerta del despacho y entró con pasos largos para rebuscar en el escritorio. Apiló todos los documentos sobre la mesa, junto con una pequeña caja de metal cerrada con llave.

—¿El arcón grande también? —le preguntó alguien asomando la cabeza hacia el interior.

—Todo; cargarlo todo —ordenó—. ¿Ha llegado ya el alguacil?

—No lo he visto, alcalde.

El hombre desapareció, dejando a Darius momentáneamente solo de nuevo.

Su casa segoviana se había convertido en un hervidero de hombres saliendo y entrando, cargando el carruaje con todas las pertenencias. Los regalos de boda, que aún no había abierto porque tenía la intención de hacerlo cuando llegaran a las colonias, fueron también depositados en el vehículo.

Era consciente de que el tiempo apremiaba y no podía demorarse mucho antes de que llegara la orden desde las Cortes de Madrid, destituyéndole de su cargo o, lo que era peor, apresándolo.

Conocía desde hacía mucho tiempo a Miguel Savaedra y sabía que el hombre no se quedaría quieto después de enterarse de toda la verdad, y con toda seguridad ya se habría enterado de todo. Si no, ¿qué sentido tenía que su sobrina y la amiga hubieran cambiado las identidades?

¡Maldita fuera, cómo no se había dado cuenta! Lo cierto era que la mocosa había cambiado notablemente; sin embargo, ahora podía recordar la mata de cabello cobrizo de la niña. De no haber estado tan preocupado por cerrar la boca a la persona equivocada, ahora no tendría que salir huyendo con el rabo entre las piernas y con temor de acabar colgado del palo más alto o encerrado de por vida en un oscuro calabozo.

Contaba con la falta de pruebas de los Savaedra. Apenas tendría unas cuantas horas antes de que descubriesen el cuerpo de Noelia.

—¿Qué pasa? ¿Te mudas? —preguntó el alguacil, acariciando el espadín que colgaba de sus caderas al mismo tiempo que se adentraba en la sala.

Darius le regaló una fría mirada y asintió a la vez que revisaba el arma de fuego antes de introducirla en el bolsillo de su chaqueta roja.

—¿Lo sabe Margarita? ¿Dónde está?

—¿No oyes los llantos y los gritos que provienen del dormitorio? —le preguntó Darius, sacando un cajón del escritorio para volcarlo sobre la mesa.

Varias monedas tintinearón sobre la base, y el hombre las recogió con ambas manos,

metiéndolas en su bolsillo con prisa.

El alguacil Roldán sonrió, satisfecho.

—¿Qué le pasa?

—Se niega a marcharse. —Darius se encogió de hombros y pasó junto a él para descolgar un pesado abrigo que había en un perchero tras la puerta—. No puedo obligarla, de modo que haz lo que quieras con ella.

—Este viaje tan repentino... ¿Es algo grave?

Darius se detuvo un momento a mirarlo y asintió.

—¿Adónde irás?

—No lo sé todavía. —Arrojó el abrigo sobre unas pesadas cajas que dos sujetos arrastraban por la galería principal y se detuvo ante el alguacil—. Te he mandado llamar porque necesito que emitas una orden. Miguel Savaedra es uno de los bandidos que saqueó las arcas. Envía hombres a Fuentidueña y aprésale.

—Tendrás pruebas de lo que dices, ¿verdad? —preguntó Roldán, frunciendo el cejo.

—¡Por supuesto! —Sacó un papel en blanco y le tendió la pluma al alguacil—. Emite la orden —insistió con voz dura.

No estaba para tonterías. Mientras detenían al joven Savaedra, podría huir más fácilmente, sin que nadie le siguiera la pista.

No muy convencido, el alguacil garabateó la firma sobre el papel, y en cuanto acabó, Darius llamó a uno de los guardias.

—Llévese algunos hombres y detengan a Miguel —le dijo, entregándole el trozo de papel bien doblado—. Aprésele a la fuerza si es necesario.

—Prepárense, que estaré listo en unos minutos —afirmó Roldán, y volvió su atención al alcalde—. ¿Estás seguro de lo que haces? —insistió, despidiéndose del oficial con un ligero movimiento de cabeza—. ¿Dónde están las pruebas? ¿Ha hablado alguien?

Furiosos gritos femeninos llegaban desde la planta superior, y Darius se tapó los oídos, apretando los dientes con fuerza.

—¿Cómo puedes soportarla? ¡Esa mujer está loca! ¡Llévatela de una vez!

El alguacil salió a la galería.

—¡Que te calles de una vez! —gritó, haciendo vibrar la casa entera.

Los llantos cesaron de repente. Volvió la cabeza hacia Darius, que había recogido lo que había sobre la mesa y lo llevaba contra su pecho—. ¿Qué hacemos con Miguel? El duque no tardará en sacarle.

—Sólo necesito tiempo —contestó, mordaz—. Respecto a la orden, invéntate lo que quieras; que te obligué, te manipulé, lo que te dé la real gana, ¿me entiendes?

El alguacil asintió, feliz. No podía ocultar que estaba deseando que Heredia se marchara para no tener que volver a verle nunca más. Gracias a él, se había ganado muchos enemigos durante los últimos años.

—Ya está todo, alcalde —le informó uno de los hombres.

—Despídeme de tu hija. —Sonrió con frialdad—. Espero que tengas suerte en casarla.

Darius observó por última vez la casa y se introdujo en el carruaje, que salió con premura.

¡Maldita fuera Catalina! Con que hubiera aparecido unos meses después... No, no tenía que haber aparecido nunca. ¡Mierda! Debió buscarla cuando mató a su madre; debió quitarla de en

medio para que todo eso no hubiera pasado. Pero ahora ya era tarde para las lamentaciones.

Adiós a su sueño de gobernador.

Acarició el arma que llevaba en el bolsillo y se recostó sobre el respaldo de terciopelo granate del asiento intentando controlar su furia. Antes de marcharse, tendría unas palabras con la joven. Esperaría escondido hasta que los hombres apresaran a Miguel y, con la confusión, entraría en Fuentidueña.

—¿Cómo me voy a poner esto? —rió Miguel, observando el hábito negro con incredulidad—. No tengo por qué huir, Dionisio.

—En este momento es lo mejor —dijo el hombre de cabellos rubios—. Casi reviento al caballo por llegar aquí antes que los hombres del alguacil. Ya sabemos que no tienen pruebas y que saldrías en menos que canta un gallo, pero Heredia ha desaparecido y un pequeño ejército se dirige hacia aquí para apresarte. ¿Qué tal si es una trampa y quieren asesinarte en el trayecto?

—Hazle caso, Miguel, por favor —le dijo Catalina, observándole con temor—. Ese hombre es capaz de todo.

—¡No pienso ponerme un hábito y mucho menos ocultarme!

Dejó las ropas sobre una silla.

—Entonces, te llevarán —gimió ella, aferrándole del brazo—. No quiero más muertes ni más fingimientos de muertes, Miguel; no podría soportarlo esta vez.

El hombre clavó su vista en los preciosos ojos dorados. Aún tenía las pequeñas marcas violetas bajo su preocupada mirada. Posó ambas manos en las tiernas mejillas y la besó rápidamente.

—Quiero que subas al dormitorio y no salgas de allí pase lo que pase. —Miguel miró a Dionisio—. ¿Ana Isabel?

—Está avisada. Clara se encuentra con ella.

—Vamos, niña. —Sara entró buscándola y la tomó de la mano—. Miguel, ten mucho cuidado. Estaremos arriba.

—Estad tranquilas.

Unos fuertes golpes les alertaron de la próxima llegada de los oficiales. Miguel recogió el hábito y comenzó a colocárselo al mismo tiempo que Catalina y Sara subían al dormitorio.

Don Jaime en persona salió a recibir a Roldán y pronto la casa estuvo llena de soldados recorriendo las salas y los pasillos en busca de Miguel.

—Ya te he dicho que Miguel no está. Salió para Madrid —le dijo el marqués, observando con disgusto cómo los oficiales abrían y cerraban puertas con fuerza.

Roldán estaba a punto de decir algo cuando observó a las dos monjas que salían a la galería alertadas por los ruidos.

—Vinieron al funeral de Cata..., de Ana Isabel —informó al alguacil.

—Hermanas —saludó Roldán, haciendo una pequeña reverencia. Luego, dirigió la atención al marqués—. Le volveré a preguntar dónde se halla su hijo y quiero una respuesta.

—¿La quiere? —El anciano se cruzó de brazos sobre el pecho—. Miguel viaja en este momento hacia las Cortes de Madrid, donde denunciará al señor alcalde —contestó con sorna—.

Lamento que posiblemente usted también sea perseguido muy de cerca. Le puedo asegurar que el rey no va a tolerar que se le siga engañando de esta manera, y ya han hecho demasiado daño en esta ciudad.

—¿Se atreve a amenazarme?

—Tómelo como quiera, ¿o piensa detenerme a mí también con pruebas infundadas?

Roldán rugió furioso y registró por sí mismo algunas de las habitaciones de la planta baja.

—No está en casa —dijo uno de los hombres uniformados, reuniéndose en la galería con Roldán.

—¿Están satisfechos? —preguntó el marqués, caminando hacia la entrada para dejar pasar a sus propios hombres—. Todo está bien —les informó—. Los caballeros se marchan ya. Acompáñenles hasta el límite de la propiedad y..., alguacil —dijo, y se dirigió al hombre para mirarle con un brillo peligroso en sus ojos azules—, no quiero que vuelva a pisar mi casa sin un motivo justificado. —Agitó la misiva que le había entregado y la rompió en trocitos—. Que pase buena tarde, alguacil.

## Capítulo XXIX

—No querías ponértelo y ahora no te lo quitas —rió Catalina bajo la sombra de un gran roble del panteón familiar—. Estás muy gracioso, pero no te queda nada bien.

—¿No?

Miguel arqueó las cejas con un brillo divertido en sus ojos verdes y agitó la cabeza haciendo que la tela de la vestidura ondeara con la liviana brisa que corría en el camposanto.

—Dijiste que era mejor que me lo pusiera.

—¡Eso fue antes!, cuando el alguacil entró en la casa. ¡Han pasado dos horas, más o menos! Creo que te gustan... estas ropas.

—¿No te excitan?

El hombre acercó su rostro al de ella con un gesto sensual. Estaba a punto de besarla cuando Catalina soltó una fuerte carcajada.

—¿Qué!

—¡Estás ridículo! —le dijo, acariciándole la fuerte mejilla con las yemas de los dedos.

Miguel estaba sentado junto a ella, así que desde lejos daban el aspecto de una monja verdadera charlando con la apenada muchacha que aún vestía de luto.

Eso fue lo que vio Darius Heredia escondido detrás de un muro de la pequeña ermita. La joven charlaba animadamente con la hermana a la sombra de un árbol.

Sus ojos grises recorrieron el lugar asegurándose que ni la escolta ni los hombres de la familia se hallaban cerca. ¡Sería la oportunidad perfecta para acabar con la mocosa! ¡Qué lástima que una muchacha tan hermosa y con tan buen revolcón acabara siendo pasto de los gusanos!

Sigilosamente, se acercó a ellas, empuñando el arma con fuerza.

—De modo que eres Catalina —dijo tras ellos, observando con atención el hermoso rostro que lo miraba aterrorizado.

Miguel oyó la voz y alzó la vista hacia la muchacha, que se acababa de levantar de un salto con los ojos clavados en el alcalde.

—Hermana, yo que usted me encerraría en la capilla. Prometo no tardar mucho.

Miguel se puso en pie muy despacio. El hábito acababa encima de sus tobillos y la capa le quedaba holgada sobre su cuerpo. Vestía las fuertes botas de piel que estaban ocultas por el banco de piedra.

—Por favor —rogó ella—. Ya todo ha acabado.

—No del todo —dijo Darius, y soltó una risa cínica, cargada de odio y rabia.

Catalina dio un paso a su izquierda, alejándose ligeramente de Miguel. El cañón del arma la persiguió con deliberada lentitud. Su rostro estaba pálido y sus labios temblaban con temor.

—Hermana, ¿está sorda, o qué? He dicho...

Miguel se volvió retirándose la capucha de la cabeza, lo que distrajo momentáneamente al alcalde, y lo empujó, lanzándolo contra el árbol.

Catalina se alejó un poco más, hasta que su trasero chocó con la losa negra donde su nombre brillaba en letras doradas.

Heredia se recuperó con rapidez. Recobrándose de la sorpresa al descubrir al hombre y sin soltar el arma, cargó a su vez contra Miguel, y ambos cayeron sobre la tierra removida. Los golpes sonaban con fuerza, carne contra carne, produciendo un espantoso eco en aquellas tierras sagradas.

Catalina gritó, asustada. Miguel estaba tendido de espaldas, y Darius ganaba posición sobre él. Observando el cruel rostro del hombre, todos los recuerdos volvieron a su mente. Con ojos ansiosos, buscó algo con lo que golpear al alcalde y descubrió la ancha pala que el enterrador se había dejado bajo la cruz de hierro que adornaba la tumba.

El objeto era bastante pesado, pero logró elevarlo lo suficiente, así que se dispuso a estamparlo contra la cabeza del alcalde, que en ese momento se volvió hacia ella y adivinó sus intenciones.

Darius agitó el brazo con fuerza y consiguió alcanzar el blando rostro de Catalina, que salió lanzada hacia atrás y cayó contra el banco de piedra. En ese momento, Miguel aprovechó el descuido para deshacerse del hombre y logró desarmarle.

Pelear con las ropas de monja era un incordio total; las faldas se enredaban en sus piernas, ralentizando sus movimientos. Aun así, una vez que consiguió sujetar al alcalde de la pechera de su camisa, le propinó varios golpes en la nariz y la boca con el puño cerrado.

Catalina se levantó dolorida, apoyándose en la piedra del banco, y comenzó a gritar tan fuerte que alertó a la casa entera.

Cuando los guardias del marqués acudieron encontraron a Darius tendido en el suelo con el rostro desfigurado y totalmente cubierto de sangre.

—¿Estás bien? —preguntó Catalina, angustiada.

Se lanzó a los brazos de Miguel y le recorrió el cuerpo con las manos en busca de alguna herida. Sobre el labio tenía un pequeño corte que apenas sangraba, su cabello estaba revuelto y su rostro rojo del esfuerzo, por lo demás, parecía encontrarse perfectamente.

Miguel rodeó la cintura de Catalina con un brazo de hierro y sus ojos verdes observaron con desfachatez la grotesca forma del alcalde, que se hallaba sin sentido junto a la losa negra.

—Todo ha pasado, mi amor —le respondió, posando sus labios en la frente lisa.

—¿Estáis bien?

El marqués y Dionisio llegaron a la carrera después de sus hombres, ambos jadeaban.

—Todo bien —respondió Miguel, satisfecho.

El anciano observó el cuerpo inerte con ojos furiosos. De buena gana lo habría matado; sin juicios ni encierros, a la horca directamente por acabar con la vida de su Noelia. Rabioso le dio una patada en el costado, pero el alcalde ni siquiera lo notó.

—¡Llévense a esta sabandija de aquí! —gritó—. Llévenlo a Madrid directamente.

Catalina entreabrió la puerta con intriga. Ya era tarde, y todos se habían retirado a sus dormitorios. Por un momento, pensó que Ana Isabel se habría aburrido de dormir sola, sin embargo, fue Miguel quien le devolvió una mirada cargada de burla.

—¿Qué haces aquí? —susurró, apartándose para que el hombre entrara—. Si se entera el abuelo...

Miguel la empujó con suavidad hacia adentro, cerrando la puerta con un pie. La rodeó con sus brazos y sin una palabra se apoderó de los suaves labios femeninos.

La joven gimió con el contacto. El beso fue arrollador e interminable, y cuando por fin pudo alzar la vista para perderse en las verdes lagunas, se vio arrastrada hasta la cama.

—Si te descubren... —volvió a susurrar medio incorporándose para quitarle la chaqueta a Miguel, que ya había apoyado una pierna sobre el colchón.

—¿Qué harán, mi amor? —le dijo, besando sus mejillas—. ¿Nos obligarán a casarnos?

Catalina tiró de la camisa del hombre y cuando quedó con el torso desnudo le recorrió el amplio pecho moreno con las manos, maravillada por la dureza de sus pectorales.

El hombre la miró fascinado y henchido de pasión. Soltó las cintas que sujetaban el camisón y la desnudó, observando su hermoso cuerpo sobre las sábanas blancas. Se sentó junto a ella con el deseo pintado en su mirada y con una mano le acarició el cabello de fuego.

—Catalina —dijo, y su voz estaba cargada de un matiz sensual: sonó áspera contra el esbelto cuello de la joven—. Te he esperado mucho tiempo; déjame amarte. —La tumbó, y sus manos comenzaron a acariciar los senos con infinita dulzura.

—Siempre que quieras, Miguel. Te amo tanto... —le contestó entre suspiros.

Ella gimió, retorciéndose del placer que le causaba. Sintió sus manos, sus labios mordisqueando la línea de su barbilla, su aliento dulzón, el calor de sus ojos. El fuerte cuerpo se apoderó de ella con calma, indagando, descubriendo, levantando una pasión que Catalina jamás había experimentado. Le detuvo, cogiéndole de los cabellos.

—No volverás con doña Margarita ahora que está sola, ¿verdad? —le preguntó con seriedad.

Miguel levantó la cabeza y la miró sorprendido.

—No puedes estar celosa de nadie. —Le pellizcó en la cintura—. No vuelvas a preguntarme tonterías.

—Te encanta que te pregunte tonterías —repitió, haciéndose la modosita.

—¿No esa clase de tonterías! ¿Cómo crees que me iría con una descocada?

Catalina alzó su bien delineada ceja y soltó una carcajada.

—Una fulana —recordó, divertida.

Miguel también rió, acordándose de aquel día.

—No pensemos más en eso —ronroneó el hombre—. Ven aquí, mi amor; pienso devorarte.

Catalina rodeó su espalda por debajo de los brazos y le apretó contra sí, elevó su boca, y Miguel volvió a posicionarse sobre ella.

Esa vez dieron rienda suelta a sus pasiones y liberaron sus almas, unas almas que habían estado predestinadas desde mucho antes de conocerse. Hicieron el amor con la fuerza abrumadora de Miguel, que deseaba tenerlo todo de ella, y Catalina se entregó anhelando aprender, ansiosa por sentirle dentro de ella, ardiente por sus roces y caricias, sedienta por sus murmullos.

Lo amaba. Lo había amado desde el momento en que lo vio descendiendo del carruaje frente a la puerta del orfanato. Lo amaría durante el resto de su vida.

## Capítulo XXX

Oscuras nubes cruzaban con velocidad el cielo ocultando el sol. Pronto todo adquirió un tono gris plateado, y Miguel abrió su paraguas antes de que comenzara a llover.

Observó la casa por encima de los muros cubiertos de un musgo verde y brillante, e imaginó a la pequeña niña saltando la pared en busca de insectos, recorriendo la pradera y brincando de un lado a otro hasta llegar al arroyo. Creyó ver una sombra en una de las altas ventanas y enfocó la visión entornando los ojos. El rostro de Noelia con su hermosa sonrisa lo miraba dándole la bendición en silencio, con el mismo mohín con que posaba en el retrato que había sobre la chimenea del salón, aquel que tanto admiró en su infancia.

Debía haber sido algún rayo de sol que se había escapado o que había esperado el momento oportuno para despedirse y reflejarse en aquella ventana en concreto, asemejándose a una falsa aparición.

—¿Están listos? —les preguntó el juez, encajándose el alto sombrero para que el viento no se lo llevara y haciendo una señal a dos de los hombres uniformados, que comenzaron a trabajar.

El marqués asintió, y Miguel se acercó a él para protegerlo de la lluvia. Le apoyó una mano sobre el hombro y sintió que temblaba. Gruesas gotas de agua caían contra el paraguas, repiqueteando con insistencia.

—No tienes por qué estar aquí —le susurró.

Don Jaime aspiró con fuerza y asintió sin apartar los ojos del lugar donde los dos oficiales habían comenzado a cavar. Sí, tenía que estar ahí. Tenía que despedirse.

Por el pequeño arroyo discurrían las cantarinas aguas que regaban los altos juncos. Miguel les había señalado el punto exacto donde debían empezar.

El juez levantó la vista al cielo cuando la lluvia comenzó a arreciar.

—Démonos prisa, o de otro modo esto se convertirá en un verdadero lodazal y habrá que dejarlo para otro día.

Una vieja carreta llegó hasta allí y vieron cómo el conductor extendía una manta en la parte trasera.

—Aquí está —avisó uno de los hombres soltando la pala.

Llevaba unos guantes gruesos. Metió la mano en el agujero y comenzó a tirar de la tela. Una prenda desgarrada que una vez había sido de un blanco nítido y que ahora estaba embarrada y amarillenta por el paso del tiempo. Un vestido femenino con oscuras manchas de sangre seca.

Don Jaime jadeó y se cogió del brazo de Miguel cuando los hombres comenzaron a recopilar

los restos de Noelia. No los miró; había creído que estaba preparado, pero no era cierto. Su corazón no soportaba estar ahí.

Caminaron hacia el carruaje y allí volvieron la vista de nuevo en dirección a la casa. Allí había vivido Noelia los años más felices al lado del mozo de cuadras Julio Cifuentes, pero también los momentos más amargos de su vida, su último aliento.

Miguel buscó en la ventana de nuevo, pero no halló más que tablas viejas cubriendo las aberturas.

—Lo trasladaremos todo a Fuentidueña —le dijo el juez, acercándose—. Hemos encontrado esto —añadió, y le entregó al marqués un relicario de oro con brillantes.

El anciano asintió y miró el objeto, luchando contra las lágrimas. Con la uña abrió un pequeño cierre que había en la joya. En el interior había un retrato pequeño de Noelia, Julio y la pequeña Catalina, que sonreía entre sus padres con ojos brillantes.

—Le encantará tenerlo —murmuró don Jaime con la voz rota de dolor, guardandoselo en el bolsillo. Entraron en el vehículo—. Ahora mi pequeña descansará en paz.

—Ahora sí —asintió Miguel con el corazón encogido al ver así a su padre.

Ana Isabel charlaba en la sala bajo la atenta mirada de Sara, Clara y Dionisio. Contaba anécdotas muy divertidas que habían vivido en el orfanato, y Catalina no podía parar de reír, lo que provocaba que los demás la imitaran.

Catalina también observaba el rostro de Dionisio cuando miraba a su amiga y estaba feliz por ello. Eran miradas que le recordaban mucho a Miguel. ¡Era una burrada lo que lo echaba de menos! A cada minuto se le venía a la mente, incluso en aquel momento, cuando se lo estaban pasando tan bien, ansiaba ver a Miguel.

Habían salido él y el marqués la tarde anterior, y aún no sabían cuánto más podían tardar. Catalina no había querido ir; tenía miedo de hacerlo y revivir la historia. Habría sido el cuento de nunca acabar. Sólo deseaba olvidar, borrón y cuenta nueva.

Les había indicado con exactitud el lugar, el mismo sitio donde ella aprendió a dar sus primeros pasos, donde los domingos hacían un picnic y jugaban a tirarse el agua del riachuelo, antes de que todo pasara, cuando Cifuentes aún vivía.

Habían tratado de convencer al marqués para que no fuera, pero se negó rotundamente. Estaba empeñado en hacerlo él mismo, como si de aquella manera pudiera quitarse el peso de la culpabilidad; desde luego, Catalina no lo culpaba.

Ana Isabel le preguntó algo entre risas, que ella coreó. Estaba a punto de responder cuando sintió un frío helado recorriendo el interior de su cuerpo. Se quedó paralizada y sin aliento un par de segundos; en seguida su cuerpo adquirió la temperatura normal. Sus ojos se elevaron al retrato de su madre, y la sala quedó súbitamente en silencio.

—La han encontrado —murmuró Sara.

Todos los rostros se volvieron a ella. Catalina también la miró y asintió con un nudo en la garganta.

Catalina se aferró al brazo del elegante marqués y le sonrió nerviosa, con los ojos brillantes de ilusión.

Las campanas de la catedral de Segovia redoblaron en la hermosa ciudad romana y las montañas devolvieron su saludo de la misma forma, con la misma melodía.

—¿Estás lista, Catalina? —le susurró el anciano, observándola de arriba abajo como si buscara algún fallo en ella. No lo encontró; era impensable.

La joven estaba preciosa con su vestido de seda y gasa en tonos marfiles. Un velo corto cubría su rostro sonrosado y radiante, y en su mano, lucía un hermoso ramo de rosas rojas que entre Ana Isabel y Sara habían preparado para ese día tan especial. Sobre el cuello, colgaba el relicario de Noelia, que atrapaba la luz del sol con sus piedras brillantes.

—Estás muy hermosa —le dijo con el pecho henchido de orgullo.

Catalina sopló con fuerza, y la suave gasa de su rostro se agitó. Estaba nerviosa; podía pensar que era un frío repentino, pero no era así. Era consciente de que toda Segovia y los alrededores se hallaban, o bien en el interior de la catedral, o en las puertas para observar a los esposos cuando salieran del edificio. También la esperaban sus amigos, su familia y Miguel, para ella el más importante de todos. Miguel la iba a reclamar ante Dios.

El velo le molestaba sobre la nariz porque le producía cosquillas. Se lo hubiera quitado, pero Clara lo había confeccionado con mucha ilusión. Había buscado por todos sitios el fino encaje plateado que rodeaba la prenda y le había cosido diminutas perlas que lo adornaban con primoroso arte.

Un órgano dio la bienvenida a la novia, que avanzó por el pasillo con los dorados ojos clavados en el apuesto y moreno hombre que la esperaba en el altar.

En el interior del edificio, corría una brisa bastante fresca, pero Catalina no la notó. Sólo estaba pendiente de él, de la calidez de sus ojos, de su hermosa sonrisa, que formaba una bonitas arruguillas en las comisuras.

El marqués alargó su mano con la de Catalina hacia Miguel, y el hombre colocó la suya encima, cubriéndola completamente.

—Aquí te entrego a mi nieta, Catalina Cifuentes Savaedra. —El anciano sonrió, guiñando un ojo a su hijo—. Os deseo toda la felicidad del mundo, y que me dejéis compartirla con vosotros.

—No vayas a llorar, abuelo —susurró Catalina, observando de reojo a Miguel, que le apretó la mano nervioso.

Catalina acercó la mejilla al marqués, que la besó, y se alejó de allí para sentarse en un robusto banco entre Ana Isabel y Sara.

Por primera vez, prestó atención a las palabras del arzobispo, y cuando Miguel la cogió en volandas, haciéndola girar para besarla con efusión, supo que había cumplido su sueño.

—Te amo, mi amor. —Miguel la besó en la punta de la nariz antes de levantar la cabeza hacia los invitados para decir—: La amo.

## Epílogo

El marqués de Fuentidueña se casó con Sara. Fue una ceremonia muy hermosa, más íntima que la de Cata, pero igual de bonita.

Lo recuerdo porque disfruté mucho y hasta bailé. ¡Yo! Si nunca me ha gustado moverme entre tanta gente; no puedo entenderlo. A veces pienso que pudo ser influencia de Catalina. Admito que siempre me ha convencido fácilmente y, sobre todo, cuando pone esos ojitos tristoneros y frunce los morros. Se pone tan graciosa que es capaz de conseguir lo que se proponga.

Dijo que lo primero que viniera sería un varón, y ahí tienen al pequeño Miguelito, alegrándoles la vida, y sobre todo al marqués, que babea continuamente.

Clara se convirtió en una más de la familia. Realmente no sé cómo fue sucediendo, quizá se sentía tan sola como nosotras y había encontrado una familia para vivir, pero el caso es que el marqués y Sara la consideran como una nieta más. De seguir así, montarán su propio orfanato.

Cuando se lo digo a Dionisio por las cartas que me envía Cata se ríe. No dice nada, pero sé que está tan deseoso de regresar a casa como yo. No me sienta bien el puesto de la mujer del gobernador. No me importó venir porque eso significaba viajar, pero ahora quiero regresar. En cuanto pueda convengo a Dioni. Es un cielo y muy atento conmigo, y yo soy muy celosa y no puedo remediar enfadarme de vez en cuando, aunque sé que mi esposo no tiene la culpa.

Esta nueva faceta mía no me gusta mucho. Menos mal que puedo cobijarme tras mis pinturas, porque sigo pintando y he logrado vender unas cuantas obras. En esta época, para mí es todo un triunfo.

Todas las noches al irme a dormir me asomo a la ventana del dormitorio y miro a la luna fijamente porque sé que mi hermana también lo hace pensando en mí. Gracias a Dios que todo salió bien. Darius Sandoval murió el año pasado de unas fiebres, creo, tampoco presté mucha atención cuando Dioni me lo contó. Pero me alegro; de esa manera, no hará sufrir nunca a nadie más. Por lo menos sé que Catalina ya no tiene miedo; claro, teniendo a Miguel a su lado... ¡Qué hombre más enamorado! Ambos tienen una complicidad que arropa a la familia entera.

Claro, no os he dicho que yo ya pertenezco a la familia. Ahora soy Ana Isabel Savaedra, señora de Domínguez. ¡Sí! El marqués..., perdón, el abuelo (nunca me acostumbro) me dio su apellido. Lo que no sé es si soy hermana de Catalina o de Miguel. ¡Puf! Lo preguntaré la próxima vez que viaje a Segovia.

Me marchó, voy a pintar un poco antes de que Dionisio suba las escaleras y me venga con su típica frase de que se aburre. Cuando hace eso sólo hay una manera de entretenerle, pero no lo

pienso decir.

\* \* \*

## Créditos



Me llamo **Sandra Palacios «Bree»**. Nací un hermoso día de primavera de 1971 en Madrid, y estuve viviendo en el castizo barrio madrileño de Lavapiés hasta que me trasladé a Getafe.

Recuerdo que aún iba al colegio cuando leí mi primera novela romántica, *Cenizas al viento*, de Kathleen Woodiwiss. A partir de ese momento, no sólo descubrí que me encantaba leer, sino que se me daba muy bien escribir mis propias historias. Es decir, que lo que empezó siendo un hobby se ha convertido en casi una necesidad vital.

Soy ama de casa, madre de tres hijos a los que adoro y estoy felizmente casada desde hace catorce años. En la actualidad divido el tiempo entre mi familia y las historias que nacen de mi imaginación.

\* \* \*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

© de la imagen de la portada, Chyrko Olena / Shutterstock

© de la fotografía de la autora, Archivo de la autora

© Sandra Palacios «Bree», 2012

© Editorial Planeta, S. A., 2012

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.edicioneszafiro.com](http://www.edicioneszafiro.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

*Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.*

Primera edición: mayo de 2012

ISBN: 978-84-08-10967-9

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L.

[www.victorigual.com](http://www.victorigual.com)

*Mayo 2012[v1]*